

GENTE DE CINE
EXPERIENCIA UN FILM DE
Román Chalbaud

Román Chalbaud

EL PEZ QUE FUMA Y OTRAS OBRAS ESCOGIDAS

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



COLORES

ESTRATEGIA: MATERIALES

Rafael Briceño • Arturo Calleja

Ignacio Méndez • Helly Merino

Thelma Vielba • Pier Rosso • José Soto

Karla Lomber • Eduardo Contreras

GRUPO: José Ignacio Colmenares

y Román Chalbaud

MORALIA: Guillermo Cárdenas

FOTOGRAFÍA: Oliver Stone

DIRECCIÓN: Román Chalbaud



200

Román Chalbaud (1931) Poeta, dramaturgo, director de teatro, cine y televisión. Uno de los renovadores del teatro venezolano. Sus argumentos y caracterizaciones privilegian la realidad política y social del país, tema recurrente en la mayoría de sus obras tanto de teatro como aquellas adaptadas al cine, un ejemplo es el film *El pez que fuma*, la cual es considerada una de las más emblemáticas de la cinematografía venezolana. Es Premio Nacional de Teatro (1984) y Premio Nacional de Cine (1990). Entre sus obras de teatro mencionaremos: *Caín adolescente* (1952); *Sagrado y obsceno* (1961); *Los ángeles terribles* (1967); *Ratón de ferretería* (1972); *Teatro* (1991-1993) *La magnolia inválida* (1993).

« Afiche para la película *El pez que fuma*

1977



El pez que fuma y otras obras escogidas

ROMÁN CHALBAUD

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarbóló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Náñez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

El pez que fuma y otras obras escogidas

CANTATA PARA CHIRINO

LA QUEMA DE JUDAS

EL PEZ QUE FUMA

TODO BICHO DE UÑA

ROMÁN CHALBAUD



Índice

- 15 Cantata para Chirino (1960)
- 23 La quema de Judas (1964)
- 80 El pez que fuma (1968)
- 182 Todo bicho de uña (1981)

Cantata para Chirino

Cantata para Chirino (1960)

(La escena está vacía. Silencio. Entra MUJER 1)

MUJER 1: ¡¿Dónde estás? ¡Dónde estás, José Leonardo?!

(Pasan rápidas MUJER 2, 3 y 4)

MUJER 1: ¡Ustedes, ¿no lo vieron?!

MUJER 2: Nosotras no sabemos nada

MUJER 3: Nada sabemos

MUJER 4: Nada

MUJER 1: ¡Pero en alguna parte...! ¡Deténganse! ¡Escúchenme!

MUJER 2: Nada

(Desaparecen rápidas MUJER 2, 3 y 4)

MUJER 1: “Nada” no es una palabra, es un abismo. Mi zambo libre... (*Carcajada*) Sí, mi zambo libre (*Carcajada.*) ¿Quién se ríe? ¿De dónde viene aquella carcajada?

(Se ilumina HOMBRE 1)

HOMBRE 1: La carcajada es mía...

MUJER 1: ¿Para mí?

- HOMBRE I: Para ti, para todos. No hay libertad. Para mí también me río
- MUJER I: Es una risa el río
- HOMBRE I: Risa feroz también encadenada
- MUJER I: ¿Conoces a Chirino?
- HOMBRE I: ¿Y quién no lo conoce?
- MUJER I: Es mi hombre
- HOMBRE I: Hombre no tienes. ¡Que tú eres una esclava!
- MUJER I: Pronuncias la palabra con los dientes
- HOMBRE I: Y con los dientes no puedo desatarla
- MUJER I: Quiero a Leonardo. Quiero a José Leonardo
- HOMBRE I: El amo los separa
- MUJER I: ¿Lo sabes?
- HOMBRE I: Todo lo sé
- MUJER I: ¿Quién eres?
- HOMBRE I: Cocofio, curandero
- MUJER I: ¡Tú estás muerto!
- HOMBRE I: Morí una mañana, me enterraron de pronto, sin un beso. Y la tierra también fue la maraca y mis yerbas podridas ensalmadas y mi cuchillo blanco como un coco que dejaba salir la sangre mala
- MUJER I: ¿Cuál es la sangre mala?
- HOMBRE I: No es la del negro. ¡Escucha!

(Comienzan a escucharse tambores a lo lejos. Los tambores se van acercando y con ellos un grupo de negros y negras que bailan frenéticamente)

- HOMBRE I: La sangre del negro es buena como el ruido de un tambor. La sangre del negro es blanca, como la sombra del sol. La sangre del negro tiene la almendra del

corazón. Dulce ruido, dulce sombra, dulce almen-dra, dulce flor

MUJER 1: Dulce la voz de mi zambo. Dulce está. Mas, ¿dónde está? Se llama José Leonardo

NEGROS Y NEGRAS QUE BAILAN (*gritan*): ¡Chirino!

(*Se quedan inmóviles. Cesa el tambor*)

HOMBRE 1: ¡Él va a llegar!

MUJER 1: ¿Va a llegar?

HOMBRE 2: En mí (*Entra*)

MUJER 1: ¿En ti?

HOMBRE 2: Sí.

MUJER 1: ¿Quién eres tú?

HOMBRE 2: Juan Cristóbal, de Acarite

HOMBRE 3: Yo, Juan José, de San Luis (*Entrando*)

HOMBRE 4: Yo, Candelario, del Carmen (*Entrando*)

HOMBRE 5: Juan Cristóbal (*Entrando*)

HOMBRE 6: Ignacio (*Entrando*)

HOMBRE 7: Juan Miguel (*Entrando*)

HOMBRE 8: Juan Berna (*Entrando*)

HOMBRE 9: José Nicolás de Guate (*Entrando*)

HOMBRE 8: De Macananillas

HOMBRE 7: De Canive o Naranjal

HOMBRE 1: Los cuatro polos del valle, matriz de la novedad

MUJER 1: ¿Quiénes son? ¿Por qué me miran?

HOMBRE 1: Lo que buscas allí está

MUJER 1: ¿José Leonardo?

TODOS: ¡Chirino!

MUJER 1: ¡La voz de la libertad!

- UNOS: La libertad no se espera
- OTROS: Porque hay que irla a buscar
- MUJER 1: ¿Es lo que mi zambo quiere?
- TODOS: Y lo que buscando está
- MUJER 1: ¿Es lo que mi zambo quiere?
- TODOS: Lo que está encontrando ya
- MUJER 1: ¿Cómo?
- HOMBRE 2: Con pólvora
- HOMBRE 3: Con piedras
- HOMBRE 4: Con palos
- HOMBRE 5: Sin piedad
- HOMBRE 6: Con garras
- HOMBRE 7: Y uñas
- HOMBRE 8: Con fuerza de caimán
- HOMBRE 1: Mañana
- HOMBRE 2: En las esquinas
- HOMBRE 3: Los amos
- HOMBRE 4: ¡Colgarán!
- HOMBRE 5: Y el negro
- HOMBRE 6: Será libre
- HOMBRE 7: Y comerá más pan
- MUJER 1: Pan, la voz de Leonardo en las trincheras lejanas y angustiosas de mi amor
- HOMBRE 1: Pan, la voz de Leonardo y sus ideas de cambiar un tambor por un fusil
- MUJER 1: Pan, que se me desmaya en las ojeras, angustiosas ojeras del dolor
- HOMBRE 1: Pan, que no se mendiga ni se espera, sino que se conquista al combatir

(*Fuertes redobles de tambor, entra un CORO marchando*)

- CORO: Estamos en mil setecientos noventa y cinco. Es veinte de abril. Un corsario francés entró en el puerto...
- MUJERES: Nadie puede dormir
- CORO: Hay que olvidar los sueños
- UNOS: Y olvidar el amor
- OTROS: El único amor se llama Venezuela...
- MUJERES: ¡Porque quieren vivir!

(*Por encima de todos aparece un HOMBRE DE NUESTRA ÉPOCA*)

HOMBRE DE NUESTRA ÉPOCA: Así comenzó todo. La idea de la patria. La idea de la libertad.

A los negros que hicieron la insurrección en Coro los llamaron “Bandidos, sin concierto, método ni regla”. Así seguirán llamando a todo aquel que quiera la libertad. ¿Qué es una patria?

TODOS: ¡Una revolución!

HOMBRE DE NUESTRA ÉPOCA: ¿Qué es la libertad?

TODOS: ¡La revolución!

HOMBRE DE NUESTRA ÉPOCA: ¿Cuál es la única verdad?

TODOS: ¡La revolución!

HOMBRE DE NUESTRA ÉPOCA: Por eso a ti, Chirino, te cantamos...

UNOS: Con los tambores (*Suenan tambores*)

OTROS: Con las trompetas (*Suenan trompetas*)

UNOS: Con las maracas (*Suenan maracas*)

OTROS: Con los timbales (*Suenan timbales*)

TODOS: ¡Con nuestras voces!

HOMBRE I: En el nombre del pan, zambo Chirino...

MUJERES: Y en nombre del amor
HOMBRE 1: En nombre de mi pueblo abandonado...
MUJERES: Y en nombre de la flor
HOMBRE 1: En nombre de lo bueno que nos falta
TODOS: Cantamos a tu insurrección
HOMBRE 2: ¡José Leonardo, amigo!
HOMBRE 3: ¡José Leonardo, hermano!
HOMBRE 4: ¡José Leonardo, padre!
MUJER 1: ¡Amor, José Leonardo!
TODOS: ¡Chirino!
HOMBRE 1: Tambor negro, roja boca
TODOS: ¡Chirino!
MUJERES: Rojas las mandíbulas del viento
TODOS: ¡Chirino!
HOMBRES DEL 1 AL 9: Roja la piel de nuestra fiel coraza
TODOS: ¡Chirino!
MUJER 1: ¡José Leonardo! ¿Dónde estás? ¡Despierta!
TODOS: Aquí estoy. Yo soy la voz del pueblo
MUJER 1: ¿Qué es lo que grita el pueblo?
TODOS: ¡Libertad! ¡Patria! ¡Revolución! ¡Chirino!
JUAN SEBASTIÁN: Contento, capitán.
CHAMITO: ¡Proa a estribor! ¡Proa a estribor! ¡Un millón de nudos! ¡Un millón de nudos!
JUAN SEBASTIÁN: Allá voy, hacia ti, Bach, Juan Sebastián, tocayo.
¡Rema, chamito, rema!
CHAMITO: (*Remando más fuerte*) ¡Y el mar nos lleva! ¡Y el mar nos lleva!

Telón final

La quema de Judas

La quema de Judas (1964)

La quema de Judas (obra en acto largo, sin divisiones) fue estrenada en el teatro del Ateneo de Caracas el 4 de diciembre de 1964, bajo la dirección de su autor y con el siguiente reparto:

EL PERIODISTA	José Ignacio Cabrujas
LA SEÑORA SANTÍSIMA	Berta Moncayo
JESÚS CARMONA	Rafael Briceño
LA DANTA	Hilda Vera
Doctor Altamira	Luis Salazar
GANZÚA	Arturo Calderón
JEREMÍAS	Miguel Ángel Landa
GABRIEL	Luis Pardi
JOSÉ	Alberto José Suárez
JUAN	Luis Abreu
ÁNGEL	Eduardo Mancera
EL FOTÓGRAFO	Alfredo Fuenmayor

PERSONAJES

EL PERIODISTA: su misión es publicar algo sobre la vida del muerto

LA SEÑORA SANTÍSIMA: vende objetos religiosos en las puertas de la iglesia; es la madre de Jesús y José, ambos muertos, y la madre adoptiva de Ángel y Juan

JESÚS CARMONA: hijo de LA SEÑORA SANTÍSIMA; ladrón y policía, Unos desconocidos lo matan dos horas antes del “golpe” al banco que vigilaba

LA DANTA: sacerdotisa, concubina de Jesús, y la que lo puso en contacto con el Doctor Altamira

DOCTOR ALTAMIRA: el sumo sacerdote de la nueva religión cuyos objetos sagrados son los artefactos eléctricos

GANZÚA: un lisiado que anda sobre un carrito con ruedas, y puede abrir todas las puertas

JEREMÍAS: miembro de la banda de Jesús

GABRIEL: también de la banda, de menor jerarquía que Jeremías

JOSÉ: hijo de LA SEÑORA SANTÍSIMA; se hizo soldado y lo mataron defendiendo su sueldo

JUAN: un huérfano que llega a la casa de LA SEÑORA SANTÍSIMA con José una semana antes de que mataran a éste

ÁNGEL: un huérfano que llega a la casa de LA SEÑORA SANTÍSIMA pidiendo pan; tarado y sifilitico, se viste de mujer

EL FOTÓGRAFO: saca las fotos pero no quiere que sepan que fue él quien las sacó

ESCENARIO

(La acción toma lugar en un barrio de Caracas en la sala de LA SEÑORA SANTÍSIMA alrededor del féretro de su hijo. El escenario está vacío al comenzar la obra; lo llenan o lo desocupan los mismos actores según los requerimientos de sus diálogos)

Acto único

(*De la oscuridad surge el PERIODISTA*)

EL PERIODISTA: Habría que comenzar diciendo que yo estoy aquí porque siempre me interesaron ellos. No sé hasta qué punto me son ajenos y distantes. Creo que esto es mentira. A medida que los oigo hablar y cometer errores me siento culpable y comprometido. Ellos me atañen y cuanto menos están en la verdad son más míos. Para poder comprenderlos es necesario quererlos. ¿De qué pedazo de la tierra surgieron? ¿En qué idioma hablan? ¿Sus problemas son localistas? Me río de eso. No es eso precisamente lo que importa. Sin embargo, y a propósito de palabras pasadas, encuentro hermoso que en esta pequeña provincia se me exija hablar en universo. Soy, pues, universo: poros abiertos para todo lo bueno y todo lo malo de estos seres que van a conocer.

(*Se ilumina un muñeco sin cara que cuelga en el aire*)

Quemar a Judas y darle la cara de nuestro enemigo es una tradición venezolana. Pero estoy seguro de que en el mundo entero todos sabrán —a la hora de la verdad— lo que esa cara y lo que ese fuego significan

(*Se ilumina LA SEÑORA SANTÍSIMA, sentada sobre un taburete muy bajo. Más allá, una urna*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Qué es lo que quiere saber?

EL PERIODISTA: ¿Por dónde comenzamos?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Usted dice

EL PERIODISTA: ¿Cómo se llama usted?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Me dicen LA SEÑORA SANTÍSIMA. Mi verdadero nombre es Josefa

EL PERIODISTA: ¿Josefa qué?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Josefa María Carmona Rodríguez

EL PERIODISTA: ¿Por qué le dicen "LA SEÑORA SANTÍSIMA"?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Vendo objetos religiosos en las puertas de las iglesias.
Estampas, oraciones, rosarios, camándulas

EL PERIODISTA: ¿Siempre han vivido aquí?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No, no siempre (*Sus ojos se cierran*)

EL PERIODISTA: ¿Tiene sueño?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No. Los ojos me pesan, pero no es sueño

EL PERIODISTA: ¿Quién es el padre de Jesús?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Murió en la cárcel. Un día lleno de sol

EL PERIODISTA: ¿Por qué estaba preso?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Una injusticia. Le debía dinero a un hombre. Por no tener cómo pagarle lo acusó de enemigo del gobierno. En el Castillo enfermó. Hambre, pulmonía

EL PERIODISTA: ¿Qué era él?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Cómo...?

EL PERIODISTA: Quiero decir, ¿qué hacía su marido?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No era mi marido. Es decir, sí lo era, aunque nunca firmamos ningún papel

EL PERIODISTA: ¿Qué hacía?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Trabajaba de linotipista en un periódico

EL PERIODISTA: ¿Tiene alguna foto de él?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No, no tengo. ¿Qué anota?

EL PERIODISTA: Lo que usted dice

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Tiene importancia?

EL PERIODISTA: Sí. (*Por un gesto de ella.*) ¿Quiere descansar?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No estoy cansada. Es que no puedo acostumbrarme
a la idea... (*Se levanta y se acerca a la urna*) Me niego a
creer que es cadáver. Es mi hijo. Sigue siendo mi hijo

EL PERIODISTA: ¿A qué hora lo trajeron?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Yo sabía que algo malo iba a pasar. Todo me lo anun-
ciaba. Pero... ¿Cómo detener las cosas?

EL PERIODISTA: ¿Cuándo supo la noticia?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: De pronto uno se da cuenta de que todo está en con-
tra. Y uno se queda indefenso... sin saber qué hacer

EL PERIODISTA: ¿Usted estaba aquí o en la calle?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Ahora mismo... no sé qué hacer...

EL PERIODISTA: ¿Cómo se enteró?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: De pronto. La Danta entró por esa puerta gritando

EL PERIODISTA: ¿Quién es la Danta?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: La concubina de mi hijo. Detrás de ella entraron
mudos los muchachos

EL PERIODISTA: ¿Quiénes son los muchachos?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Jeremías, Gabriel, GANZÚA y Juan. Lo tendieron so-
bre la tierra y se me quedaron viendo. Tenía muchos
agujeros, pero hay uno que no puedo olvidar, el de
la frente. En el centro de la frente, como un clavel
rojo marchito en el centro de la frente. Yo estaba co-
miendo una naranja: el bagazo cayó desde mis encías
hasta rodar por el pecho de Jesús. Y el bagazo se fue
poniendo rojo. No es eso lo que quisiera recordar.
Tampoco lo que hubiera querido estar haciendo en
ese momento. Pero, como se lo dije, todo sucedió de

pronto, como si el mundo se hubiese puesto a correr
y al mismo tiempo yo me hubiera detenido

EL PERIODISTA: ¿Dónde están la Danta y los muchachos?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Declarando

EL PERIODISTA: Y a usted, ¿no la interrogaron?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Sí. Me interrogaron. Dijeron que eran formalidades

EL PERIODISTA: ¿Qué dijo?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No sé. Me desmayé durante un rato. Creo que vomité

EL FOTÓGRAFO (*Voz fuera de escena*): Gregorio... Gregorio...

EL PERIODISTA (*Hacia afuera*): Un momento. (*A ella.*) Señora, ha venido un amigo. Es fotógrafo... Yo quisiera su permiso para...

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No, no...

EL PERIODISTA: Se lo ruego, señora. Para mí es muy importante.
(*Pausa*) ¿Puede pasar? (*Pausa*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No tengo fuerzas para negarme a nada. Para mí ya no hay nada importante

EL PERIODISTA (*Hacia afuera*): Pasa. (*Entra el Fotógrafo*) Sé rápido.
(*El fotógrafo va hacia la urna*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No, a él no... Así no, por favor...

EL PERIODISTA (*la detiene tomándola suave por los brazos*): Se lo ruego, señora. Yo sé que es doloroso, pero también es necesario. Se lo suplico.

(*LA SEÑORA SANTÍSIMA comienza a llorar. El FOTÓGRAFO toma diferentes flashes. No hay ángulo que no utilice. Al terminar con el cadáver su objetivo es LA SEÑORA SANTÍSIMA*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¡Ay, Jesús, mijito! Te me has ido, te me has ido.
Te mataron traidoramente. ¿Quién te mató, Jesús,

mijito? ¿Quién es el culpable? ¿Por qué yo no estaba presente para ponerme delante de ti y defenderte? ¡Ay, Jesús de mi alma! ¡Ay, Jesús, mi muchachito! ¿Por qué tenía que suceder esto? ¿De qué somos culpables? ¡Dios mío! Yo que te he rezado toda mi vida, respóndeme. Míralo ahí, tendido, lleno de sangre. ¿Por qué es tan misteriosa tu justicia? ¿Por qué yo no comprendo tus decisiones? Respóndeme

EL PERIODISTA: (al Fotógrafo) Basta ya. Vete

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¡Ay, Dios!

EL FOTÓGRAFO: ¿Para cuándo las quieres?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¡Hijo de mi alma!

EL FOTÓGRAFO: ¿Para mañana?

EL PERIODISTA: No, esta misma noche. Y quiero que regreses

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Por qué? ¿Por qué?

EL FOTÓGRAFO: ¿Que regrese aquí?

EL PERIODISTA: Hay otras fotos por hacer

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¡No hay razón! ¡No hay razón!

EL FOTÓGRAFO: Iré a tomar el choque de la autopista y volveré

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¡Dios mío!

EL PERIODISTA: No tardes

(El FOTÓGRAFO sale)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Toda mi vida, Dios. Al levantarme, mi primer pensamiento. Al acostarme, mi último pensamiento. Mis oraciones han sido tantas que he perdido la cuenta. Y de pronto, esto. ¡Si yo nunca lo he traicionado! ¡Si yo siempre he vivido bajo su calor y su protección! No comprendo, me es difícil comprender. Nunca le

he exigido nada especial. He sido humilde con verdadera humildad. Y lo he soportado todo. Dolores tras dolores como cuentas de rosario. Y yo siempre fiel, siempre fiel, porque es así, porque Él es el Creador y yo su sierva. Porque lo acepto todo en su santísimo nombre. ¡Pero esto! ¡Pero esto! Uno es un ser humano. Hay límites para todo. Uno es un ser humano

EL PERIODISTA: Cálmese

(Entra Ganzúa. Es un lisiado, sobre un carrito con ruedas. Trae un paquete)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¡Ganzúa! ¡Ganzúa! Nos lo mataron. (*GANZÚA se abraza a ella.*) ¿Por qué lo mataron, Ganzúa, por qué lo mataron?

GANZÚA: Le he traído esto. Para que coma algo (*Saca un trozo de pan del paquete*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No quiero

GANZÚA: Le hace falta. Tiene que alimentarse. Coma, coma

(LA SEÑORA SANTÍSIMA acepta el pan con tristeza)

EL PERIODISTA: (*a Ganzúa*) ¿Ya te interrogaron?

GANZÚA: ¿Quién es usted?

EL PERIODISTA: Un periodista

GANZÚA: No venga a molestar. Basta con las preguntas de los policías. (*Va hacia la urna.*) Vamos a vengarlo, Señora Santísima

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No quiero más sangre. (*Se le cae el trozo de pan que había comenzado a masticar lentamente.*) Siempre he sido torpe. Las cosas se me viven cayendo de las manos.

(*EL PERIODISTA va a recoger del suelo el trozo de pan*)

No se moleste, señor (*Lo hace ella misma*)

GANZÚA: (mirando la urna) Quiero verlo

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Quieres que te alce?

GANZÚA: Sí

EL PERIODISTA: (a ella) Permítame, yo lo ayudo (*A Ganzúa.*) ¿Quieres?

GANZÚA: Bueno. (*EL PERIODISTA lo alza. Ganzúa mira fijamente el cadáver.*) Parece otro

LA SEÑORA SANTÍSIMA: (*mordiendo el pan*) Es él, Ganzúa, es él. ¿Tiene los ojos cerrados, verdad?

GANZÚA: Sí, cerrados. (*Al Periodista*) Bájeme

EL PERIODISTA: (*depositándolo en el suelo*) ¿Qué te preguntaron en el interrogatorio?

GANZÚA: ¡Y a usted qué le importa!

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Qué te preguntaron, Ganzúa?

GANZÚA: ¿Lo digo, Señora Santísima?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Todo se sabe tarde o temprano. Dilo

GANZÚA: Primero se rieron de mí. “¿Por qué no trabajas en la televisión? Si no confiesas te vamos a poner más chiquito de lo que eres”

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Y después?

GANZÚA: Me puse a llorar como un niño. Uno me dio un coscorronazo. Yo le di un manotón. “¿Lo querías mucho, maricón?”, me dijo uno de ellos, el más alto

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Y tú qué hiciste?

GANZÚA: Le di otra manotada. Entonces me llevaron a empujones hasta una celda, como si yo fuera una pelota. Cuando me dejaron en libertad, estaban interrogando a Jeremías y a Gabriel, en una mesa, rodeados de

ametralladoras. (*Pausa*) En la oficina, al pasar, vi a la Danta. (*Pausa*) Traje cerveza. Vamos a tomar un poco. (*Abre el paquete y saca una botella, busca un vaso, lo llena y se lo da a LA SEÑORA SANTÍSIMA. Él toma a pico de botella.*) La Danta estaba hablando con el Doctor Altamira

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Con el Doctor Altamira?

EL PERIODISTA: ¿Quién es el Doctor Altamira?

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Toma un pequeño sorbo*): Todo esto empezó el día de las neveras y de las lavadoras. El día del ventilador. Yo estaba contando las estampas de la Virgen del Valle y de pronto me sentí rodeada por aquellos aparatos

(*Cambio brusco de iluminación. Música estruendosa. JESÚS, JEREMÍAS y GABRIEL entran a escena empujando diversos aparatos eléctricos. Rodean el centro escénico con neveras, lavadoras, ventiladores, cocinas, etcétera. GANZÚA los ayuda. Del hombro de JESÚS cuelga un radio transistor*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Yo me había puesto por primera vez el vestido blanco que Jesús me regaló en mi cumpleaños. ¿Eres tú, Jesús? ¿Qué es eso? Un vestido blanco que a mí no me gustaba, pero que Jesús me había regalado con mucho cariño. ¿Qué es esto, Gabriel? ¿De dónde traen esas cosas? Un vestido blanco que yo había guardado para estrenármelo en navidad. Jeremías, ¿por qué no me respondes? ¿Para qué son esos aparatos? ¿De dónde los han sacado? Dime, Ganzúa. ¡Jesús! ¡Jesús!

JESÚS (*deja de cargar y camina alegre hacia su madre*): ¡Mamá! (*A los otros*) Terminen ustedes. (*A ella*) ¡Ves

qué bonito te queda? Y no querías ponértelo. A ver, a ver, da una vuelta

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No es que no quería, es que...

JESÚS: Una vuelta, señora, una vuelta. (*La obliga suavemente a girar sobre sí misma.*) ¿Lo ve, señora, qué bien le sienta el blanco?

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*angustiada*): Dame un beso, Jesús, dame un beso, abrázame

JESÚS (*lo hace*): ¿Qué le pasa, señora? ¿Qué tiene?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Qué son todas esas cosas que han traído? ¿De dónde las sacaron? ¿Para qué son?

JESÚS: Las neveras son para hacer hielo, para enfriar las cervezas. (*Toma del vaso de ella*) Las cocinas son para calentar el agua y freír la carne. Los ventiladores son para remover el aire. Este aire está viciado. Gabriel, Gabriel, deja eso y enchufa uno de los ventiladores. (*Gabriel obedece*) ¿No piensa, señora, que este aire está malo? No podemos respirar bien. Pero estas hélices mueven el aire, como si fueran olas. Dame acá. (*Quita a Gabriel el ventilador, que está encendido, y lo acerca a La Señora Santísima. Le recorre la cara y el cuerpo*) Sienta, señora, sobre su cara este riquísimo frescor. Piense que miles de abanicos la soplan, que miles de bocas la soplan, que infinidad de ramas de árboles increíbles soplan su vestido blanco

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Para qué todo esto, Jesús?

JESÚS: Pero si de pronto cortamos la electricidad (*Lo hace*), las pequeñas hélices dejan de girar y el calor vuelve lentamente, pesado, sucio. Hay una gran diferencia, ¿verdad, mamá, que hay una gran diferencia?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No comprendo

JESÚS

(*Transición. Su tono excitado se torna sombrío*): ¿Y qué es lo que hay que comprender? Las neveras están vacías (*Abre una y la cierra de nuevo tirando fuertemente la puerta*). Las cocinas no tienen sartenes encima, con pedazos gordos de carne flotando sobre su rico olor a aceite. Lo del aire es mentira, una vulgar mentira

(*Pasado y presente están mezclados. La urna y los objetos eléctricos. El PERIODISTA tomando notas. JESÚS enciende un cigarrillo. GANZÚA toma cerveza a pico de botella. JEREMÍAS y GABRIEL se secan el sudor. El PERIODISTA se acerca a LA SEÑORA SANTÍSIMA*)

EL PERIODISTA: ¿Cómo era realmente Jesús?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Qué quiere que le diga? Yo no comprendo de esas cosas. Jesús era un hijo... como son los hijos... ¿Cómo quiere usted que yo distinga?

JESÚS:

Ahora hay que avisarle al Doctor Altamira. ¿Tú sabes dónde está la oficina, Gabriel?

GABRIEL:

No recuerdo bien. Que vaya Ganzúa. Tú sí te acuerdas, ¿verdad, Ganzúa?

GANZÚA:

No, yo no...

JEREMÍAS:

Estás borracho y eres un flojo. Eso es lo que pasa

JESÚS:

Pero, ¿cómo va a ir Ganzúa? ¿No vieron ustedes el edificio? Todo de cristal, con alfombras de este grueso. ¿Y no vieron la pinta del tipo? Con un traje de corte italiano, bañadito, recién afeitado, con burda de billetes en la cartera, una perla en la corbata impecable... ¡Cómo va a ir Ganzúa! Ese no es un edificio para enanos. Ese no es un hombre para enanos

- GANZÚA: Jesús tiene razón.
- JESÚS: Lárgate, Gabriel, y dile que la misión ha sido cumplida (*Gabriel no se mueve*). Pero es ya, gran carajo
- GABRIEL: Sí, voy, voy (*Sale*)
- JESÚS (*Da una risotada y camina golpeando los objetos*): Dos mil... dos mil ochocientos... tres mil quinientos... cuatro mil... cuatro mil setecientos... cinco mil doscientos... cinco mil novecientos... seis mil cien... ¿Cuánto es el treinta por ciento de seis mil cien, Jermías?
- JEREMÍAS: No sé
- JESÚS: ¿Y tú, Ganzúa?
- GANZÚA: Nunca he visto seis mil cien bolívares juntos
- JESÚS: Mamá, ¿tú sabes cuánto es el treinta por ciento de seis mil cien? Te compraré miles de trajes blancos como ése
- LA SEÑORA SANTÍSIMA: Yo no quiero nada
- JESÚS: ¿Sí has comprendido, verdad? No me digas que está mal hecho porque no pienso hacerte caso. A mí me parece muy bien hecho. ¿Hasta cuándo? Todo lo bueno, todo lo lógico se ha probado. ¿Y cuál es el resultado? Mírate. No hablo de mí. ¿Pero tú? ¿Y José?
- EL PERIODISTA: ¿Quién es José?
- LA SEÑORA SANTÍSIMA: Yo tenía un hijo llamado José. También lo mataron. Era soldado
- JESÚS: ¿Por qué se murió José, mamá? ¿Qué estaba defendiendo? Lo hubieran matado igual si hubiera estado con los otros. Pero el Coronel estaba de ése y le dijo: «Hay que disparar». José disparó, ¿no es cierto? A él le dispararon también

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Por qué tienen que disparar?

JESÚS: Para defender el sueldo. ¿Y sabes cuál es ese sueldo?
La mitad de esa nevera. Mucho menos de la mitad de
esa nevera. Parte esta nevera por la mitad y todavía
José no hubiera podido comprártela en muchos años

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No la quiero

JESÚS: Pero tú necesitas una nevera. Cuando hace calor es
necesario que sientas algo frío en la garganta

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No quiero nada. Llévense todo eso

JEREMÍAS: No es para nosotros

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Llévense esas porquerías. De esa manera no. Prefiero
no saber nada de la civilización. Estoy tranquila ven-
diendo mis basuritas en la puerta de la iglesia. Yo no
engaño a nadie. Es mejor que las cosas sigan como
están. José no va a resucitar y tú no te vas a morir
por tener más o menos dinero en los bolsillos. Yo
no quiero ninguna nevera. Prefiero ese calor que tú
detestas. Fueras, fuera con esas cosas. En nombre de
tu padre que murió honradamente en la cárcel. En
nombre de José que murió honradamente cumplien-
do su deber...

JESÚS: No grites. Yo no quiero morir honradamente. Me
sabe a mierda la honradez. Mucha gente está vivien-
do de cosas como ésta. Gente importante que apare-
ce retratada en los periódicos

LA SEÑORA SANTÍSIMA: En las últimas páginas

JESÚS: No, señora. En las primeras páginas, con medallas
colgando en las solapas. Y es mejor que no sigamos
discutiendo

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Es por ti, Jesús, es por ti

JESÚS: No te preocupes tanto por mí. Y si te preocupas, reza. Después de todo, Dios debería proteger a los humildes. Es su deber

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Pareces otro

JESÚS: Sí, debo ser otro. Pero me siento mejor de esta manera. Venga acá, mamá, no nos peleemos. Después de todo, lo único que tengo es usted

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Al Periodista*): Lo más terrible, pero también lo más hermoso del amor, es que uno termina perdonándolo todo. Al principio protestamos. Yo se lo decía (*A Jesús*) “No es posible, Jesús, que tú hayas caído tan bajo, no es posible” (*Se va acercando a Jesús, al tiempo que dice al Periodista*). Pero un día me di cuenta que era inútil repetir y repetir la cantinela, y comencé a aceptarlo como era y a pesar de lo que era. No me lo juzgue usted. No me diga nada de mi hijo. Pero si yo lo conozco desde dentro (*Se abraza a Jesús, que la besa.*). Si es una cosa mía, solamente mía. ¿Cómo pueden juzgarlo mal si yo lo conozco, pedacito a pedacito?

JESÚS: Voy a comprarte todo lo que necesitas para ser una señora decente

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No

JESÚS: Voy a comprar un automóvil para sacarte a pasear

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No

JESÚS: Y llevarte a la playa

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No

JESÚS: Yo mismo mataré la langosta que te vas a comer

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¡Qué difícil es esto, Dios mío!

JESÚS (*se separa de ella*): Aparentemente es muy difícil, pero cuando ya se está dentro es como el pez en el agua

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Qué sientes?

JESÚS: Siento que una gran mentira se vuelve una gran verdad. ¿No es suficiente? Siento que he dejado de ser útil y que ahora sirvo para algo. Ganzúa, cómprate unas cervezas (*Le da una moneda, GANZÚA sale.*). Jeremías siente envidia (*Le da una palmada en la mejilla.*)

¿No es verdad, Jeremías? ¿Qué dices tú?

JEREMÍAS: Yo hago lo que tú mandes

JESÚS: Éste es el comienzo. Una pequeña prueba para empezar. El Doctor Altamira se sentirá contento con nuestro trabajo y nos encargará trabajos más importantes

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Mi casa de oración se ha convertido en cueva de ladrones

JESÚS (*Se vuelve hacia su madre*): Nunca más saldrá a vender esas tonterías

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No son tonterías. Son mis pequeñas y grandes cosas

JESÚS: Nunca más. Te quedarás aquí en la casa, como una reina

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Muy suave*): ¡Hasta el día que te maten! (*Madre e hijo se miran a la cara. Jesús hace un pequeño gesto de burla. Ella le habla al Periodista sin quitar sus ojos de Jesús.*)

Se lo dije. Ese día se lo dije. Fue como un anuncio. No he debido decirlo. ¡Qué mala suerte! (*Fuerte*)

¡Hasta que te maten! ¡Hasta que te maten!

JESÚS (*La toma por los hombros. Sus manos suben hasta la cara de LA SEÑORA SANTÍSIMA*): Nadie va a matarme. No ha nacido quien mate a Jesús Carmona

(*Cambio de iluminación*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Y otro día, también me tenía así, con mi cara entre sus manos, como ahora... Otro día... El día que vinieron a llevarse los aparatos... No sé si fue el día siguiente, o la semana siguiente... No sé si fue el mismo día, pero fue más tarde, mucho más tarde... Ese día, cercana la navidad.

JESÚS: Sí, es navidad. ¿Sabes lo que te he traído? Vas a hacer tu nacimiento, como todos los años, pero este año será más grande, más hermoso, el más bello de tu vida. ¿Sabes lo que te he traído? (*Llama*) Jeremías, Gabriel, Ganzúa, comiencen, traigan las cosas.

(Una extraña música litúrgica llena el ambiente. JEREMÍAS, GABRIEL y GANZÚA entran a escena cargados de la más gigantesca imaginería religiosa. Ovejas, pastores, Reyes Magos, Virgen María, el buey, la vaca, la mula, San José, del tamaño de seres humanos. Los hombres van colocando las estatuas delante de los objetos eléctricos)

JESÚS: Mira, mamá, mira. ¿No sabes quién es? Míralo bien. Es San José del Ávila, el casto, el puro, San José del tamaño de Jesús María Carmona, con mi misma estatura. ¿Y esa oveja? ¿Has visto en tu vida oveja tan grande? ¿Y ese Rey? Es Baltasar. ¿Y dónde está Melchor, Jeremías?

JEREMÍAS: Lo trae Ganzúa

JESÚS (*Riendo*): Ganzúa no puede con Melchor. Páralo allí, Gabriel... Allí mismo, páralo, con cuidado... ¿Y dónde está la Virgen? ¿La han dejado afuera, sola, sólita la pobre Virgen?

(ÁNGEL, vestido de niña, con un lazo en la cabeza, entra con la imagen de la Virgen cargada en brazos. Ríe y babea suavemente)

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Excitada*): ¡Allí está! ¡Allí está! Ángel la trae en sus brazos. No puede con ella (*Jesús ríe a carcajadas*)

EL PERIODISTA (*Se acerca rápido a LA SEÑORA SANTÍSIMA*): ¿Quién es Ángel? ¿Quién es ese Ángel?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Ahora no. Ahora no me pregunte nada. Ayuden a Ángel. ¡Cuidado! (*Jeremías y Gabriel ayudan a Ángel a colocar la estatua.*) Ángel, ¿quién te ha puesto el lazo en la cabeza? Ya te he dicho que no me gusta. (*Ángel ríe*)

JESÚS: Pero mira, mamá, vuélvete, mira. Es una Virgen como tú nunca la soñaste

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¡Y el buey! ¡Es muy grande ese buey!

JESÚS: Y son grandes todos los animales y todos los santos. Y los pastores, y los ángeles, y los reyes. Son más grandes que la Biblia, más grandes que la religión. Rompe esas pequeñísimas estampas que tú vendes. Abraza estas estatuas. Son tuyas. Señor pastor de nombre desconocido, toque usted esa flauta para que lo escuche mi madre. Mamá, te presento al señor pastor desconocido. Dale la mano. Vamos, sin miedo, sin vergüenza, vamos, vamos, dale la mano

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Está a punto de hacerlo. Pero despierta, angustiada*): ¿De dónde las sacaste?

JESÚS: Son para ti

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Grita*): ¿De dónde las sacaste?

JESÚS: Son tuyas, mamá

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Al Periodista*): Se las habían robado, señor. Al día

siguiente salió la noticia publicada en todos los periódicos. Rompieron la vidriera de exhibiciones de una tienda llamada Sears y me trajeron todas las piezas del nacimiento gigante

(*La pandilla ríe. Entra el Doctor Altamira*)

DOCTOR ALTAMIRA: No veo qué le causa risa, Carmona

JESÚS: Pues me hace mucha gracia

DOCTOR ALTAMIRA: Estos robos pendejos son los más peligrosos

JESÚS: ¿No está contento con nuestro trabajo? Hemos cumplido, ¿no es verdad? ¿No tiene las neveras, las lavadoras, los cinco automóviles que quería, esos pagarés firmados por usted? Somos efectivos

DOCTOR ALTAMIRA: Estoy satisfecho

JESÚS: Creo que tenemos una pequeña deuda pendiente.

DOCTOR ALTAMIRA: Así es. (*Jesús se acerca.*) Pero antes déjeme decirle que si sigue cometiendo tonterías como ésta, no volveré a contar con usted

JESÚS: No es para tanto. Déjeme presentarle a mi madre

DOCTOR ALTAMIRA: Señora, es para mí un honor conocerla. Soy huérfano y siempre que veo una madre me dan ganas de llorar. Pero déjeme decirle también que aunque su hijo tiene un gran talento y una gran astucia y una gran audacia para esta clase de cositas, es necesario que se controle. Yo tengo planes para él. Magníficos planes. No tienen ustedes la menor idea. Pero necesita alguien que lo controle. Y nadie mejor que una madre para controlarlo

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Lo ves, Jesús? (*Al Doctor*) Si yo se lo digo todos los días. ¡Ay, doctor, cuántos problemas con este

muchacho! ¡No sé qué pensar! Pero usted me lo va a ayudar, ¿verdad, doctor? Yo confío en que usted...

DOCTOR ALTAMIRA: No se preocupe

JESÚS: ¿Lo ves, mamá?

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Al Doctor*): Me da miedo por él. Usted comprende

DOCTOR ALTAMIRA: Yo sería incapaz de abandonarlo en un momento difícil. En esos casos acostumbro acudir a mis amigos.
Son muchos e importantes

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Puedo estar tranquila?

DOCTOR ALTAMIRA: Tranquila no es la palabra justa. Puede estar... Conforme. Conforme es la palabra. ¿No le gusta esa palabra? Creo que es suficiente. Aquí está el dinero, Carmona (*Se lo entrega*) ¿Qué va a hacer con ese dinero? ¿Lo ha pensado? (*Jeremías, Gabriel y Ganzúa se acercan*)

JESÚS: Voy a repartirlo

DOCTOR ALTAMIRA: Repartirlo. Sí, claro, repartirlo. (*Pausa.*) ¿Y la Danta, no está?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Está en Sorte, en el palacio de la reina María Lionza

DOCTOR ALTAMIRA: ¿Cuándo regresará?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: El camino a Sorte es difícil. La peregrinación iba sin tiempo

DOCTOR ALTAMIRA: ¡Cuánto me hubiera gustado ir! ¡Es el tercer viaje que pierdo! Pero, tantos problemas, tantas ocupaciones... Otro día será... Cuando la Danta regrese dígale, señora, que quiero hablar con ella

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Cumpliré con su encargo, doctor

DOCTOR ALTAMIRA: Bueno, me marcho. Señora... (*Comienza a salir. Ángel lo sigue y juega con su corbata y su pelo, molestandolo. El Doctor Altamira no puede contener su indignación*)

¿Qué significa esto?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¡Ángel, deja al doctor!

JESÚS (Se abalanza sobre Ángel y le da un golpe): ¡Quita, imbécil, quita! Perdónelo usted, Doctor. No sabe lo que hace. Lo acompañamos

DOCTOR ALTAMIRA: No es necesario

JESÚS: Lo acompañamos, Doctor

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Recoge a Ángel*): No era necesario pegarle. (*El Doctor sale seguido por Jesús, Jeremías, Gabriel y Ganzúa.*) ¡Pobre! ¡Ángel, Angelito! ¿Te han hecho daño? No era necesario darle tan fuerte. Si él me hace caso a una sola voz (*Lo acaricia y lo sienta en el banquito.*)

EL PERIODISTA: ¿Quién es ese Ángel?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¡Mi pobre niño! ¿Está sufriendo mucho mi criatura? (*Al Periodista*) Ángel apareció un día en la puerta pidiendo comida. ¿Cómo le iba a decir que no? (*A Ángel, acariciándolo*) ¡Ya está, ya está! No ha pasado nada, mi niño. Yo necesitaba a alguien que me hiciera los mandados. Estaba enfermo, pero no tanto. ¡Ya está, ya está! ¡Sana, sana, culito de rana, ya está, ya está! Últimamente ha venido empeorando. Desde la muerte de José. ¡Calma, mi Ángel, calma, ya está!

EL PERIODISTA: ¿Puedo hablar con él?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Ángel no sabe hablar

EL PERIODISTA: ¿Es mudo?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No sabe hablar. Ven, Ángel. Tú no has visto a Jesús muerto. Míralo dentro de la urna (*Lo lleva. Ángel se resiste*) Ven y lo miras. Ya no puede hacerte daño. Ven, no tengas miedo, ven (*Lo levanta*) Si Jesús no era malo. A veces te pegaba porque en el fondo

odiaba que tú fueses como eres. Ven, Angelito (*Ángel hace gestos aspaventosos y emite sonidos desagradables*). Es la última vez que podemos ver a Jesús (*Ángel pega un grito y huye espantado. Pausa*). Desde el día que mataron a José, Ángel comenzó a vestirse de mujer. Le robó unas ropas a la Danta y se las puso. Al principio nos hizo mucha gracia. Después nos molestó. Sobre todo cuando empezó a pintarse la cara. Claro que la costumbre... Todo es un hábito... Un día nos acostumbramos. Y hasta nosotros mismos lo ayudamos a pintarse y a vestirse

EL PERIODISTA: ¿El tenía o tiene relaciones con hombres?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Quién puede tener relaciones con una piltrafa?

Mire, señor, uno está aquí adentro, metido como en una cueva, pero se da cuenta de lo que es, o de lo que puede significar para los demás. Desde que usted llegó me pregunto: ¿por qué se interesa tanto en nosotros?

EL PERIODISTA (suave): Nosotros

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Qué dice?

EL PERIODISTA: No, nada

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Dijo nosotros como si usted fuera uno de... ¡Qué tontería! De todas maneras se lo agradezco mucho

EL PERIODISTA: No tiene nada que agradecer. Cumplio con una obligación

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No parece estarlo haciendo por obligación

EL PERIODISTA: ¿Qué parece entonces?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Que lo hiciera por cariño

EL PERIODISTA: ¿Cómo lo sabe?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Uno es viejo...

EL PERIODISTA: Hay algo de eso

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Suspira*): ¡Ay!

EL PERIODISTA: ¿Qué le pasa?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: A veces me gustaría tener inteligencia para poder comprender tantas cosas... (*Pausa. La Señora Santísima, sentada, mira el vacío, inmóvil*)

EL PERIODISTA: ¿Qué pasó después?

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*distante, ajena*): ¿Después de qué...?

EL PERIODISTA: Su hijo Jesús se dedicó a eso y...

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Mi hijo Jesús salió en este momento a acompañar al Doctor Altamira.

GANZÚA (*Entra con cervezas*): Fui a comprar más cervezas

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Jesús te dio el dinero y te mandó a comprarlas. Yo lo vi

GANZÚA (*Extrañado*): Pero...

EL PERIODISTA (*Hace un gesto a Ganzúa para que éste calle*): Schh...

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No lo mande a callar, señor. Déjelo que diga que es mentira. Déjelo que diga que eso fue hace mucho tiempo. Déjelo que diga que la verdad es que Jesús está muerto para siempre metido dentro de esa urna. Déjelo, déjelo. ¿No es la verdad? Y yo creo que usted es uno de esos hombres que tienen una sola verdad

(*Ganzúa destapa las cervezas y sirve a La Señora Santísima y al Periodista. Él toma a pico de botella*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Habrán terminado de interrogar a Jeremías y a Gabriel. Faltarán ahora la Danta y Juan

EL PERIODISTA: ¿Quién es Juan?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿No le hablé de él?

EL PERIODISTA: No

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Mi hijo José, el soldado, lo trajo a esta casa. El último domingo que estuvo con nosotros se apareció con el muchacho. Lo encontró en la plaza durante la retreta... Y lo trajo. Cuando mencioné a mis hijos no hable solamente de Jesús y de José. Hablé también de los vivos. De Ángel y de Juan. No los parí, pero...

(JUAN entra a escena. Es un adolescente. Camina lento y triste)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Qué te preguntaron?

JUAN: Nada

GANZÚA: ¿Qué te hicieron, Juan?

JUAN: Nada

GANZÚA: A mí me pegaron. Coscorrones, golpes, risas, insultos. ¿A ti no? *(Juan no parece oírlo. Se sienta a los pies de la urna)*

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Fue en una navidad cuando José te trajo? Cuéntaselo al señor. A veces es bueno deshacerse de las cosas

JUAN: Era domingo y estaba fastidiado. Me cansé de callejear. Los acordes de la retreta me hicieron acercar a la plaza. La gente escuchaba, en medio de un gran desorden *(A lo lejos escuchamos la melodía. Juan se levanta y actúa como si los hechos estuvieran ocurriendo)*. El desorden se debía a que un niño le había arrebatado la batuta al director de la banda, y la hacía dar tumbos por el aire, de mano en mano, de risa en risa, de muchacho. La intervención de la policía hizo correr a todos: buenos y malos, culpables e inocentes. Yo me quedé mirando lo que pasaba. En el otro extremo

de la plaza, José también se había quedado mirando. En el lugar se hizo una gran soledad. Sólo José y yo. Y los árboles, y los atriles vacíos, y papeles y globos que volaban. José se acercó poco a poco... (*Juan mira hacia un lateral. De allí surge la voz de José*)

- VOZ DE JOSÉ: ¿Tú eres uno, verdad?
- JUAN: ¿Uno qué, uno qué?
- VOZ DE JOSÉ: La batuta del viejo... ¿Dónde está?
- JUAN (*Dándole la espalda*): ¡Y yo qué voy a saber!
- JOSÉ (*Entra a escena, directo hacia Juan*): ¿No la tienes escondida?
- JUAN (*Se agarra la bragueta*): ¡Como no sea ésta!
- JOSÉ (*Lo agarra*): ¡Ah, eres cómico!
- JUAN: ¡Suéltame, suéltame!
- JOSÉ: ¿Tú no respetas la autoridad?
- JUAN: ¿Qué autoridad, qué autoridad?
- JOSÉ: ¿No ves el uniforme?
- JUAN: ¡Suéltame, suéltame! (*José lo suelta.*) ¡Ni siquiera eres teniente!
- JOSÉ: ¡Qué sabes tú!
- JUAN: Eres un soldado, un pobre soldado raso
- JOSÉ: Te puedo mandar preso
- JUAN: Mándame preso, pues
- JOSÉ: ¿No tienes miedo?
- JUAN: ¿A quién le voy a tener miedo? ¿A ti? Yo no me asusto sino de teniente para arriba. Un teniente tiene una estrellita aquí arriba, y además, ¡es teniente!
- JOSÉ: ¿Conoces algún teniente tú?
- JUAN: Mi papá...
- JOSÉ: ¿Tu papá? ¿Cómo se llama?

JUAN: Se llamaba. Ojalá lo hubieras conocido
 JOSÉ: ¿Dónde está?
 JUAN: En el infierno. Y estoy muy orgulloso de que esté allí.
 Ése es un sitio para hombres
 JOSÉ: ¿De qué se murió?
 JUAN: No se murió, lo mataron. A puro plomo. Yo vi el
 cadáver. ¡Eso sí era un hombre!
 JOSÉ: ¿Y quién lo mató?
 JUAN: Unos soldados como tú, mandados por un teniente
 como él. Le dispararon entre todos
 JOSÉ: ¿Por qué?
 JUAN: Porque a mi papá no le gustaban las injusticias
 JOSÉ: ¿Cuáles...?
 JUAN: Todas las injusticias. Mamá nunca le daba la razón,
 pero yo sé que en el fondo la tenía
 JOSÉ: ¿Y tu mamá? ¿Dónde está tu mamá?
 JUAN: Esa está en el cielo.
 JOSÉ: ¿Muerta también?
 JUAN (Ríe): ¿Y cuándo has oído tú que un vivo vaya al cie-
 lo? Allá el único vivo es Dios. Creó el cielo para vivir
 bien sabrosón en él. Y allí no entra nadie que Él no
 quiera

(Juan y José dan vueltas por toda la escena. Alrededor de los otros personajes. Como si aquello fuese la plaza. LA SEÑORA SANTÍSIMA, EL PERIODISTA y GANZÚA los observan, como si representaran para ellos)

JOSÉ: ¿Con quién vives tú?
 JUAN: Con nadie
 JOSÉ: ¿Y cómo haces?

JUAN: ¿Cómo hago para qué?

José: Para vivir...

JUAN: Se vive mejor solo. Eso decía papá y tenía razón. Desde que ellos se murieron yo me vine del pueblo a conquistar la ciudad. Ahora me gusta más la vida. Es como una aventura

José: ¿Qué haces?

JUAN: Hago lo que me da la gana. En cambio tú... Estoy seguro de que no puedes hacer lo que quieras. ¿Cómo te llamas?

José: José María Carmona

JUAN: Pues, soldado raso Carmona, atención firrmmm, presenten armas, firrrrrrmhhh. ¡Soldado raso Carmona, a limpiar los excusados, firrrmmm, uno, dos, tres! ¡Soldado raso Carmona, a comer mierda, un, dos, tres, un, dos, tres!

(En su burla, JUAN ríe y corre. JOSE, furioso, lo persigue sin lograrlo alcanzar; tira su gorra al suelo. JUAN se esconde detrás de una de las imágenes. JOSE mira sigiloso, tratando de encontrarlo con la mirada)

José: Espera... No te vayas... No te voy a hacer nada
 (Escondido): ¿Seguro que no me haces nada?

JOSÉ: Te doy mi palabra de honor
 (Asoma la cabeza para decir): ¿Y tú tienes honor? (Se esconde y huye)

José (Lo persigue por entre neveras, cocinas y estatuas): ¡Mira, carajito!

LA SEÑORA SANTÍSIMA: José era muy sentimental. A la media hora estaba aquí con el muchacho. Otro pedazo de tiempo y era

como si Juan hubiese vivido siempre con nosotros.

(Juan aparece seguido por José)

JUAN: Yo prefiero dormir allá afuera

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Con los animales?

JUAN: A mí me gustan los animales. En mi pueblo tenía un pollo llamado *Lázaro*. Todos los odiaban. Pero, ¿él tenía la culpa de ser pelado y de tener sarna? ¡Pobrecito! Una vieja me dijo que le echara bicarbonato debajo de las alas

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿No lo hiciste?

JUAN *(Se sienta en el suelo, junto a ella):* Tres meses seguidos robando bicarbonato en la botica... Para nada

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Le hubieras echado aceite de oliva

JUAN: No se me ocurrió. ¿Es bueno?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Se hubiera curado

JUAN: ¿Seguro?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No falla. ¿Y qué se hizo *Lázaro*?

JUAN: Me lo mató un camión cargado de lechosas. Se volvió papilla

JOSÉ *(Que se ha quedado mirando, un poco apartado, un poco triste):* Bueno, yo me voy

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Juan me recuerda cuando eras muchacho, José

JOSÉ: Me voy, mamá

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Tienes que irte tan pronto?

JOSÉ: Se me acaba la pernocta (*Camina hacia alguna salida*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Cuándo vuelves?

JOSÉ: El otro domingo

JUAN *(Se levanta y se acerca a José):* No te vayas. Quédate otro rato

JOSÉ: No puedo. Se me hace tarde

- JUAN: ¿Por qué te metiste a soldado?
- José: Pues, por... ¿Y qué otra cosa voy a ser entonces?
- JUAN (*Burlón*): ¡Te hubieras metido a teniente!
- LA SEÑORA SANTÍSIMA: José se metió a soldado porque estaba enamorado de Carmencita
- JOSÉ: ¡Mamá...!
- LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Y no es verdad, pues? A ella le encantaba un uniforme
- JUAN: ¿Y la conseguiste, José?
- LA SEÑORA SANTÍSIMA: Nunca la consiguió. La primera vez que vino uniformado... Es como si lo estuviera viendo ahora... Se estuvo tres horas delante del espejo, peinándose y echándose desodorante
- JOSÉ: No cuentes esas cosas...
- LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Y por qué no? Cuando fue a buscarla, se le había anticipado un bombero. (*Juan ríe*) Ven y me besas, hijo. No te vayas sin besarme
- JOSÉ (*Después de besar a su madre y antes de partir*): Cuida a la vieja, Juan
- LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Y quién lo cuida a él? (*José sale*)
- JUAN (*Viendo el sitio por donde salió*): Fue la última vez que lo vimos. Un Coronel se alzó y les ordenó tomar el cuartel y poner presos a los jefes superiores. El Coronel no se sabe dónde está. José está muerto con los ojos llenos de tierra
- LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Después de una pausa*): Hace un rato estuve viendo a Jesús y por un momento creí estar frente a José
- JUAN: Eran muy distintos
- EL PERIODISTA (*Acercándose a Juan*): ¿Cómo era Jesús?
- JUAN: Un día de una manera. Otro día de otra

GANZÚA: Depende del pie con que se levantara
 EL PERIODISTA (*A Juan*): ¿Tú ayudaste a traer el cadáver?
 JUAN: Yo estaba terminando de hacer el Judas. Salí a buscar un poco de carbón para pintarle la cara, cuando vi que lo traían Jeremías y Gabriel
 GANZÚA: Y yo. Yo ayudé también
 JUAN: La Danta venía delante. Estaba callada, pero parecía que pegaba gritos

(*Entra LA DANTA. Trae un paquete de velas que reparte a todos, menos al PERIODISTA*)

LA DANTA: ¡Silencio!
 LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Qué?
 LA DANTA: La orden es silencio. No hablar con nadie. No decir nada. Este es un asunto muy complicado. Me lo dijo el Doctor Altamira
 GANZÚA: ¿Y Jeremías? ¿Y Gabriel?
 LA DANTA: Siguen allá
 GANZÚA: ¿Por qué tanto tiempo?
 LA DANTA: El Doctor Altamira va a hacer todo lo posible para que los dejen tranquilos
 GANZÚA: ¿Sospechan algo?
 LA DANTA: Vamos a invocar a la Reina. Esto debe concluir. Ganzúa, enciende las velas

(*Cambio de iluminación. Mientras GANZÚA enciende las velas, al fondo aparece un gran mosquitero que cae desde el techo y dentro del cual adivinamos las formas imprecisas de una cama. LA DANTA entra en su guarida y cambia su traje por vestiduras de "sacerdotisa" de María Lionza. El diálogo continúa*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: La cabeza me cruce. Parece que fuera a estallar
LA DANTA: Son los espíritus malignos. Hay que ahuyentarlos
GANZÚA: Necesitamos a Jeremías y a Gabriel
LA DANTA: Ya vendrán. ¿Qué es lo que pasa en esa policía? A mí no me preguntaron nada. A Ganzúa tampoco
GANZÚA: Golpes, golpes
LA DANTA: Las cosas no vienen de un solo lado. Tienen cuatro caras... y a veces cinco
JUAN: ¿Pero hay algún peligro?
LA DANTA: Ganzúa, echa perfumes
LA SEÑORA SANTÍSIMA: Lo más terrible es esa confusión...
LA DANTA: Ángel, el incienso

(Mientras GANZÚA riega perfumes por toda la escena, ÁNGEL aparece al llamado de LA DANTA e inciensa el ambiente)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Sublimiza el espíritu. Ahuyenta las malas vibraciones
LA DANTA: Señora Santísima, las flores...
LA SEÑORA SANTÍSIMA: Las flores, Juan (*Juan toma flores que están cerca de la urna y se las entrega a La Señora Santísima*). Flores contra la maldad. Flores contra los enemigos. Flores contra el peligro
LA DANTA: (*Se sittúa en el centro escénico. Todos —menos El Periodista— la rodean y se arrodillan*): Te pido permiso, Padre, para ofrecer esta reunión a la reina María Lionza. Que esto nos sirva de luz y progreso a los espíritus de mis hermanos aquí presentes. Tú dijiste que dos o tres estarían reunidos. Tú estarías en medio de ellos. Escucha nuestras súplicas y no veas nuestras miserias. No permitas que espíritus detractores en-

tren en esta reunión. Te pedimos por la paz del mundo, la paz de nuestro país, la paz de nuestros hogares, y nuestra paz. Amén (*Da latigazos con los dedos. Se pone en trance*). Un espíritu ha tomado posesión de la materia. Luz y progreso para tu espíritu. (*La Señora Santísima, Juan y Ganzúa repiten: Luz y progreso para tu espíritu*)

LA DANTA: Que la paz del Señor sea contigo. (*La Señora Santísima, Juan y Ganzúa repiten: «Que la paz sea contigo».*)

LA DANTA (*bebe ron de una botella*): Esto no es licor. Es fuerza para mi espíritu. (*Fuma un tabaco*) Esto no es tabaco. Manos humanas hacen la hostia. Manos humanas siembran el tabaco. No es más la hostia que el tabaco. Esto no es tabaco. Ofrezco los humos de éste a María Lionza, para la voluntad, juicio y persona de la Policía Judicial. Que sus investigaciones nos lleven por buen camino. Que la memoria de Jesús María Carmona sea respetada. Que se descubra lo bueno. Que se cubra lo malo. (*Camina hacia la urna dando fuertes chupadas al tabaco y bebiendo tragos de la botella de ron*) Espíritu del hermano Jesús María Carmona. Ayúdanos. No pedimos para nosotros. Pedimos para la paz

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Amén

GANZÚA: Amén

JUAN: Amén

(*Ángel cae al suelo convulso. Da patadas y su cuerpo se estremece*)

LA DANTA: Es una señal

LA SEÑORA SANTÍSIMA: La Reina ha respondido

GANZÚA: Amén. Amén

(*El Periodista interviene. Cambio de iluminación*)

EL PERIODISTA: Es un ataque. (*A Juan*) Tú, ayúdame (*Lo cargan hacia la cama*)

LA DANTA: El Doctor Altamira me hizo tomar ginebra en la oficina. Los oficiales de la policía estuvieron muy atentos. Reconocí a dos hermanos entre ellos

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿No basta con la muerte de Jesús? ¿Hasta dónde piensan seguir? ¿Por qué no nos vamos de aquí?

LA DANTA: ¿A dónde?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: No sé. A otra parte

LA DANTA: Tenga fe, Señora Santísima. (*Mira el cadáver.*) Jesús era como un árbol sobre mí. (*Toma otro trago.*) Me arrancaba la savia desesperadamente. Sus piernas ahora están inmóviles. Pero un día se movían y alimentaban mi sangre. No he querido a otro hombre como a su hijo. Señora Santísima. Su espíritu era mío. Mi espíritu era suyo

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Recemos. (*Se arrodilla.*) Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús

LA DANTA (*Toma otro trago*): Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén. Nuestra muerte. Porque he muerto a su lado. Yo también estoy enterrada en esa urna. Mi boca junto a su boca. (*Cierra los ojos.*) Dame un beso,

dame un beso, Jesús, de esos besos grandes que tú sabías darme

(*El Periodista, Ganzúa y Juan han salido del mosquitero. Sobre la cama han dejado tendido a Ángel*)

GANZÚA: Yo los espiaba por las telas del mosquitero. Se hacían el amor todas las noches

LA DANTA: Todas las noches. Por eso digo que esta noche estoy muerta. ¿Quieres un trago, Ganzúa? (*Ganzúa acepta*) Recuéstate aquí, en mis piernas, Ganzúa, y recuérdate...

GANZÚA: ¿Que te recuerde qué?

LA DANTA: Cosas... Una noche... Una tarde... Un gesto

GANZÚA: El día de la carne

LA DANTA: (*Asintiendo*): El día de la carne

GANZÚA: La noche de la carne. Porque era de noche. Yo no fui con ellos. Tenía calambres en el estómago y no era necesaria mi presencia. ¿Te acuerdas, Danta, por qué Jesús me puso Ganzúa? “Eres como una Ganzúa — dijo—. Puedes abrir todas las puertas”

LA DANTA: Tú no fuiste con ellos. ¿Y entonces?

GANZÚA: Me quedé jugando con Ángel. Tú te quedaste encerrada porque tenías dolor de cabeza

LA DANTA: Yo no tenía dolor de cabeza

GANZÚA: Tú dijiste que tenías dolor de cabeza

LA DANTA: Pero yo no tenía dolor de cabeza

GANZÚA: Pero tú lo dijiste...

LA DANTA: Yo lo dije porque... ¿Por qué me recuerdas esa noche?

GANZÚA: La noche de la carne

LA DANTA: ¿Por qué me la recuerdas? Si quisiera olvidarla para siempre. Ahora menos quiero recordarla. Ahora que no puedo reclamárselo

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Pero esa noche se lo reclamaste

GANZÚA: Al entrar por allí... (*Señala una entrada*)

LA DANTA: No, no fue por allí... fue por allá (*Señala otro sitio*)

GANZÚA: Lo cierto es que entraron

(*Por el sitio señalado por LA DANTA, entran JESÚS, JEREMÍAS y GABRIEL. Cada uno, sobre sus hombros, trae grandes cantidades de carne cruda. LA DANTA se enfrenta con JESÚS*)

LA DANTA: ¿Qué te pasa, malandro?

JESÚS: ¿Qué tienes tú, te digo?

LA DANTA: Sé lo de la mujer

JESÚS: ¿Qué mujer?

LA DANTA: Una mujer elegante que vino a buscarme

JESÚS: ¿Qué mujer elegante?

LA DANTA: ¿No la recuerdas ahora? ¿No la conoces ahora? Pero desde que tienes plata en los bolsillos te me pierdes por ahí... Con la primera que te encuentras (*Bebe*). ¿Qué te pasa, malandro? ¿Crees que soy boba? ¿Y estos ojos para qué son? ¿Y para qué es esta inteligencia? Si me vas a engañar, engáñame. Pero hablemos claro. Claro, como tienes dinero. ¡Quítate esa carne de encima!

JESÚS: ¡Estoy trabajando!

LA DANTA: ¿Dónde se robaron eso? Seguro que no es un encargo del Doctor Altamira

JESÚS: ¡Qué sabes tú! ¡Jeremías, Gabriel, vayan adentro con

la carne! (*Pone su carga en el suelo*) Lleven esta también

LA DANTA: Fui yo quien te puse en contacto con el Doctor Alatamira. Y no quiero que quedes mal. Está mal que me hagas quedar mal. ¡Y en cuanto a esa mujer...!

JESÚS: ¿Qué mujer, qué mujer? ¡Estúpida!

LA DANTA: Tiene los ojos verdes. Pintados, como el pelo. ¡Porque no me vas a decir que ese rubio es natural! Yo conozco el agua oxigenada. Tuvo el atrevimiento de venir aquí y preguntar por ti

JESÚS: ¿Y qué pasa con eso? (*Le tuerce un brazo*)

LA DANTA: No me agarres así. Me haces daño

JESÚS: ¿Qué sabes tú lo que es una mujer decente?

LA DANTA: ¡Mujer decente! ¡Ja, ja! (*Logra soltarse*)

JESÚS: Como tú no podrás serlo nunca

LA DANTA: Cuando estamos en la cama no me exiges que sea decente. Todo lo contrario

JESÚS (*Se acerca y le pega*): ¡No hables así delante de mi madre! (*Sale*)

LA DANTA (*grita*): ¡Malдito! ¡Malдito! (*Baja la luz. Un reflector ilumina a la Danta. Otro a la urna*) Ofrezco los humos de este tabaco a los siete espíritus, en general al espíritu del cabrito negro y al espíritu de los cinco sentidos de Jesús María Carmona. Estos sentidos se los invoco para que me lo traiga desesperado, como llevó el cabrito negro a la gritona buscando a su hijo y no lo encontró foeteada y refoeteada, sin hallar descanso. Así quiero que me traiga el espíritu de Jesús María Carmona a mi poder. Yo te conjuro desde la cabeza hasta los pies, parte por parte de tu cuerpo,

coyuntura por coyuntura hasta llegar a tu miembro, para que tu naturaleza no desarrolle con ninguna otra mujer, ni sientas placer ninguno hasta que no vengas a mi poder. Yo te conjuro por los nueve meses que tu madre te llevó en el vientre; te conjuro por la hora de tu nacimiento; te conjuro por los tres pasos que dio tu madre en la puerta de la iglesia; te conjuro por los tres pasos que dio el cura en el bautisterio; te conjuro por el agua que te echaron, por la sal que te dieron de comer; te conjuro por el nombre que te pusieron; te conjuro por el Rey Luna; treinta mil rayos trae la Luna, treinta mil trae el Sol, treinta mil diablos que en los infiernos hay, treinta mil gotas de sangre trae el hombre que yo amo y el capataz del infierno me lo ha de traer (*Cae arrodillada ante la urna. Fuma intensamente*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*distante*): Si el tabaco reventare por el lado izquierdo, él la piensa; y al lado derecho, es pensamiento para otra. Si se forma grieta al lado izquierdo, es camino; y por el lado de encima, es camino para otra parte; cuando florea al lado izquierdo, es cama de amor, y al lado derecho, es con otra; y si el tabaco queda en una parte sin quemar y por los lados quemados, es obstáculos

LA DANTA (*Fuma, fuma. Luego, mira intensamente el tabaco*): ¡Al lado derecho! ¡Al lado derecho!

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¡Es pensamiento para otra! ¡Es con otra, es con otra!

LA DANTA (*grita*): ¡No! ¡No!

(*Cambio de iluminación*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Se levanta y va hacia ella*): Pero ahora está muerto. Y no puede quitártelo nadie. Pero ahora está muerto y no puede quitártelo nadie (*La lleva, como a una niña, fuera de escena*)

LA DANTA: Pero ahora está muerto. Y no puede quitármelo nadie. Pero ahora está muerto y no puede quitármelo nadie. (*Se deja llevar. Salen. Ángel las sigue.*)

GANZÚA (*Comienza a reír*): ¡Qué divertido!

JUAN: ¿Qué pasa, Ganzúa?

GANZÚA: Si uno ve las cosas desde lejos, en vez de hacer llorar, hacen reír

EL PERIODISTA: ¿Por qué?

GANZÚA: ¿Cuánto dura una pelea de enamorados? Porque Jesús y la Danta estaban enamorados. (*Al Periodista*) ¿No lo cree usted? (*Pausa*) Yo puedo asegurárselo. Una semana después volvían a acostarse juntos en esa cama y yo los espiaba desde mi goce personal. Después de la tempestad viene la calma. Después de pelearse como zamuros picando carne podrida, se volvieron como palomitas. ¡Tú te acuerdas, Juan! Si tú estabas aquí, tumbado en el suelo cuando ellos entraron

(*Entran JESÚS, vestido de sacerdote, y LA DANTA, vestida de monja. Vienen abrazados. Sonríen*)

EL PERIODISTA: ¿Por qué estaban vestidos de esa manera?

JUAN: Habían ido a robar una iglesia

EL PERIODISTA: ¿La Danta se prestaba también...?

GANZÚA: El amor es el amor

(JESÚS y LA DANTA se han sentado en el suelo. Él tiene su cabeza sobre las piernas de ella. LA DANTA pasa suavemente su dedo índice por las facciones de él)

- LA DANTA: El primer día que te conocí me caíste mal
JESÚS: ¿En serio?
LA DANTA: En serio. Me cayó mal tu nariz
JESÚS: ¿Qué tiene mi nariz?
LA DANTA: No me gustaba
JESÚS: Y ahora, ¿te gusta?
LA DANTA: Ahora la quiero. Quiero cada parte de tu cuerpo, cada centímetro, cada poro. ¿Tú a mí no me quieres?
JESÚS: Imbécil
LA DANTA: Bésame (*Se besan.*). ¿Sabes, Jesús?
JESÚS: ¿Qué?
LA DANTA: Hay una posibilidad
JESÚS: ¿Cuál?
LA DANTA: Estuve hablando con el Doctor Altamira
JESÚS: Sí
LA DANTA: No seguir en esto
JESÚS: ¿En qué?
LA DANTA: En esto
JESÚS: ¿Entonces?
LA DANTA (*Se levanta. Camina. Busca un cigarrillo. Lo enciende. Enciende dos. Le lleva uno a Jesús que continúa tendido sobre el suelo*): Entrar a la policía
JESÚS (*Aspirando el humo*): ¿A cuál policía?
LA DANTA: A la de uniforme
JESÚS: ¿Y eso?
LA DANTA: No te hagas el tonto. ¿No te das cuenta?
DOCTOR ALTAMIRA (*Entra y habla con Jesús como si continuara una*

conversación): Las posibilidades son inmensas

JESÚS: Es muy peligroso

DOCTOR ALTAMIRA: ¿Tienes miedo, Carmona?

LA DANTA: El Doctor Altamira sabe lo que hace

DOCTOR ALTAMIRA: No serías el primero. Ya he hecho la prueba

JESÚS: ¿Y?

DOCTOR ALTAMIRA: Con magníficos resultados

(Entran JEREMÍAS y GABRIEL, vestidos de sacerdotes, portando artículos religiosos. Cristo, cáliz, salterio, copón, custodia, purificador, gorjal, cenefa, sobrepe-lliz, estandartes)

JESÚS: ¿Y quiénes entraríamos? ¿Todos?

DOCTOR ALTAMIRA: No. Tú solo

JESÚS: ¿Por qué no ellos?

DOCTOR ALTAMIRA: Hay que ir con calma, Carmona. Cuando yo decido algo es que he estado mucho tiempo planeándolo, consultando, estudiando. A simple vista le puede parecer sencilla mi posición. Pero es la más delicada, se lo aseguro. Soy yo quien tiene más que perder

JESÚS: Todos tenemos que perder

DOCTOR ALTAMIRA: Si comparamos...

JESÚS: ¿Si comparamos qué? ¿Mi pellejo con el suyo? Porque eso es lo que me juego

DOCTOR ALTAMIRA: Le estoy ofreciendo una nueva oportunidad

JESÚS: ¿Nueva en qué sentido? El pellejo lo voy a arriesgar lo mismo. O quizás más. Mucha gente piensa que es mejor disparar contra un policía que contra un ham-pón. De manera que...

DOCTOR ALTAMIRA: Usted decide, Carmona

LA DANTA:

Jesús, yo creo...

JESÚS:

Tú no crees nada. Y aquí no se trata de creer. ¿Qué voy a hacer con un uniforme puesto? ¿Cuáles son mis riesgos?

DOCTOR ALTAMIRA: Eso vendría después. Lo primero es que usted entre al Cuerpo

JESÚS:

No, Doctor, lo primero es que yo me entere de qué voy a hacer con un uniforme puesto. ¿Cuidar el orden?

DOCTOR ALTAMIRA (*Burlón*): En los ratos libres puede usted hacerlo

JESÚS: Sin risitas, doctor. Yo todo esto me lo tomo muy en serio

DOCTOR ALTAMIRA: No lo creía tan incauto, Carmona. La cosa es bien sencilla

JESÚS:

Las cosas sencillas son las más difíciles de entender, cuando se habla entre dos personas tan diferentes como usted y yo

DOCTOR ALTAMIRA: Usted se pone el uniforme —entrará por las vías legales, mi intervención será muy mínima, casi ninguna— y después usará su tiempo en dos partes. Primera parte: al servicio de la ley. El agente perfecto, el amigo del ciudadano, el empleado público número uno. Piense usted que va a ser compañero de miles de agentes públicos que están allí de buena fe. Los jefes, muchos de ellos, también están allí de buena fe. Cumplen con la difícil labor que les impone la democracia en un pueblo que no estaba preparado ni para la dictadura

JESÚS

(*Se despoja del traje de sacerdote. La Danta lo imita*): Siga. ¿Y entonces?

DOCTOR ALTAMIRA: Entonces viene la segunda parte. Vamos a engañarlos, Carmona. Teatro, puro teatro, al servicio de... (*Ríe*)

JESÚS: ¿Al servicio de...?

DOCTOR ALTAMIRA: Al servicio de nuestros intereses. Los suyos y los míos. Usted tendrá un sueldo básico que yo no puedo ofrecerle. Tendrá el uniforme, el arma, el rolo, caramba, el respeto del ciudadano y del empleado honesto; tendrá la confianza de la mitad de la humanidad al servicio de la otra mitad de la humanidad, a la cual usted y yo pertenecemos. ¿Le parece poco?

JESÚS: Mire, doctor Altamira, le voy a decir una cosa. Yo no seguí estudiando porque no entiendo lo que quieren decir los libros; y esa cosa que llaman teoría me parece una manera de hablar más complicada para aparentar ser mejor o más inteligente de lo que se es. ¿Por qué no me termina de explicar el asunto más prácticamente?

LA DANTA: Jesús quiere un ejemplo

DOCTOR ALTAMIRA (*Se pasea con aire de felicidad. Le gusta representar la escena*): Un ejemplo... Un ejemplo... veamos, veamos. Figúrese usted que ésta es la puerta de un banco. Párese allí. Vamos, vamos, Carmona, ¿qué espera? Párese, párese (*Jesús duda. El doctor lo lleva por un brazo y lo coloca en el sitio indicado.*). Bien, nos estamos entendiendo. Ésa es la puerta de un banco y usted está allí de guardia. Fíjese bien, de guardia. Con su uniforme, su revólver, su rolo, su placa, y la confianza de todos. Hace sol. Usted mira por el gran cristal de la ventana hacia afuera. Ve al vendedor de helados. Le provocaría comerse uno. Pero no puede,

no puede. Usted está de guardia, en el banco, firme, seguro de sí, cumpliendo con su deber. Pasa hambre, pasa sed, un poquito de miedo, ¿por qué no?, pero está cumpliendo con su deber

JESÚS: ¿Y entonces? Vaya al grano, doctor.

DOCTOR ALTAMIRA: Entonces... Entonces... (*Finge pensar, muy teatralmente*) Entonces de pronto entran dos hombres al banco, dos o tres o cuatro o cinco, eso no tiene importancia, por el momento son dos. (*Llama*) Este, ¿cómo te llamas tú?

JEREMÍAS: Jeremías

DOCTOR ALTAMIRA: Eso es, Jeremías. Y tú...

GABRIEL: Gabriel...

DOCTOR ALTAMIRA: Eso es, Gabriel, Jeremías y Gabriel, que tú los conoces, que son, ¿cómo se dicen ustedes...?

GABRIEL: Panas, llaves...

DOCTOR ALTAMIRA: Eso es, “panas”, “llaves”... Jeremías y Gabriel, que son tus panas, que son tus llaves, llegan al banco, entran, miran, fingen ir a cambiar un cheque, y de pronto ocurre la segunda parte, la parte más interesante de esta historia...

JESÚS: Comprendo. (*Va hacia él*) Pero hay otro policía que cuida conmigo, o dos, o tres, o cuatro o cinco...

DOCTOR ALTAMIRA (*Mirando hacia la pretendida puerta del banco, dice burlón*): ¿Dónde están? ¡No los veo!

JESÚS: Déjese de guasas, doctor. Usted sabe que los hay

DOCTOR ALTAMIRA: Pero hay también la posibilidad de que ese día, por azar—¡el azar es maravilloso! Yo amo el azar, la lotería, la quiromancia, etcétera—, ese día por azar tus compañeros de servicio están metidos en el... ¿Cómo es que le dicen ustedes?

JEREMÍAS: Güiro, doctor...

DOCTOR ALTAMIRA: Eso es, Jeremías, muy bien, muy bien. Te decía, Carmona, que ese día hay la posibilidad de que tus compañeros de guardia estén metidos en el güiro...

JESÚS: ¿Y si no lo están?

DOCTOR ALTAMIRA: Si no lo están, pues no hay segunda parte ese día. Pero hay otros días. Hay meses con treinta días. Hay meses con treinta y uno

GABRIEL: Hay un mes con veintinueve

DOCTOR ALTAMIRA: Exactamente. ¿Has comprendido ahora, Carmona? ¿No te gusta? ¿No te atrae?

JESÚS: ¿Cuánto?

DOCTOR ALTAMIRA: Ya hablaríamos de eso

JESÚS: Si es el treinta por ciento como en las otras cosas, olvídense de mí

DOCTOR ALTAMIRA: ¡Eres muy ambicioso! Digamos el treinta y cinco

JESÚS: Digamos el cuarenta

DOCTOR ALTAMIRA: ¿Tú no sabes sumar?

JESÚS: No, pero sé que el dinero se va muy rápido

DOCTOR ALTAMIRA: ¿Quieres un adelanto? (*Silencio. El doctor saca su cartera.*) Porque sé que tú vas a decir que sí. (*Saca unos billetes.*) Toma, Danta, para tonterías, para tus perfumes. (*Va a salir*) Mañana te espero en la oficina, Carmona. No me desilusiones. Tengo un extraño capricho por verte lucir el uniforme (*Sale*)

JEREMÍAS: ¿Vas a aceptar, Jesús?

GABRIEL: ¿Vas a aceptar?

(*Entra a escena ÁNGEL. Sobre sus espaldas trae una cruz a cuestas. JESÚS, JEREMÍAS, JUAN, GABRIEL y LA DANTA se vuelven a verlo*)

- JESÚS: Quítene la cruz a ese idiota (*Sale*)
- JEREMÍAS Y GABRIEL: Jesús... (*Lo siguen*)
- JUAN: ¿Por qué haces eso, Ángel?
- LA DANTA (*Deja caer unos billetes sobre Ángel*): Juan, cómprale un vestido nuevo a Angelito. (*Sigue a Ángel y a Juan*)
- Primera estación: Angelito va a tener un vestido nuevo. Segunda estación: Angelito, el loco, se orina sobre la cama. Tercera estación: Pero aquí todos lo queremos. Cuarta estación: Es inútil que Angelito sufra. ¿Para qué va a sufrir Angelito? (*Salen*)

(Pausa. El PERIODISTA y GANZÚA permanecen quietos durante un momento)

- GANZÚA: ¿No le dije que era divertido?
- EL PERIODISTA: ¿Cuándo entró Jesús en la policía?
- GANZÚA: Hace dos meses
- LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Entrando*): La Danta está muy borracha. Es el dolor. (*Va hacia la urna.*) Ella quiere una boca viva que la besé y no quiere aceptar la realidad. Estamos hechos de pequeñas humillaciones. (*Transición*) Y de pronto... ¿Por qué pasaba eso? ¿Qué ocurría en esta casa? Todo había dado vueltas y la caja se había vaciado. Me asustaba la luz del día, me asustaba una luna que no podía ver... Miedo al amanecer con los ojos abiertos... Miedo a los pasos de mi hijo, a la voz, al silencio, a la ausencia, a la presencia de Jesús. Cómo amasar con las manos empegostadas: las tibias gotas de agua y la harina, el café goteando en la tetilla de tela negra. Los objetos desprendidos. ¿Qué ha pasado aquí? (*Entran Jeremías y Gabriel, enmascarados*) ¡Esas

máscaras! ¡Esas máscaras! ¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Van a matarme, pedazo a pedazo, van a matarme! (*Jeremías y Gabriel se quitan las máscaras*) ¡Van a matarme!

JEREMÍAS: Somos nosostros

GABRIEL: No grite, Señora Santísima. Venimos de un trabajo

JEREMÍAS: Mírenos bien. Somos nosotros

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Ustedes...? ¿Y qué caras son éas? ¿Son las mismas de antes? Aquí los rostros han cambiado. Los gestos son diferentes como las sonrisas que son diferentes, como las manos son diferentes. (*Al Periodista*) Que se vayan. No quiero verlos. Me aturden (*Jeremías y Gabriel salen*). Así era día a día. Vivir en una continua sorpresa. Una sorpresa que uno no puede comprender (*Llora*)

JUAN (*Que ha entrado al oír gritos*): No se ponga a llorar, viejita. No hay motivos para llorar. Soy Juan. José me dijo que la cuidara

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Y dónde está José con su uniforme? Metido en política, porque todo es política...

JUAN: José tampoco sabía nada

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿No sabía nada y lo mataron? Nos están matando, uno a uno. Nos untan de paz. Como si la paz fuera una manteca. Con esa manteca nos embadurnan el cuerpo. Y entonces... ¿Por qué pasa lo que pasa? Somos los de primera fila para el hambre, los de primera fila para la muerte, los de primera fila para el silencio. José María Carmona, mi hijo que murió por obedecer a un Coronel. Disparó contra sus iguales por obedecer a un Coronel. (*Al Periodista*) Soy una madre, señor, una madre. ¿Y qué es una madre? Una

resistencia que todo lo soporta, un amor que lleva a la complicidad. (*Entra Jesús, vestido de policía.*) ¿Quién es usted? No quiero más uniformes en esta casa

JUAN: Es Jesús

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¡Jesús, ah! ¡Jesús! ¿Qué eres entonces? ¿Ya te metiste el reglamento entre ceja y ceja, como una bala? ¿O es una trampa? ¡Cómo puedo pensar tranquilamente! ¿De qué estás disfrazado: de sacrificio o de deber? ¡Basta ya! ¡Se han vuelto locos!

JESÚS: Es mejor que te calmes

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Y tú? ¿Estás calmado por dentro? ¿O te tiemblan las piernas debajo de esa tela? ¿Qué representas en este momento?

JESÚS: La ley

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Ríe*): ¡La ley! ¡Él, señores, la ley! ¡Jesús, mi hijo, es la ley! A ver, saca ese revólver, sácalo. ¡Sácalo te digo! (*Jesús lo saca*) Apúntame, apúntame aquí al corazón. Vamos, ¿tienes miedo? ¡Aquí al corazón, te digo! (*Jesús sube el revólver lentamente hasta apuntar a LA SEÑORA SANTÍSIMA*) Así, así... Dispara, ¿por qué no disparas? ¿Es que no sabes manejarlo? ¿Cómo te admitieron entonces?

JESÚS: ¿Quieres acabar con esto?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Acabar con qué? ¡No dejes de apuntarme! ¿No has visto esas estampas que vendo con el corazón de la Virgen apuñaleado siete veces? Un revólver por siete puñales. Eso es lo que pasa. Termina de matarme

JESÚS (*Se guarda el revólver y va hacia ella y la toma en brazos*): Dicen que el hombre a medida que envejece regresa a su infancia. Te estás comportando como una

niña (*La besa*). Yo no quiero hacerte daño. Todo lo contrario. Quiero ser el hijo más querido y mimarte como si tú fuieras hija mía. Una niñita recién nacida que ha visto demasiado horror y se asusta de cualquier tontería. Este hombre que está vestido de policía sigue siendo tu hijo. De esta sangre a la tuya no se ha producido ningún cambio. La vida está enfrente, allá afuera. Por la puerta de la casa desfilan tentadoras las oportunidades. Déjame escoger alguna. ¿Qué es mala? Bueno, ya estoy cansado. Déjame en ésa. Quiero que todo mejore. Porque en el fondo, ¿va a querer uno empeorar? (*La besa*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Bájame ya de tus brazos. (*Jesús la baja. Ella va al Periodista*) Si no se hubiera vestido de esa manera, tal vez estaría vivo. En este cuarto sobraría esa urna y todas las lágrimas que he derramado podrían regresar a mis ojos. Pero no, esto es cierto, mírelo, mírelo. Ha sucedido. ¿Qué puedo hacer sino derramar más lágrimas?

(Pausa. LA SEÑORA SANTÍSIMA se separa del PERIODISTA. Habla con él, pero sin mirarlo)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Y ese día empezó un nuevo calvario. Los planes se hacían debajo de este techo. El engaño se hizo parte de esta casa. Jesús comenzó a tomar otra forma —y no me refiero a su cara o a su cuerpo—, porque el uniforme se le pegó tanto a la piel, de tanto verse en el espejo, de tanto fingir serlo tantas horas al día, que se convirtió... Definitivamente se convirtió...

(JEREMÍAS y GABRIEL entran y continúan una conversación con JESÚS)

- JEREMÍAS: Pues es lo que dicen en el barrio
GABRIEL: Lo dice el “Chingo”
JEREMÍAS: Lo dice el “Sin nariz”
GABRIEL: Lo dice “Mandrake”
JEREMÍAS: Lo dice “Supermán”
GABRIEL: Lo dice el “Doctor Kildare”
JESÚS: ¿También el “Doctor Kildare”?
GABRIEL: También
JESÚS: ¿Por qué?
JEREMÍAS: ¿Y qué otra cosa van a decir? ¿No ven la patrulla que te viene a buscar por la mañana? ¿No ven tu gesto de policía?
JESÚS: ¿Qué gesto?
JEREMÍAS: Es un pequeño gesto, mezcla de miedo y de rabia
GABRIEL: Y el revólver lo ven
JESÚS: ¿Eso dicen?
GABRIEL: Eso dicen
JESÚS: ¡Que se cuiden!
JEREMÍAS: ¡Ésa es tu respuesta! ¡Lo ves cómo has cambiado!
JESÚS: Soy el mismo
JEREMÍAS: ¡No! Antes el “Chingo” te veía como uno de nosotros. Porque eras uno de nosotros. Y si “Mandrake” nos daba a guardar la “mariguana”, tú se la guardabas debajo del colchón. Y si el “Doctor Kildare” te decía: “¿Por qué no me ayudas con tu banda en un asalto?”, tú, a escondidas del Doctor Altamira, lo ayudabas.
Ahora es distinto
JESÚS: ¿Qué es lo distinto?

- JEREMÍAS: ¿No quieres entender? Ahora no va a venir ninguno de ellos a pedirte ayuda. Te temen, te odian. "Sapo, sapo", piensan cuando la patrulla te deja en la puerta
- JESÚS: ¿Los has oído?
- JEREMÍAS: ¿Pensar?
- JESÚS: Pero lo dicen
- GABRIEL: Tú lo decías antes. Cada vez que veías uno, lo gritabas
- JESÚS: Es verdad
- GABRIEL: ¿Y ahora?
- JESÚS: Ahora conozco muchos de ellos. Son mis compañeros. No he debido aceptar eso
- JEREMÍAS: Son sapos
- JESÚS: Son hombres como tú o como yo, con madres, hijos, esposas, hermanas
- GABRIEL: Me partes el corazón, papacito
- JEREMÍAS: Tienes que definirte
- JESÚS: Estoy definido
- JEREMÍAS: Dinos, entonces, ¿se puede seguir confiando en ti?
- JESÚS: ¡Imbéciles! ¿Por qué estoy metido en esto? ¡Por ustedes! ¡Por la banda! ¡Por todos! Es un plan del Doctor Altamira. No es un capricho mío. ¡Lo acepté para mejor! ¡Por mamá!
- LA SEÑORA SANTÍSIMA: Por mí no
- JESÚS: Estoy esperando las órdenes, el día del asalto. Después ya veré lo que hago. Salirme
- JEREMÍAS: No se puede ser dos cosas a la vez
- JESÚS: No soy dos cosas a la vez
- JEREMÍAS: Eso parece
- JESÚS (A Jeremías): Tú has inventado todo esto

JEREMÍAS: ¿Yo lo he inventado? ¿Lo he inventado, Gabriel?

GABRIEL: No. Todo el barrio lo piensa

JESÚS: ¿Y qué puedo hacer contra un pensamiento?

JEREMÍAS: Los pensamientos provocan las acciones. Y las acciones pueden ser peligrosas

JESÚS: ¿Quién me amenaza?

JEREMÍAS: Tú mismo

JESÚS: ¡Tonterías!

JEREMÍAS: Tómalo como quieras. Medítalo. Pero Gabriel y yo queremos decirte... (*Pausa*)

JESÚS: ¿Qué?

JEREMÍAS: Que te dejamos

JESÚS: ¿Cómo es eso?

JEREMÍAS: No podemos seguir contigo

GABRIEL: Hemos decidido... (*Pausa*)

JESÚS: ¿Han decidido qué? ¿Han decidido qué?

GABRIEL: Vamos a trabajar con el “Chingo” mientras tú...

JESÚS: ¿Y quiénes son entonces los traidores? ¿Soy yo? Váyanse de una vez. Yo los creía mis amigos, confiaba en ustedes ciegamente. Ahora me doy cuenta de que no se puede confiar en nadie. ¿Por qué no terminan de largarse? Ya no tenemos qué hablar. Pero díganle al “Chingo” que se cuide. Si están seguros de que yo cambié, voy a tener que responderles como se merecen. (*Jeremías y Gabriel salen*) ¿Lo has oído, mamá?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Sí, he oído

JESÚS: ¿Y qué piensas?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Que ellos tienen la razón

JESÚS: ¡Tú también! ¡Tú también!

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Esto marcha mal. Desde hace mucho tiempo marcha

mal. Sólo tú puedes cambiar las cosas

JESÚS: ¿Cambiar las cosas? ¿Cómo? ¿Cómo?

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Sólo tú puedes...

JESÚS: Es como resucitar a un muerto

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Pero es así

JESÚS: Estoy metido en una terrible confusión. Ayúdame, mamá. ¿Dónde he caído? Una vez, cuando era niño, me mandaste a comprar medio litro de leche con el único dinero que tenías. De regreso a la casa, la botella se me cayó de las manos y la tierra se chupó el líquido blanco, sin que yo supiera qué hacer. Estoy en una situación semejante. Ayúdame

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Qué hice yo ese día?

JESÚS: Me caíste a correazos

LA SEÑORA SANTÍSIMA: Eso debería hacerlo hoy. Pero estás muy grande. Eres un hombre. Tú sabes lo que haces

GANZÚA: ¿Ya están en libertad?

JEREMÍAS: Yo no sé qué tipo de libertad

JUAN: ¿Qué les dijeron?

GABRIEL: Nos estuvieron interrogando hasta este momento

JEREMÍAS: El Doctor Altamira estuvo por allá

GABRIEL: Habló con los jefes

GANZÚA: La Danta nos lo dijo

JEREMÍAS: Ellos lo saben

JUAN: ¿Qué saben?

JEREMÍAS: Que Jesús tenía una banda...

GANZÚA: ¿Cómo lo sabes tú...?

JEREMÍAS: Lo sospecho. En sus miradas, en sus palabras en voz baja dichas lejos de nosotros

JUAN: Los hubieran dejado

- JEREMÍAS: No todo es tan simple. Quizá prefieran esperar
- GANZÚA: ¿Esperar qué? El Doctor Altamira hablaría por nosotros
- JEREMÍAS: El Doctor Altamira hablaría por él. No se va a arriesgar así como así. No le importamos tanto
- GANZÚA: ¿Qué hacemos entonces?
- JEREMÍAS: ¿No entiendes que nos van a agarrar... A todos... Banda por banda? Esto se ha complicado de manera muy fea
- GANZÚA: Mejor es huir
- LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Se abraza a Jeremías*): Yo quiero que todo esto termine. Si hay que pagarla con la cárcel, que suceda, pero pronto. No se puede seguir colgando de un hilo. No somos anzuelos
- JEREMÍAS (*Separándola un poco*): Señora Santísima, a Jesús lo mataron unos desconocidos. Pasaron frente a la puerta del banco, y desde un automóvil robado dispararon. El único que murió fue él. Los otros policías están heridos en el hospital

(*Entran JEREMÍAS y GABRIEL. GANZÚA y JUAN van rápidos hacia ellos. EL PERIODISTA se acerca un tanto. LA SEÑORA SANTÍSIMA se vuelve*)

- LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Por qué? ¿Por qué?
- JEREMÍAS: Así fue
- GABRIEL: Esa tarde, dos horas después, íbamos a dar el golpe. Teníamos la orden del Doctor
- JEREMÍAS: Tres de la banda del “Chingo”, Gabriel y yo. Todo estaba perfectamente planeado
- LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Por qué? ¿Por qué?

JEREMÍAS:

Ahora debemos desaparecer. Esas investigaciones van a seguir. Lo sé. Llegarán al fondo. Señora Santísima, entierro rápido a Jesús, lo más pronto posible. Ganzúa, vente con nosotros. Hay una posibilidad de escondernos o de escapar (*Salen Jeremías, Gabriel y Ganzúa*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Mientras salen*): Dios los bendiga. (*Pausa. Al Periodista.*) Unos desconocidos. ¿Por qué murió mi hijo? ¿Por qué murieron mis dos hijos? El soldado, el policía. ¿Por qué les pusieron esos uniformes encima? ¿Qué culpa tenían ellos?... ¡Alguien tiene que pagar esto! ¿No lo cree usted, señor? ¡Alguien tiene que pagar la sangre de mis hijos! (*Pausa*) Mentira. Nadie paga la sangre. Todo será igual. Y, sin embargo, siento que algo dentro de mí se rebela. Han hecho redes de mentiras alrededor de todo. Todo se confunde. El bien parece mal. El mal aparenta ser bueno. Para estar dentro de la verdad, se tendría que tener la mente muy clara. Y yo no la tengo clara. He heredado confusión. Muertes y confusión. ¿Todos luchamos por el bien? ¿Es tan difícil llegar hasta el bien? ¿Puede ser tan ajena la justicia? Desde el fondo de mi alma le digo, en este momento quisiera ser usted. Ver las cosas desde lejos. Y tener una sola conciencia. Ahora tengo mil y me golpean. Y no tengo una verdad — como usted — para defenderme

EL FOTÓGRAFO

(*Entra*): Gregorio... es inútil todo esto

EL PERIODISTA:

¿Qué pasa?

EL FOTÓGRAFO:

Hay órdenes de que no escribas el reportaje. Hay gente importante complicada

- EL PERIODISTA: Lo sé. ¿Puedes darme los negativos de las fotos?
- EL FOTÓGRAFO (*Dándoselos*): Sí. ¿Qué vas a hacer?
- EL PERIODISTA: Ya encontraré dónde publicarlo
- EL FOTÓGRAFO: Tú sabes que estoy contigo. Pero no puedo arriesgarme. No me gustaría perder el puesto
- EL PERIODISTA: No te preocupes. Gracias
- EL FOTÓGRAFO (*Antes de irse*): Y si publicas el asunto, te agradezco... No digas que yo tomé las fotos
- EL PERIODISTA: Está bien (*El Fotógrafo sale*)
- LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Al Periodista, después de una pausa*): ¿Por qué lucha usted?
- EL PERIODISTA: Hay momentos terribles en que todo se encadena e importan más los hechos que cada hombre. Juan no es un hombre. Es un niño. Pero ha vivido siempre frente a duros acontecimientos. Los niños, aunque no comprenden perfectamente, se van ahogando en la atmósfera sucia y el sofoco los hace comprender. Una especie de inteligente intuición los sitúa en el mismo plano de los adultos. Dejar que los niños crezcan de la misma manera que nosotros, es un crimen. No he tenido un hijo, pero si lo tengo no quiero que viva junto a un cadáver podrido. Por eso lUCHO
- JUAN: ¿Se va?
- EL PERIODISTA: Sí
- JUAN: ¿No piensa volver?
- EL PERIODISTA: Ya tendrás noticias de mí. Pueden pasar... Grandes cosas
- JUAN: Yo me quedo... Pintándole la cara a Judas. Hay que quemarlo

EL PERIODISTA: ¿Qué cara piensas ponerle?

JUAN: Estoy pensándolo. Hay muchas posibles

(*EL PERIODISTA sonríe y sale. JUAN comienza a bajar el muñeco. LA SEÑORA SANTÍSIMA, que estaba ensimismada, despierta*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Qué haces?

JUAN: Voy a quemar a Judas

LA SEÑORA SANTÍSIMA: ¿Y el señor? ¿Se fue sin despedirse?

JUAN: Él volverá (*Saca carbón de sus bolsillos y comienza a pintar la cara del muñeco*)

LA SEÑORA SANTÍSIMA (*Arrodillada junto a la urna*): Cuando lo quemes, procura que el fuego se esparza, y que las llamas arrasen con todo esto...

Telón final

El pez que fuma

El pez que fuma (1968)

El pez que fuma fue estrenada en el teatro Alberto de Paz y Mateos, en Caracas, en julio de 1968. Bajo la dirección de su autor y con escenografía de José Salas, fue representada por el siguiente reparto:

EL BAGRE	Humberto Buonocuore
GANZÚA	Julio César Lucena
LA GARZA	Gloria Mirós
LA ARGENTINA	Mayra Chardiet
JUAN	José Luis Silva
DIMAS	Herman Vallenilla
SELVA MARÍA	Hercilia López
EL PROFESOR	Rodolfo Parra
JACINTO	José Salas
MARLENE	Nirma Prieto
BATMAN	Alexander Milic
ROBÍN	Raúl Medina
MUÑECO	William Moreno
TOBÍAS	Rafael Briceño
HOMBRE I	Jairo Gómez
HOMBRE 2	José Antonio Espinoza

El pez que fuma

Una obra en dos actos, de tres escenas cada uno.

Decorado: El salón principal de El Pez que Fuma. Gran puerta a la derecha. Pequeño cuartito que sirve de depósito. Mostrador. Piano. Rockola. Puerta a las habitaciones. Mesas, sillas. Muchos espejos.

Personajes

EL BAGRE: un viejo de pelo abundante y barba hirsuta, aficionado a los OVNI y catástrofes; es casi CIEGO.

GANZÚA: un lisiado que camina sobre una tabla con ruedas; amigo del Bagre; mesonero del burdel.

LA GARZA: la madame del burdel; toma en serio su negocio pero tiene sus debilidades.

LA ARGENTINA: una de las fundadoras del burdel; canta tangos.

JUAN: un joven de grandes dotes físicos y los ojos fijos sobre el poder; llega al burdel buscando trabajo.

DIMAS: el chulo del momento, a punto de ser desplazado.

SELVA MARÍA: la más joven de las habitantes; callada y con buenas perspectivas.

EL PROFESOR: un cliente entre dos aguas.

JACINTO: un homosexual que toca el piano y fuma excesivamente.

MARLENE: una habitante sociable pero que no da nada por nada.

BATMAN: un vendedor ambulante de ropa, cuadros, etc.

ROBÍN: el ayudante de Batman; enamorado de Marlene.

MUÑECO: un cliente que solo aparece cuando está sin fondos.

TOBÍAS: el primer chulo del establecimiento; un drogómano, se encuentra en la cárcel.

HOMBRES 1 y 2: son los dos hombres de lentes oscuros que acompañan a Tobías.

Acto I**Escena I: 9 am**

Al levantarse el telón se escucha a lo lejos la sirena de una ambulancia. Sobre el mostrador y las mesas hay botellas, vasos, restos de la noche anterior. Por la puerta que comunica con las habitaciones entra EL BAGRE, seguido por GANZÚA. EL BAGRE es un viejo de pelo abundante y barba hirsuta. GANZÚA es un lisiado que camina sentado sobre una tabla con ruedas, que hace rodar con el impulso de sus manos. Caminan hacia un pequeño cuartito que sirve de depósito y que está cerca de la puerta de calle.

- EL BAGRE: Las llaves.
GANZÚA: Tú las tienes.
EL BAGRE: (Buscando) No.
GANZÚA: Te las devolví anoche.
EL BAGRE: No.
GANZÚA: Estoy seguro.
EL BAGRE: (Las encuentra en uno de sus grandes bolsillos) Sí, aquí están.

(Abre la puerta que da al pequeño depósito. Entre rollos de papel higiénico, objetos viejos, útiles de limpieza, hay un antiguo telescopio dirigido hacia una ventanita. Siguiendo una costumbre, EL BAGRE se sienta en un taburete y mira por el lente).

- EL BAGRE: ¿Trajiste el cuaderno?
GANZÚA: (Fuera del cuartito, en el marco de la puerta, cerca de El Bagre) Sí. (Saca un cuaderno sucio y gastado y un lápiz)
EL BAGRE: Empecemos.

- GANZÚA: ¿Qué ves?
- EL BAGRE: Mapas.
- GANZÚA: ¿Cómo los del lunes?
- EL BAGRE: No. Reflejos, sombras, apagones. (*Anota*). Estrella fugaz camino de Santiago.
- GANZÚA: (*Anota mientras pregunta*) ¿Brillo?
- EL BAGRE: Regular.
- GANZÚA: (*Anota siempre*) ¿Magnitud?
- EL BAGRE: Esteleiforme.
- GANZÚA: ¿Centelleo?
- EL BAGRE: Titilador.
- GANZÚA: ¿Constelación?
- EL BAGRE: Hespérides.
- GANZÚA: (*Extrañado*) ¿Estás seguro?
- EL BAGRE: Sí, Hespérides.
- GANZÚA: (*Anotando*) Hes-pé-ri-des. ¿Asterismo?
- EL BAGRE: Tres... cuatro... siete...
- GANZÚA: ¿Exhalación?
- EL BAGRE: De tablas alfonsinas.
- GANZÚA: ¿Movimiento?
- EL BAGRE: Directo primario... retrógrado...
- GANZÚA: ¿Retrógrado también?
- EL BAGRE: Sí; anota.
- GANZÚA: Re-tró-gra-do. ¿Cuadrante?
- EL BAGRE: Viril... melancólico... Una vez vimos algo parecido, la mañana aquella en que amanecí sin el dolor al hígado.
- GANZÚA: ¿Es igual?
- EL BAGRE: Semejante, no igual. Pero me lo recuerda.
- GANZÚA: (*Después de una pequeña pausa*) ¿Seguimos?

- EL BAGRE: Sí.
- GANZÚA: ¿Conjunción?
- EL BAGRE: Magna.
- GANZÚA: ¿Altura?
- EL BAGRE: De polo.
- GANZÚA: ¿Angulo?
- EL BAGRE: Acimutal. Nadir del sol. Precesión de los equinoccio anomalístico. Péndulo sidéreo. Horizonte artificial.
- GANZÚA: ¿Artificial?
- EL BAGRE: Sí; no sirve. Tendremos que esperar. No anotes más. La tierra está convulsionada, como si sintiera un gran dolor y tuviera ganas de estremecerse. (*Se separa del telescopio*) Tengo la impresión de que he descubierto algo.
- GANZÚA: ¿Qué?
- EL BAGRE: Así como el sistema planetario influye sobre la tierra, asimismo nuestra vieja y noble y gastada tierra influye en las estrellas... y creo que también sobre el sol.
- GANZÚA: ¿Es posible?
- EL BAGRE: Todo es posible. Lo que hace cuarenta años era una ilusión, un sueño, es hoy la triste realidad.
- GANZÚA: ¿Qué hacemos?
- EL BAGRE: Paciencia. La carta... ¿no ha llegado?
- GANZÚA: No.
- EL BAGRE: Se han demorado esta vez. ¿Pegaste los recortes de en el álbum?
- GANZÚA: Anoche mismo.
- EL BAGRE: (*Recoge un diario que han tirado por debajo de la puerta de calle. Lo hojea con impaciencia, en busca de noticias de su interés*) Esa noticia de ayer de los soviéticos

me alienta. En California, en Pernambuco, en Guadalajara de España, en Guadalajara de México, en Florencia, en Túnez, Budapest, en Puerto Príncipe... No puede ser una casualidad una ilusión colectiva.

- GANZÚA: ¿Alguna noticia, Bagre?
- EL BAGRE: (*Sin dejar de buscar*) Ninguna.
- GANZÚA: ¿Te hubiera gustado ser astrólogo, Bagre?
- EL BAGRE: Lo somos, Ganzúa. A nuestra manera.
- GANZÚA: ¿Estaremos contribuyendo?
- EL BAGRE: No nos hubieran respondido. Las cartas que hemos recibido muestran un gran interés por nuestro trabajo. Nos aceptaron.
- GANZÚA: Es cierto.
- EL BAGRE: Son muchos años de esfuerzos. A veces la emoción de lo elemental vale tanto como el complicado análisis de sabiduría.
- GANZÚA: Es cierto.

(*LA GARZA entra por la puerta que da a las habitaciones, dirige hacia el mostrador, seguido por GANZÚA, y se sienta en la caja registradora. GANZÚA arrastra una pequeña máquina sumadora y se coloca a sus pies. EL BAGRE se sienta y sigue leyendo el periódico, después de haber cerrado con llave puerta del cuartito*)

- LA GARZA: (*Dicta cantidades que Ganzúa va sumando*) Dieciocho setenta y cinco... veintitrés... doce cincuenta... sesenta y cinco treinta...
- EL BAGRE: (*Leyendo*) Vieron un platillo en Nueva Delhi.
- LA GARZA: Siete veinticinco... Ocho cuarenta y cinco... Nueve... Tres cincuenta...
- EL BAGRE: El hombre estaba encaramado sobre una azotea...

- LA GARZA: No interrumpas... tres cincuenta... cuatro veinticinco... trece setenta y cinco... ocho...
- EL BAGRE: Su hija estaba a su lado y lo vio también.
- LA GARZA: (*A Ganzúa*) Suma. (*GANZÚA obedece*)
- EL BAGRE: Llamó a la esposa. La esposa subió a los pocos minutos y pudo verlo también.
- LA GARZA: (*A Ganzúa*) ¿Cuánto te da?
- GANZÚA: Ciento ochenta y dos, setenta y cinco.
- LA GARZA: (*Cuenta dinero*) Veamos.
- EL BAGRE: Algunos vecinos oyeron los gritos de la familia, pero cuando acudieron al lugar no vieron nada.
- GANZÚA: ¿En dónde fue?
- EL BAGRE: En Nueva Delhi. Padre, madre e hija describen el objeto visto como una bola roja y plateada que a gran velocidad pasó por...
- LA GARZA: Falta. (*Pausa. A Ganzúa*) Falta.
- GANZÚA: No puede ser.
- LA GARZA: O sumaste mal.
- GANZÚA: La máquina. Yo no.
- LA GARZA: Revisa.
- GANZÚA: ¿Cuánto hay?
- LA GARZA: Ciento setenta y seis veinticinco. ¿Cuánto te da a ti?
- GANZÚA: Ciento ochenta y dos setenta y cinco.
- LA GARZA: Falta.
- GANZÚA: ¿Cuánto?
- LA GARZA: Resta. Ciento ochenta y dos setenta y cinco menos ciento setenta y seis veinticinco. (*GANZÚA obedece*)
- EL BAGRE: Una bola roja y plateada que a gran velocidad pasó por encima de la azotea hasta desaparecer en una...
- LA GARZA: ¿Quieres callarte, Bagre? (*A Ganzúa*) ¿Cuánto?

- GANZÚA: Seis cincuenta.
- LA GARZA: Despierta a La Argentina.
- GANZÚA: Pobrecita. Trabajó mucho.
- LA GARZA: Despiértala te digo.
- GANZÚA: Pero si son seis cincuenta.
- LA GARZA: Seis cincuenta o seiscientos cincuenta. Para el caso es lo mismo. Búscalas.
- GANZÚA: ¿No me habré equivocado?
- LA GARZA: Te dicté bien.
- GANZÚA: ¿Por qué no revisamos?
- EL BAGRE: Revisa, Garza, revisa. Uno nunca sabe. La equivocación puede ser de uno.
- LA GARZA: Mía no fue. Estoy segura. Empiezo de nuevo. (*A Ganzúa*) Borra toda. (*Ganzúa obedece*) Prepara el Corn Flake Bagre. (*El Bagre obedece, sale hacia los cuartos y entra luego con platos, leche, azúcar, cambures, una caja de Corn Flakes, cucharas. Prepara el desayuno sobre una de las mesas*) Dieciocho setenta y cinco... veintitrés... doce cincuenta... sesenta cinco treinta... siete veinticinco... ocho cuarenta y cinco... nueve... tres cincuenta... tres cincuenta...
- GANZÚA: Ya lo puse.
- LA GARZA: Dos veces.
- GANZÚA: ¿Dos veces tres cincuenta?
- LA GARZA: Si te lo dicto dos veces es porque es dos veces... Entonces falta más.
- GANZÚA: No; no puede ser.
- LA GARZA: Si puede ser. Bueno, vamos por tres cincuenta dos veces. ¿Estamos?
- Ganzúa: Sí.

- LA GARZA: Sigo entonces... cuatro veinticinco... trece setenta y cinco... y ocho... suma...
- EL BAGRE: Los cambures están pasados. Con esas manchas negras en las puntas y en los costados.
- LA GARZA: Nos confundes, Bagre. (*A Ganzúa*) ¿Cuánto te da ahora?
- GANZÚA: Ciento ochenta y seis veinticinco.
- LA GARZA: Y aquí hay ciento setenta y seis veinticinco. Faltan diez bolívares. Llama a La Argentina.
- GANZÚA: ¿No dejó un vale firmado?
- LA GARZA: No. Y está prohibido hacer vales. Búscalas, Ganzúa.
- GANZÚA: Creo que... está acompañada.
- LA GARZA: Sí.
- GANZÚA: ¿No será mejor esperar?
- LA GARZA: (*Sale de detrás del mostrador*) Voy yo entonces.
- GANZÚA: No; déjame. Yo la llamo. (*Sale hacia las habitaciones*)
- LA GARZA: El mío sin mucha azúcar, Bagre.
- EL BAGRE: Con bastante azúcar es más sabroso.
- LA GARZA: (*Se le acerca*) No le eches al mío. Yo lo hago.
- EL BAGRE: Ya le eché.
- LA GARZA: ¿Mucho? .
- EL BAGRE: (*Dándole una cuchara*) Pruébalo.
- LA GARZA: (*Se sienta y come*) Es un melado.
- EL BAGRE: Así es mucho más sabroso. (*Se sienta y come*) tienes algo contra La Argentina?
- LA GARZA: Nada. ¿Por qué? La he mandado a llamar porque falta dinero. Eso es todo.
- EL BAGRE: No la tratas bien.
- LA GARZA: ¿La trato mal?
- EL BAGRE: No; pero...

- LA GARZA: Ese pero es la seriedad que debe haber en el negocio.
¡Qué sería entonces...!
- GANZÚA: (Entra) Ya viene.
- EL BAGRE: Tu Corn Flakes, Ganzúa. (*Se lo entrega. Gazúa pone el plato en el suelo y come*)
- GANZÚA: Ella es buena.
- LA GARZA: Condenaron al negro Encarnación. (*Leyendo el diario*) Siete años.
- EL BAGRE: (*A Ganzúa*) Cuando La Garza termine recorta la noticia del platillo en Nueva Delhi.
- GANZÚA: (*A La Garza*) Lo que pasa es que puede haberse equivocado. Es humano errar...
- LA GARZA: Yo se lo dije. «Ten cuidado con esos abortos»
- GANZÚA: Sería un error al marcar uno de los tickets.
- EL BAGRE: (*A La Garza*) No te vayas a llevar el periódico al cuarto. Deja que antes Ganzúa...
- LA GARZA: No se puede abusar. (*Pausa. Comen*) La semana pasada cumplió Tobías un año en la cárcel. ¡Cómo vuela el tiempo! Se ha pasado rápido el año, ¿verdad?
- EL BAGRE: Volando. ¿Qué se sabe?
- LA GARZA: El Jefe sigue haciendo diligencias. El día menos pensado lo tenemos aquí. Un golpe de suerte y... ¡libre!
- LA ARGENTINA: (*Entra por la puerta que comunica con las habitaciones*) ¿Qué pasa? ¿Para qué me llamas, Garza? Tengo un cliente.
- LA GARZA: Falta dinero en la caja.
- LA ARGENTINA: Yo cogí diez bolívares.
- LA GARZA: No me dijiste nada.
- LA ARGENTINA: Los necesitaba.
- GANZÚA: ¿Por qué no firmaste un vale, Argentina?

- LA GARZA: Está prohibido firmar vales.
- LA ARGENTINA: ¿Y cuál es el problema? Los voy a pagar el quince.
- LA GARZA: El problema es que no me gusta que nadie meta la mano en la caja. Ni yo misma...
- GANZÚA: Te los paga el quince, Garza.
- EL BAGRE: (*A La Argentina*) ¿Quieres Corn Flakes?
- LA ARGENTINA: No.
- LA GARZA: El negocio debe ser serio.
- LA ARGENTINA: Te repito que los voy a pagar el quince. ¿No es suficiente?
- LA GARZA: Así no sirve.
- LA ARGENTINA: ¿O qué crees? ¿Que soy una ladrona?
- LA GARZA: No creo nada. Pero si estás encargada de la caja debes entregarme las cuentas completas. Cuando Tobías esto era un desorden. Cada cual hacía lo que le daba la gana. Ahora mando yo y...
- LA ARGENTINA: Espera. (*Va a salir hacia las habitaciones*) Te traigo los diez bolívares.
- GANZÚA: (*Saca un billete de sus bolsillos*) Toma, Argentina.
- LA ARGENTINA: ¿Qué?
- GANZÚA: Yo te los presto. Toma, Garza.
- LA ARGENTINA: (*A Ganzúa*) ¿De tus propinas? Pero si son cuatro centavos. (*Sale*)
- EL BAGRE: (*A La Garza*) ¿Ves lo que has hecho?
- GANZÚA: Toma, Garza.
- LA GARZA: (*Ni siquiera mira a Ganzúa, que se queda con el billete extendido*) Lo que he hecho es lo lógico. Si permito esas cosas el negocio se va al carajo. Ya va bastante mal. (*Tocan a la puerta de calle*) Si es Dimas, no abras.

(*El Bagre abre la puerta del cuartito y mira por el telescopio hacia la calle. Tocan de nuevo. Entra La Argentina y tira el billete sobre la mesa donde está sentada La Garza. Llaman de nuevo a la puerta de calle*)

- LA GARZA: ¿Quién es, Bagre? ¿Dimas?
- EL BAGRE: No; es un muchacho.
- LA GARZA: Pero, ¿quién?
- EL BAGRE: No sé.
- LA GARZA: ¿Y qué quiere? A esta hora.
- EL BAGRE: No dice nada. Está callado. Se mira la punta de zapatito. Escupe. Mira la puerta. Va a tocar otra vez. (*Tocan de nuevo*).
- LA GARZA: Asómate, Ganzúa.
- GANZÚA: (*Obedece. Abre una puertecita a nivel del piso*) ¿Quién es? ¿Qué quiere? (*Pausa*) Le pregunto qué quiere. Agáchese ¿No me oye? Por aquí abajo. Agáchese.
- JUAN: (*Se arrodilla y asoma la cabeza por la puertecita*) Vengo de parte de Tobías.
- LA GARZA: Abre, Ganzúa. (*GANZÚA hala una cuerda y la puerta grande se abre. Aparece Juan arrodillado. La Garza camina hacia él*) ¿De qué Tobías?
- JUAN: (*Se pone de pie*) Vengo de la cárcel.
- LA GARZA: Entra. (*Juan obedece*) Cierren. (*El Bagre ayuda a GANZÚA a cerrar la puerta*) ¿Estabas encerrado?
- JUAN: Sí.
- LA GARZA: ¿Por qué?
- JUAN: Una confusión.
- LA GARZA: Siempre es por una confusión. Y Tobías va de confusión en confusión. Semanas, meses, un año. Un día será para siempre.

- JUAN: Saldrá pronto.
- LA GARZA: ¿Cómo lo sabes?
- JUAN: Él lo dice; «Voy a salir pronto».
- LA GARZA: Deseos tontos. (*Pausa*) ¿y...? (*Pausa. Juan inmutable*)
¿Y...?
- JUAN: ¿«Y» qué?
- LA GARZA: Vienes de parte de Tobías. ¿Qué pasa?
- JUAN: Quiero trabajar.
- LA GARZA: ¿Aquí?
- JUAN: En cualquier parte.
- LA GARZA: ¿Y esto es cualquier parte? (*Pausa*) ¿Cómo te llamas?
- JUAN: Juan.
- LA GARZA: El nombre más fácil.
- JUAN: Me llamo Juan. ¿Qué voy a hacer?
- LA GARZA: Y quieras un trabajo fácil. Mejor es que te largues. Si no vienes a otro asunto...
- JUAN: Necesito trabajar. Cualquier cosa.
- LA GARZA: Cualquier cosa en cualquier parte. No eres muy exigente, ¿ah?
- JUAN: ¿Y qué puedo hacer?
- LA GARZA: Llegan muchos como tú. Nombres y caras inocentes. Cosas y partes inocentes. Y después... ¡saben más que uno! (*Pausa*) ¿De dónde eres?
- JUAN: De mi pueblo.
- LA GARZA: Ah, sí... el cuento del pueblo, con el riito y la casita y la montañita...
- JUAN: Así es. A la derecha del rancho estaba el río. A la izquierda, la montaña.
- LA GARZA: ¿Y por qué los dejaste?
- JUAN: ¿A quiénes?

- LA GARZA: ¿No dejaste a nadie? ¿Familia?
- JUAN: Sí.
- LA GARZA: Tu mamá.
- JUAN: Dos.
- LA GARZA: ¿Cómo dos?
- JUAN: Dos.
- LA GARZA: Tienes suerte.
- JUAN: La que se murió y la que duerme ahora con papá.
- LA GARZA: Y hermanitos.
- JUAN: Siete.
- LA GARZA: De todos tamaños. (*Enseña con la mano alturas que Juan va aprobando con la cabeza*) Así... y así...
- JUAN: (*Desaprueba el último gesto de La Garza*) No... así. (*Acuna un niño imaginario*)
- EL BAGRE: Es simpático. Podría quedarse y...
- LA GARZA: (*A El Bagre*) ¡Sharap! (*A Juan*) Bueno, y te viniste, y entonces te metieron preso. ¿Cómo, porque tampoco a la gente se la llevan a la cárcel por estarle rezando al Corazón de Jesús?
- JUAN: A todos los que estábamos por allí nos llevaron.
- LA GARZA: ¿Dónde es allí?
- JUAN: Yo y tres más, parados en la esquina. Muchos dentro del billar. Otros en la venta de lotería. A todos. Sin saber nadie por qué.
- LA GARZA: ¿Y después?
- JUAN: Como yo no estaba bien vestido me dejaron más tiempo.
- LA GARZA: ¿Qué me mandó a decir Tobías?
- JUAN: Nada.

- LA GARZA: ¿Nada? ¿Ni un pedazo de papel escrito?
- JUAN: Me dijo: «Ve al Pez que Fuma. Di que vas de mi parte. Allí te darán trabajo».
- LA GARZA: (*A El Bagre y a Ganzúa*) Aquél como que cree que todavía manda aquí. Por control remoto. (*A Juan*) ¿Y cómo está?
- JUAN: ¿Quién?
- LA GARZA: Tobías. ¿Quién va a ser?
- JUAN: ¿Y cómo va a estar? Preso.
- LA GARZA: No te me hagas el chistoso, que no me gusta. ¿Está muy flaco?
- JUAN: ¡Qué flaco va a estar! La barriga le sobresale un poquito, como una tinaja. Come mucho. Y fuma mucho. Todo el tiempo come y fuma, come y fuma.
- LA GARZA: Y ni un recado.
- JUAN: Nada.
- EL BAGRE: A lo mejor no era conveniente.
- GANZÚA: La vigilancia... las cosas... él sabe...
- LA GARZA: (*A Juan, después de una pausa*) ¿No te importa ensuciarte las manos?
- JUAN: ¿Hay que matar a alguien?
- LA GARZA: No. Limpiar porquerías.
- JUAN: ¿Qué es?
- LA GARZA: Dejarlas bien limpias. Las pocetas, los bidés, los cuartos, las mesas, las sillas, los vasos, las bandejas. Todo esto.
- JUAN: No.
- LA GARZA: ¿No qué?
- JUAN: No me importa.
- LA GARZA: Hay una que te va a enseñar. Ganzúa, llama a Selva María.

(GANZÚA sale. Tocan a la puerta de la calle)

LA GARZA: Ese es Dimas. (A *El Bagre*) No abras.

(Tocan insistentemente)

DIMAS: (Fuera de escena, tocando la puerta de calle) Soy yo, Garza. Abre. ¡Garza! ¡Se me perdió la llave! ¡Abre!

LA GARZA: (Decidida, abre) No se te perdió, imbécil. Te la quité anoche.

DIMAS: (Entra embriagado) ¡Ah, me la quitaste!

LA GARZA: (Tirando la puerta) Y no pienso dártela de nuevo. Borracho por la mañana, como si esto fuera una pensión. ¿Sabes lo que hiciste anoche?

DIMAS: ¿Qué hice?

LA GARZA: Le pediste la cédula a uno de la secreta. Si no hubiera sido por el jefe, que llegó casualmente, te llevan a ti y nos llevan a todos.

DIMAS: (Ríe y trata de abrazarla) ¡Que nos van a llevar!

LA GARZA: (Rechazándolo) ¡No lo tomes a broma! Que yo sí te puedo mandar preso, no lo olvides. ¡Tú sabes que lo puedo hacer!

DIMAS: Bueno, no me amenaces. Tú sabes que no me gusta. (Por Juan) Y menos delante de extraños. Ahora te la pasas amenazándome.

LA GARZA: ¿Y quieres decirme de dónde vienes?

DIMAS: De por ahí, de la calle. ¿De dónde voy a venir?

LA GARZA: Estas no son horas de llegar. Estabas en «El Canario», ¿no?

DIMAS: ¿Por qué en «El Canario»?

- LA GARZA: ¿Por qué en «El Canario»? ¿Y me lo preguntas? Tú sabes muy bien: por qué en «El Canario».
- DIMAS: Hace tiempo que no voy por allí.
- LA GARZA: Pero sí cerca, en el número 23, con la colombiana.
- DIMAS: ¿Qué colombiana?
- LA GARZA: Tú sabes qué colombiana. Ahora mismo vas haciendo tu maleta. Los cuatro trapos que tienes, que yo te los di, porque si no te los hubiera dado, desnudo anduvieras por ahí...
- DIMAS: (*Camina hacia las habitaciones, seguido por La Garza. Se escucha su discusión, que se va perdiendo a lo lejos*) Tampoco tienes por qué sacarme en cara las cuatro porquerías que me has dado.
- LA GARZA: ¿Porquerías? ¿Quieres saber una cosa?
- DIMAS: No; no quiero saber nada.
- LA GARZA: Tobías si era un hombre. Y eso es lo que se necesita aquí. Un hombre. No que lleve pantalones, sino que demuestre que...
- DIMAS: Tobías, siempre Tobías, ¿por qué no te encierras en cárcel con él?
- LA GARZA: Pues Tobías...
- DIMAS: Un ángel el tal Tobías. Por eso está preso.
- LA GARZA: Pues esto así no puede continuar...
- DIMAS: ¿Y qué crees? ¿Que pienso continuar?
- (*Las voces se pierden. Pausa. EL BAGRE mira a Juan como buscando el inicio de una conversación, pero la expresión de Juan es neutra. EL BAGRE saca una llave y le señala a Juan un cuartito*)
- EL BAGRE: Tú vas a dormir allí. (*Abre*) ¿Sabes lo que es esto?

- JUAN: No.
- EL BAGRE: Un telescopio.
- JUAN: ¿Y para qué sirve?
- EL BAGRE: Se miran las estrellas, se mira más allá. Es un problema de investigaciones científicas.
- JUAN: Está viejo.
- EL BAGRE: Era del barón de Humboldt. Tienes que tener mucho cuidado.
- JUAN: ¿Cuidado con qué?
- EL BAGRE: Cuando te acuestes, cuando te levantes. Tener mucho cuidado con él.
- JUAN: ¿Sirve?
- EL BAGRE: Claro que sirve.
- JUAN: ¿Y quién mira?
- EL BAGRE: Yo. Pertenezco... y Ganzúa... pertenecemos...

(Entra Selva María, seguida por Ganzúa)

- SELVA MARÍA: ¿Usted es?
- GANZÚA: Sí. Se llama Juan. (*A Juan*) Esta es Selva María. Tú la vas a ayudar...
- JUAN: ¿Cómo es la cosa? ¿Yo la ayudo a ella o ella me ayuda a mí?
- SELVA MARÍA: Es lo mismo.
- JUAN: Tampoco me dijeron cuánto voy a ganar.
- GANZÚA: Cuando termine la quincena te arreglas con La Garza.
- EL BAGRE: Por lo general, La Garza es justa.
- JUAN: ¿Qué tengo que hacer?
- SELVA MARÍA: Por la mañana, muy temprano, comienza la limpie-

za; pero no por los cuartos, porque casi todos están ocupados hasta mediodía. Primero los baños y los excusados del pasillo. Se friegan con un cepillo que está en el depósito. Bien fregados, que no quede ninguna mancha. Hay que echar baldes de agua en el piso y en las paredes, y esa sustancia con olor a pino. Y fregar bastante. Con el escobillón largo hay que quitar las telarañas de los rincones altos. Ya lo hice. Acabo de terminar ahora mismo. Ahora debemos seguir por aquí... todo esto... barrer, pasar coleto, dejar todo como un espejo... el piso, las mesas, las sillas, el mostrador, el piano, la rockola, las bandejas, los vasos, los ceniceros... todo esto... A veces El Bagre y GANZÚA ayudan...

(SELVA MARÍA comienza a limpiar. Juan permanece inmóvil Ella lo mira y él comienza a limpiar también. Las luces de. tienden lentamente hasta)

Oscuro

Escena II: 11 am.

Luces. Nadie en escena. El cuartito cerrado. Por la puerta que comunica con las habitaciones entra SELVA MARÍA. Se dirige al cuartito y toca. Adentro responde JUAN.

JUAN: ¿Qué pasa?
SELVA MARÍA: Abre.

(JUAN abre con los pies. Está acostado sobre una colchoneta en el piso, bajo el telescopio. Pausa)

SELVA MARÍA: Se nos olvidó algo.
JUAN: ¿Qué?
SELVA MARÍA: El papel *toilette*. Hay que poner uno en cada baño y dos en cada cuarto.
JUAN: Llévatelos.
SELVA MARÍA: *(Entra al cuartito) Ayúdame. (Pausa. Juan no se mueve. Selva María trata de alcanzar los rollos de papel que están en un estante alto) Sola no puedo. (Juan se incorpora y la ayuda con desgano) Yo te conocía.*
JUAN: ¿A mí?
SELVA MARÍA: Me pareció conocerte.
JUAN: ¿De dónde?
SELVA MARÍA: No sé. De esas fotos que uno ve en los periódicos.
JUAN: Nunca he salido en los periódicos.
SELVA MARÍA: De esos recuerdos...
JUAN: ¿Qué recuerdos?
SELVA MARÍA: O esas caras desconocidas que uno ve en sueños.
JUAN: ¿Cuántos rollos?

- SELVA MARÍA: Dos en el cuarto de La Garza, dos en el cuarto de Marlene, dos en el cuarto de La Argentina, dos en el cuarto mío...
- JUAN: ¿Tienes cuarto?
- SELVA MARÍA: ¿Y dónde voy a dormir?
- JUAN: Son ocho.
- SELVA MARÍA: Y uno en cada baño... dos más.
- JUAN: Son diez.
- SELVA MARÍA: Sí, diez. Ganzúa y El Bagre se encargan de sus rollos. No es nuestra obligación.
- JUAN: ¿Trabajas por la noche también?
- SELVA MARÍA: ¿Cómo por las noches?
- JUAN: Aquí, con los clientes.
- SELVA MARÍA: Sí; pero solo hasta las dos. Como tengo que levantarme temprano a limpiar... También lavo las sábanas, los paños. Y coso y plancho. Las ropas de ellas. ¿Sabes lo que pienso? La Garza te contrató para hacerme trabajar hasta mí tarde... hasta las tres... o hasta las cuatro... o hasta por la mañana...
- JUAN: ¿Tú eres la más joven?
- SELVA MARÍA: Sí.
- JUAN: ¿Cuánto cobras?
- SELVA MARÍA: ¿Por qué?
- JUAN: ¿Cobras igual o más que las otras?
- SELVA MARÍA: Depende. Yo no sé. ¿Por qué?
- JUAN: No, por nada.

(Pausa. SELVA MARÍA se queda mirando a Juan como esperando algo, una palabra, no sabe qué. JUAN está tranquilo, mirando sin mayor interés. SELVA MARÍA se decide y sale del cuarto hacia las habitaciones, cargada con los rollos. De

pronto, se detiene, trata de buscar donde sentarse; pero no está a gusto ninguna de las sillas. Se arrodilla y deja caer los rollos en el suelo. Alguno rueda. JUAN, que iba a cerrar la puerta se da cuenta y se acerca, lento a ayudarla

- JUAN: Eres muy torpe.
- SELVA MARÍA: No es eso. A veces me dan mareos. (*Tiene la cara encerrada en una mano*)
- JUAN: ¿Estás mareada?
- SELVA MARÍA: Sí. Pero no te preocupes. Se me pasa pronto. Un ratico así... y se me pasa...
- JUAN: (*La mira y espera*) ¿Ya?
- SELVA MARÍA: Todavía no. No te preocupes. Sigue descansando.
- JUAN: Trabajas mucho. ¿Desde cuándo estás aquí?
- SELVA MARÍA: Desde hace un año. Pero era peor en la fábrica.
- JUAN: ¿Tienes un año aquí?
- SELVA MARÍA: Sí.
- JUAN: ¿Conociste a Tobías?
- SELVA MARÍA: Poco. A los días de yo llegar se desapareció.
- JUAN: Le metieron preso.
- SELVA MARÍA: Sí.
- JUAN: ¿Sabes cómo fue?
- Selva María: No. , .
- JUAN: Cambiaron al jefe. Pusieron a uno nuevo y Tobías y él no se entendieron. Era de otro gang. El propio Tobías contó.
- SELVA MARÍA: ¿Dónde?
- JUAN: En la cárcel.
- SELVA MARÍA: ¿Estabas preso?
- JUAN: Sí.
- SELVA MARÍA: ¿Por qué?

- JUAN: Herí a uno.
- SELVA MARÍA: ¿Verdad?
- JUAN: Con una navaja. De aquí a aquí.
- SELVA MARÍA: ¿Por qué?
- JUAN: Me tocó las nalgas. (*Selva María se levanta*) ¿Estás mejor?
- SELVA MARÍA: Sí. (*Busca los rollos*)
- JUAN: Yo te ayudo.
- Selva María: No; deja. Está bien. (*Juan recoge los rollos cuando va a entregárselos, Selva María lo besa. Juan no reacciona. Pausa*) A los que vienen no me gusta besarlos. Son unos viciosos.
- JUAN: ¿Yo no?
- SELVA MARÍA: Creo que no. Dame. (*Juan le entrega los rollos Selva María camina hacia las habitaciones*) Si tocan la puerta de la calle, no abras sin saber quién es. A La Garza no le gusta abrir de día. (*Fuera de escena*) Buenos días, profesor.

(*Cruza la escena, de las habitaciones hacia la puerta de calle, un viejo pequeño, de anteojos. Camina apresurado y trata de abrir la puerta sin lograrlo. Su incomodidad aumenta por la presencia de JUAN*)

- PROFESOR: ¿Quiere ayudarme a abrir esta puerta?

(*JUAN trata de abrirla, pero tampoco lo logra. Se le ocurre y abre la pequeña abertura inferior por donde entra y sale GANZÚA*)

- JUAN: Si quiere, salga por aquí.

(*EL PROFESOR no quiere acacharse, pero evidentemente tiene prisa. Mientras se pone de cuclillas y sale, aparece por la puerta que da a las habitaciones EL BAGRE, que no puede evitar unas cuantas carcajadas*)

EL BAGRE: Es el profesor. Enseña en una escuela primaria a pocas cuadras de aquí. Le gusta beberse sus tragos y hacer el ridículo. ¿Sabes con quién estaba? Con la argentina. Le encantan los tangos. (*Hacia el cuartito*) ¿Me has cuidado mi telescopio?

JUAN: Ahí está.

EL BAGRE: Sí, aquí está. (*Acaricia el telescopio*) Viejo y noble compañero y amigo. Te decía que GANZÚA y yo pertenecemos a una asociación... puede que te interese... (*Va tras el mostrador y destapa una cerveza*) ¿Quieres? (*Juan niega*) Está caliente. Como en Inglaterra. Dicen que en Inglaterra la beben caliente.

JUAN: Porque hace frío. ¡Pero aquí!

EL BAGRE: (*Bebe a pico de botella*) Te decía que GANZÚA y yo pertenecemos a una asociación que puede que te interese.

JUAN: ¿De qué se trata?

EL BAGRE: Asociación Universal de Viajeros Interplanetarios. (*Pausa*) ¿No lo crees?

JUAN: Sí.

BAGRE: (*Como si Juan no le creyera*) Es cierto. Hoy son pocos los que pueden y se atreven a montarse en un cohete. Unos cuantos americanos y unos cuantos soviéticos. Pero nuestro contacto es justamente... y no se lo digas a nadie... ¡un país neutral! ¿Sabes lo que significa «país neutral»? abierto, callado, con las puertas de par

en par; pero en silencio. ¡El silencio! ¡Qué grande es el silencio! «País neutral» esperando, aprovechándose de unos y de otros. Organizando, pensando. No metidos en el bullicio de la pelea y de la lucha, en el fragor de la pelea y de la lucha. Todo lo contrario. Observando, con ojo de águila y astucia de serpiente, para provecho de un futuro mejor. Un futuro libre. ¿No lo crees? ¿Y si te digo que tengo cartas? ¡Cartas, óyelo bien! Cartas que llegan por correo, por correo aéreo certificado. Cartas con sellos, papeles lacrados. Y no solo cartas, sino también, óyelo bien, diplomas que nos acreditan... (*Entra Ganzúa*) Ganzúa, ¿no es cierto que tenemos diplomas que nos acreditan...?

- GANZÚA: Dos. Uno para cada uno.
- EL BAGRE: Y en cada diploma nuestro nombre y nuestro número.
- GANZÚA: El mío es el siete mil quinientos cuarenta y dos.
- EL BAGRE: Y el mío el seis mil cuatrocientos ochenta y tres. Yo me inscribí antes. A este me fue difícil convencerlo. Pero, ¿qué hiciste cuando viste las respuestas en ese papel blanco, inmaculado, con esos sellos rojos y esa firma menudita, menudita pero clara, del presidente de la Asociación...?
- GANZÚA: Solicité también mi inscripción.
- EL BAGRE: ¿Cuánto tardó en llegar?
- GANZÚA: Seis meses.
- EL BAGRE: Seis meses de espera que bien valieron la pena. Hoy en día nuestros informes (*A Juan*), óyelo bien, van firmados con mi firma y la firma de GANZÚA juntas. No separadas, como al principio: Una carta de él, otra mía. No, juntas. Somos como una pequeña

- JUAN: célula. (*Pausa*) ¿Qué dices?
- EL BAGRE: ¿Informes? ¿Qué informes?
- EL BAGRE: No a medianoche, porque no podemos; pero todas las mañanas, óyelo bien, todas las mañanas, GANZÚA y yo hacemos observaciones...
- GANZÚA: Observaciones por el telescopio.
- EL BAGRE: Por eso insisto en que lo cuides... y las enviamos a la Asociación. Firmadas por ambos, por este y por mí.
- GANZÚA: ¿Sabes lo que significa que seamos los números siete mil quinientos cuarenta y dos y seis mil cuatrocientos ochenta y tres?
- EL BAGRE: No sabe. Díselo, díselo...
- GANZÚA: Que cuando el viajar por el espacio sea una cosa tan corriente como montarse en un avión...
- EL BAGRE: ¿O, por qué no, en un autobús? Díselo, díselo...
- GANZÚA: El Bagre y yo viajaremos de los primeros.
- EL BAGRE: De los primeros. ¿Te das cuenta? ¿Sabes cuántos habitantes tiene la Tierra? ¡Millones! ¡Desmenuza la palabra millones! ¡Mi-llo-nes! Setecientos millones de chinos, doscientos millones de rusos, doscientos millones de americanos, cincuenta millones de franceses, quinientos millones de hindúes, cincuenta y tres millones de italianos, noventa y ocho millones de japoneses, cincuenta y cinco millones de ingleses, treinta y tres millones de turcos, noventa millones de brasileños...
- GANZÚA: Y yo tengo el turno siete mil quinientos cuarenta y dos...
- EL BAGRE: Y yo el seis mil cuatrocientos ochenta y tres. Si estás interesado, podrías ser el pasajero diez mil.

Y te digo diez mil porque cada día aumentan los inscritos. En el último informe que recibimos ya van por los nueve mil y pico miembros de la Asociación.

- GANZÚA: ¿Qué dices?
- JUAN: (*Que se divierte*) ¿Cuánto hay que pagar?
- EL BAGRE: Un dólar al mes. (*Pausa*) ¿Qué dices?
- JUAN: (*Después de una pausa, durante la cual El Bagre y Ganzúa esperan con expectación su respuesta*) Las otras, ¿a qué hora bajan?

(*El Bagre y Ganzúa se miran. El Bagre hace señas a Ganzúa de callar y no insistir*)

- EL BAGRE: (*Simula indiferencia*) Pronto.
- GANZÚA: (*Imita a El Bagre*) No deben tardar.
- EL BAGRE: (*Tono alto*) ¿Quieres una cerveza, Ganzúa?
- GANZÚA: No a las once de la mañana.
- EL BAGRE: (*Sirviéndose otra cerveza*) Yo sí. (*A Ganzúa*). El profesor acaba de irse con su cara de arrepentimiento. ¿No lo vistes?
- GANZÚA: ¡Maldito!
- EL BAGRE. Tiene dos. Cuando está borracho, cara de sátiro. Cuando está sobrio, de pecador arrepentido.
- JUAN: esto era distinto con Tobías, ¿verdad?
- EL BAGRE: No muy distinto.
- JUAN: (*a Ganzúa*) ¿Tú qué dices?
- GANZÚA: Pues tampoco era igual.
- EL BAGRE: No. Igual no. Nada es igual siempre. Todo se transforma.

- JUAN: ¿Era mejor o peor?
- EL BAGRE: Ni mejor ni peor. Distinto.
- GANZÚA: No es lo mismo la mano de un hombre que la de una mujer.
- EL BAGRE: La Garza no lo hace mal.
- GANZÚA: Ella tiene su carácter.
- JUAN: Carácter el de Tobías. Es un tigre. Eso sí es un hombre.
- EL BAGRE: Funciona mejor el idioma del pantalón, el gesto del pantalón. Pero eso no quiere decir que de pronto una falda no pueda...
- JUAN: ¿Ustedes quieren a Tobías?
- GANZÚA: Como hermanos.
- EL BAGRE: Más que hermanos.
- JUAN: Para mí fue como un padre. Me daba de la comida que le quitaba a los demás presos... o de la que a él le llevaban. Por cierto, nunca de ustedes... ustedes, ni una visita, ni un regalo...
- EL BAGRE: Pero no por desagradecidos. No, muchacho.
- GANZÚA: Ordenes son órdenes.
- EL BAGRE: Ni asomarse por allá. Eso nos dijo.
- GANZÚA: A La Garza, a El Bagre, a mí, a todos.
- JUAN: Para mí es el padre que nunca tuve.
- EL BAGRE: ¿Y el que dejaste en el pueblo?
- JUAN: No dejé a ninguno.
- EL BAGRE: Dijiste hace rato que tu mamá murió y que te viniste a la ciudad dejando a tu papá con otra mujer.
- JUAN: No; no dije eso.
- GANZÚA: Sí lo dijiste.
- JUAN: Entendieron mal. Es al revés. Dije que dejé a mamá viviendo con otro hombre.

- EL BAGRE: No; estoy seguro que dijiste lo contrario.
- JUAN: No pusieron atención.
- GANZÚA: Yo también estoy seguro de que hablaste de un papá y de dos mamás: una muerta, recuerdo, y la otra...
- JUAN: No; no fue así. Lo que importa es que en la cárcel me encontré con un padre como Tobías. Desde que nos vimos nos hicimos amigos. De esas amistades que uno sabe que van a durar toda la vida. Tobías piensa lo mismo. ¿Saben lo que me decía? «Tú eres uno de los míos, de mi raza; vas a llegar tan lejos como yo».
- EL BAGRE: Sí, y aquí estás. ¿Por qué no te regresas?
- JUAN: ¿A dónde?
- EL BAGRE: A tu pueblo. La ciudad no es buena.
- JUAN: El campo menos.
- EL BAGRE: Pero estás comenzando a vivir.
- JUAN: Precisamente. Además, no puedo regresar.
- EL BAGRE: No quieres, que es distinto.
- JUAN: No; no puedo.
- GANZÚA: ¿Por qué no puedes?
- JUAN: Allá me escapé de la cárcel.
- EL BAGRE: ¿Allá?
- JUAN: Aquí me encontraron y me volvieron a meter.
- EL BAGRE: Pero tú dijiste...
- GANZÚA: Sí, dijiste...
- JUAN: Me volvieron a meter aquí por lo mismo de allá.
- EL BAGRE: ¿Qué es lo mismo de allá?
- JUAN: Violé a una menor. La hija del jefe civil
- EL BAGRE: No dijiste eso.
- JUAN: Sí lo dije.
- GANZÚA: Dijiste que fue una confusión.

- JUAN: Y fue una confusión. No la violé. No era virgen.
- EL BAGRE: Te juro que no dijiste eso, ¿no es cierto, Ganzúa?
- GANZÚA: Cierto.
- EL BAGRE: Dijiste que no estabas haciendo nada, que estabas parado en una esquina, que eres inocente.
- JUAN: Soy inocente. ¿No estoy aquí? ¿Libre?
- GANZÚA: Pero si te persiguen allá y aquí...
- JUAN: No me persiguen. Pregúntenle a Tobías. Ustedes entendieron mal.
- EL BAGRE: No entendimos mal. Tú dijiste...
- JUAN: (*Refiriéndose al telescopio*) ¿No van a ver ahora por el tubo ese, no? (*Pausa. EL BAGRE y GANZÚA no contestan.*)
Juan entra y cierra la puerta del cuartito) Voy a echar otro sueñito.
- EL BAGRE: ¡Cuidado con el telescopio!

Oscuro

Escena III: 4 pm.

Luces. Nadie en escena. La puerta del cuartito cerrada. Por la puerta de las habitaciones entra JACINTO, un homosexual. Se dirige al cuartito y toca. JUAN le responde desde dentro.

- JUAN: ¿Qué pasa?
- JACINTO: Vine a conocerte. Abre. (*Juan abre*) ¿Cómo estás? Soy Jacinto. El pianista. (*Juan cierra*) Pero oye... un momento... abre... (*Juan abre*) Por lo menos, dime tu nombre.
- JUAN: Juan.

- JACINTO: Juan. Ya lo sabía... (*Juan cierra*)
- LA ARGENTINA: (*Entra desde las habitaciones*) ¿Empezamos?
- JACINTO: Es un grosero.
- LA ARGENTINA: ¿Quién?
- JACINTO: El muchacho nuevo.
- LA ARGENTINA: ¿Cuál muchacho nuevo?
- JACINTO: ¿No lo sabes? Pero es un grosero. Te cierra la puerta en las narices.
- LA ARGENTINA: Algo andarías buscando.
- JACINTO: Nada, Argentina; te lo juro. Relaciones humanas.
- LA ARGENTINA: Pues déjate de relaciones humanas y vamos a lo nuestro. (*Se ha acercado al piano*) Empecemos.
- JACINTO: (*Se sienta al piano y empieza a frotarse las manos*) Ya va.
- LA ARGENTINA: Ahora no te pongas media hora a hacer eso.
- JACINTO: Tengo que calentármelas.
- LA ARGENTINA: «Uno». Empieza.
- JACINTO: «Uno», «Uno», ¡hasta cuando «Uno»!
- LA ARGENTINA: El profesor viene esta noche y quiere que se la cante
- JACINTO: ¿Otra vez?
- LA ARGENTINA: El paga, ¿no? Empieza.
- JACINTO: Ya va.
- LA ARGENTINA: Pero deja de hacer así con las manos. Ponías en las teclas.
- JACINTO: Un momentico. Yo conozco mi negocio. (*Se las frota un poco más, deja de hacerlo, las pone sobre el teclado y dice*) Ahora sí. (*Toca los primeros compases del tango «Uno»*) ¿Qué pasa?
- LA ARGENTINA: Ya va. Me agarraste desprevenida.
- JACINTO: Concéntrate... y no cambies la letra...
- LA ARGENTINA: Si por eso quiero ensayar. El profesor me dijo que si

cambiaba una sola palabra, no me daba los diez bolívares.

- JACINTO: ¿Diez bolívares por el tango «Uno»? ¿No es mucho?
- LA ARGENTINA: Pensaba darte dos.
- JACINTO: En la rockola le costaría medio.
- LA ARGENTINA: Sabes que en la rockola no hay ni un tango. ¿Qué sería de mi «show»? Todos los discos de Gardel, Libertad y Mercedes Simone los escondió La Garza. Bueno, empecemos.
- JACINTO: ¿Preparada?
- LA ARGENTINA: Ahora sí. (*Jacinto toca y ella canta*)
Uno busca lleno de esperanzas
el camino que los sueños
prometieron a sus causas...
- JACINTO: (*Interrumpe*) A sus ansias... a sus ansias...
- LA ARGENTINA: (*Hilando, ella sigue*) ...a sus ansias,
sabe que la lucha es cruel y es mucha,
pero lucha y se desangra por la fe que lo domina...
- JACINTO: (*Interrumpe*) Que lo empecina, que lo empecina...
- LA ARGENTINA: (*Hilando, ella sigue*) ...que lo empecina,
Uno va arrastrándose entre espinas
y en su afán de dar pasión...
- JACINTO: (*Interrumpe*) Amor.
- LA ARGENTINA: Es pasión.
- JACINTO: Amor.
- LA ARGENTINA: Pasión. Estoy segura.
- JACINTO: Amor. (*Toca y canta*)
Uno va arrastrándose entre espinas
y en su afán de dar amor...
¿Entiendes? (*Canta*) ...de dar amor...

- LA ARGENTINA: Pues yo siempre he dicho pasión.
- JACINTO: Pues es amor. Sigue, no perdamos tiempo. (*Toca canta*)
uno va arrastrándose entre espinas y
en su afán de dar amor...
- LA ARGENTINA: (*Que lo ha seguido*)
sufre y se destroza hasta entender
que uno se ha quedado sin corazón
precio del castigo que uno entrega
por un beso que no llega
o un amor que lo engaño.
Vacío ya de amor y de esperar
¡tanta ilusión!
- JACINTO: ¡Tanta traición! ¡Cómo va a ser ilusión? ¡No entiendes?
- LA ARGENTINA: No entiendo ¿qué?
- JACINTO: Tienes que entender lo que dices, chica. «Vacío ya de
dar y de esperar... ¡tanta traición!» Es un vacío terrible
amar y esperar tanto y solo conseguir traición. ¡Es
que no piensas! Agarra de nuevo, desde...
Vacío ya de amar y de esperar
¡tanta traición!
- LA ARGENTINA: (*Que lo ha seguido*) Si yo tuviera el corazón,
el corazón que di,
si yo pudiera, como ayer,
querer sin presentir...
- MARLENE: (*Ha entrado y canta también desde*)
si yo pudiera, como ayer,
querer sin presentir...
- LA ARGENTINA: Estoy ensayando. Un poco de respeto.
- MARLENE: Sigue. ¿Acaso te estoy tapando la boca?

- LA ARGENTINA: Estoy ensayando mi «show». Yo tomo muy en serio mi «show». Tengo que cantar *Uno* a la noche y...
MARLENE: Lo cantas todas las noches.
JACINTO: Pero esta noche el profesor lo quiere oír sin una sola equivocación.
MARLENE: ¡Va a ser difícil!
LA ARGENTINA: (*Furiosa*) ¿Por qué difícil? ¿Puede saberse por qué difícil?
MARLENE: Pero no te pongas así. Oído tienes. Eso nadie lo duda. Ahora sí, ¡lo que es con las letras!
LA ARGENTINA: ¿Qué pasa con las letras?
JACINTO: A veces te equivocas, Argentina. Tú sabes que es así.
MARLENE: ¿A veces?
LA ARGENTINA: Muy pocas veces. Y palabritas. Cambios insignificantes.
MARLENE: No son insignificantes. Tienes que respetar a los autores.
LA ARGENTINA: Y tú a las cantantes. ¿Nos dejas ensayar?
MARLENE: ¿Y no están ensayando?
LA ARGENTINA: Estábamos hasta que tú llegaste. ¿Por qué no seguiste durmiendo?
MARLENE: Porque no me dio la gana.
LA ARGENTINA: Y eso es lo que tú quieras, hacer siempre lo que te da la gana. Deja que se despierte La Garza...
MARLENE: Está encerrada... con Dimas... ¿por qué no vas y la buscas?
LA ARGENTINA: (*Después de pausa*) ¿Seguimos, Jacinto? ¿Por dónde íbamos?
MARLENE: (*Que se sienta a leer tiras cómicas, tararea*), querer sin presentir...
LA ARGENTINA: Desde «vacío ya de amar», Jacinto. (*Jacinto obedece*)

Vacío ya de amar y de esperar
 ¡tanta traición!
 Si yo tuviera el corazón,
 el corazón que di,
 si yo pudiera, como ayer,
 querer sin presentir...
 es posible que a tus ojos que me brindan tu cariño...

JACINTO: *(Interrumpiendo)* ...su cariño...

LA ARGENTINA: ¿Cómo su cariño?

JACINTO: *(Tarareando rápido)*

Es posible que a tus ojos
 que me brindan «su» cariño...

ARGENTINA: «Tu» cariño...

JACINTO: «Su» cariño. Tus ojos me brindan «su» cariño. El cariño de sus ojos, el cariño que me brindan sus ojos..

LA ARGENTINA: Es lo mismo.

JACINTO: No es lo mismo. Le estás hablando de tú al hombre
(Tararea rápido) «Es posible que a tus ojos que me brindan su cariño..., tus ojos me brindan su cariño, el cariño de sus ojos..»

LA ARGENTINA: Bueno, el cariño de tus ojos, se lo dijo al hombre...

JACINTO: Pero, chica, no puede ser, se lo dices a él, pero no puedes decir tus ojos me brindan tu cariño... No, no, no, no...

(MARLENE ríe)

LA ARGENTINA: Y tú, ¿de qué te ríes?

MARLENE: *(Refiriéndose a las tiras cómicas)* De los muñequitos.

LA ARGENTINA: No me busques, Marlène.

MARLENE: Si me río de esto... ¿no lo leyeron? ¿No lo leíste, Jacinto?

- JACINTO: (*A Marlene*) ¿Después me lo pasas, Marlene?
- LA ARGENTINA: (*Furiosa*) Bueno, ensayamos o no... ¡así no se puede!
- LA GARZA: (*Entrando*) ¿Qué pasa, Argentina?
- LA ARGENTINA: Esto no puede seguir así, Garza. Todos los días lo mismo. Esto no nos deja ensayar. Se burla de mí. Estoy Hasta aquí... (*A Marlene*) Te lo advierto, para que después no digas, yo soy muy pacífica, pero cuando me buscan...
- MARLENE: Yo no te he buscado. (*A Garza*) Estoy aquí tranquila leyendo los muñequitos. Si me río es por culpa del Pato Donald.
- LA ARGENTINA: Ningún Pato Donald, Garza. Se ríe de mí. ¿Por qué no canta ella?
- LA GARZA: Bueno, basta. ¿Son niñitas ustedes? (*En broma*) las creía putas serias. (*Marlene serie*)
- LA ARGENTINA: Sí, vienes de buen humor porque Dimas te arregló como a ti te gusta, pero...
- LA GARZA: ¿Cómo te atreves? Una palabra más y...
- LA ARGENTINA: Pues dile a Marlene que me deje quieta.
- LA GARZA: Las dos quietas y punto. Tú, Argentina, a tu tango. Y tú, Marlene, a tu Pato Donald, y si te hace gracia trágate la risa a ver si engordas. (*Transición rápida*) ¿No ha venido Batman?
- JACINTO: No ha venido. (*A La Argentina*) ¿Seguimos?
- LA GARZA: Canta, Argentina, canta. Pero no con el ceño frunci-do. Canta, Argentina. Me encanta escucharte.
- JACINTO: (*Recomenzando*)
- Si yo tuviera el corazón...
- LA ARGENTINA: (*Canta*)
el corazón que di,

si yo pudiera, como ayer,
querer sin presentir,
es posible que a tus ojos
que me brindan su cariño
(*En esta frase Jacinto le recuerda SU*)
lo cerrara con mis besos,
sin pensar que eran como esos
otros ojos los perversos
los que hundieron mi vivir...
Si yo tuviera el corazón,
el mismo que perdí.
Si olvidara a aquel que ayer
lo destrozó y pudiera amarte
me abrazaría a tu ilusión
para llorar tu amor.
Pero Dios te trajo a mi camino,
sin pensar que ya es muy tarde
y no sabré cómo quererte,
déjame que llore y sufra en vida
el dolor de haber llorado
y de sufrir mi propia suerte...

JACINTO: (*Cuando va a corregir a La Argentina*) Muerte...
muerte... no suerte... (*Le da un fuerte acceso de tos.*
Saca un pañuelo del bolsillo, se lo lleva a la boca y sale
hacia el baño)

LA ARGENTINA: Pero está visto que no puedo ensayar...

LA GARZA: Le dije que fuera al hospital. ¿Iría?

LA ARGENTINA: No sé.

MARLENE: (*A La Garza*) Tú se lo dijiste. Se lo dijimos todas.

LA ARGENTINA: Como no esté tuberculoso y nos contagie...

- LA GARZA: No es eso. Fuma mucho.
- LA ARGENTINA: (*A La Garza*) Tú también fumas mucho y no así.
- LA GARZA: Cada organismo es un mundo.
- LA ARGENTINA: Yo dejé de fumar por la voz. ¿Cómo la tengo tengo, Garza?
- MARLENE: Peor.
- LA ARGENTINA: (*A La Garza*) ¿Te das cuenta?
- LA GARZA: (*Mira a Marlene; ésta se pone seria*) ¡Qué raro que no haya venido Batman!
- MARLENE: No debe tardar.

(*Entra SELVA MARÍA, con un vestido. Se sienta a coser con aguja e hilo*)

- LA GARZA: (*A Selva María*) ¿Cómo resultó el muchacho, Selva María?
- SELVA MARÍA: Bien.
- LA GARZA: ¿Lo enseñaste?
- SELVA MARÍA: Sí
- LA GARZA: ¿Te ayudó?
- SELVA MARÍA: Casi todo lo hizo él solo.
- LA ARGENTINA: yo no lo he visto ¿Dónde está?
- SELVA MARÍA: Yo no sé.
- LA GARZA: (*Llamando hacia el cuartito*) Juan...Juan...(*Pausa*) ¿Dónde se habrá metido? (*La puerta del cuartito se abre y aparece Juan*) ¿Qué hacías?
- JUAN: Descansaba.
- LA ARGENTINA: Hola. Yo soy La Argentina. ¿Estabas ahí adentro? ¿Me oíste cantar?
- LA GARZA: (*A La Argentina y a Marlene*). Este muchacho se llama Juan y desde hoy trabaja aquí para ayudar a Selva María.

- MARLENE: (*Que apenas lo ha mirado, enfrascada en sus tiras cómicas*). Yo soy Marlene.
- JUAN: (*A La Garza*) ¿Yo la ayudo o ella me ayuda a mí?
- LA GARZA: Al principio te ayudará ella un poco, pero después tienes que hacerlo todo tú solo. Por cierto, Selva María, ahora con esta ayuda, no te tienes que levantar tan temprano. Puedes alternar hasta las tres...o hasta las cuatro...después, hasta más tarde, como todas.
- JUAN: ¿Y cuánto voy a ganar?
- LA GARZA: A fin de mes hablaremos de eso. Primero vamos a ver cómo te portas. El interesado eres tú. Demuestra que sirves y todo irá para bien.
- MARLENE: ¿Puede hacer mandados?
- LA GARZA: Depende.
- MARLENE: Me encantaría un helado.
- LA GARZA: A mí también me gustaría. Ven acá, Juan. (*A Marlene*) ¿Tienes plata ahí?
- MARLENE: Sí.
- LA GARZA: Dale, te la doy ahora. ¿Tú quieres, Argentina?
- LA ARGENTINA: Un chocolate. Dicen que es bueno para la garganta.
- LA GARZA: (*A Selva María*) ¿Y tú?
- SELVA MARÍA: No.
- LA GARZA: (*A Juan que no se ha movido*) Ven acá, te dije. (*Juan obedece. Marlene le da unas monedas*) Cómpranos dos helados. (*A Marlene*) ¿De qué lo quieres tú?
- MARLENE: Barquilla...de mantecado y chocolate...
- LA GARZA: Una barquilla de mantecado y chocolate. Y para mí una tinita de fresa...de fresa, fíjate bien, no te vayas a equivocar...

- LA ARGENTINA: Y un chocolate de los rellenos con almendras, pero que sea con almendras, no con avellanas. ¿Las almendras y las avellanas son distintas, verdad, Garza?
- LA GARZA: Claro que son distintas. (*A Juan, que apenas deja translucir su molestia*) Ve rápido, ahí mismo en la esquina, cruzas a la derecha... a mitad de cuadra está el negocio... (*Pausa. Por fin Juan se dirige a la puerta, pero no la sabe abrir.*) Enséñalo, Selva María. (*Selva María se levanta y va a enseñar a Juan a abrir la puerta. Entra Jacinto*) ¿Ya se pasó, Jacinto? Te dije que fueras a ver al médico.
- JACINTO: No es nada. Un hilito del cigarro...
- LA ARGENTINA: No es nada, no es nada, y el otro día echó sangre sobre las teclas.
- LA GARZA: (*A Selva María y Juan*) Dejen la puerta entreabierta. No tardará en venir Batman. (*Juan sale. Selva María vuelve a sentarse a coser*)
- JACINTO: Un poquito. No seas exagerada.
- LA ARGENTINA: ¿Exagerada? ¿Se acuerdan aquella película donde el tipo tosía y las teclas se llenaban de sangre?
- LA GARZA: ¿La de la polonesa?
- JACINTO: La vida de Chopin.
- LA ARGENTINA: Pues esa misma. Igualito.
- LA GARZA: Tienes que ir al hospital, Jacinto. Con la salud no se puede jugar. A propósito, Marlene, ¿y lo tuyo?
- MARLENE: Ya está arreglado.
- LA GARZA: ¿Seguro?
- MARLENE: Seguro. Ya me hice el último examen.
- LA GARZA: No me vengan con líos después.
- MARLENE: Está arreglado. Te lo juro.

- LA ARGENTINA: (*A Jacinto*) Seguimos, ¿o prefieres descansar?
- LA GARZA: Déjalo descansar, Argentina. Si quieres, acuéstate hasta la noche. ¿A qué hora es el «show»?
- LA ARGENTINA: El profesor siempre viene después de las ocho.
- JACINTO: No; está bien. Yo me quedo aquí un rato. Descanso un poquito y después seguimos, Argentina.
- LA ARGENTINA: Bueno. (*Transición. A La Garza*); ¿Y ese ,muchacho de dónde salió?
- LA GARZA: Ten cuidado, Argentina. Te conozco. Ya sabes que no me gustan enredos entre la gente de la casa
- LA ARGENTINA: Solo he preguntado de dónde salió. Nada más
- LA GARZA: Por si acaso. Te conozco. Para ti, un hombre mientras respire te sirve. Lo mandó Tobías.
- LA ARGENTINA: ¿Cómo está Tobías? ¿Qué se sabe?
- MARLENE: No me des ese alegrón. ¿Lo sueltan pronto?
- LA GARZA: No. Tobías sigue allá.
- LA ARGENTINA: Pero, ¿qué dice? ¿Hay esperanzas?
- LA GARZA: El jefe está haciendo diligencias. Ustedes lo saben, pero es cosa de tiempo... A propósito, El jefe viene esta noche. Hay que atenderlo bien.
- LA ARGENTINA: Estaba furioso con la última metida de pata de Dimas.
- LA GARZA: Bueno, pero eso ya pasó.
- JACINTO: Es la tercera vez. La otra vez también se equivocó le pidió la cédula a un tipo que resultó...

(*Entra DIMAS. Viene de dormir*)

- LA GARZA: Bueno, lo importante es tratarlo bien esta noche. Nos querían aumentar la cuota. Creo que lo convencí... (*A Dimas*) Venga acá, mi amorcito . ¿Descansó bastante?

Que ya estaba despierto le hubiera mandado a comprar un heladito. Siéntese aquí para espulgarle la cabeza. (*Dimas se sienta a sus pies*) No es que Dimas tenga piojos. Le encanta que lo espulgue. ¿No es verdad, mi amor? (*Pausa*) ¿Qué te pasa? ¿Te comieron la lengua los ratones?

DIMAS: Todavía estoy dormido.

MARLENE: (A *La Garza*) Pues con esos amurruñamientos y amapuches lo vas a terminar de noquear.

LA GARZA: ¿Quieres algo, mi amor?

DIMAS: Una cervecita.

LA GARZA: (A *Selva María*) Hazme un favor, una cervecita. (*Selva María obedece*) ¿Quién de ustedes fue quién inventó que Dimas estaba enredado con La Colombiana que trabaja en El Canario?

LA ARGENTINA: (*Después de una pausa*) Nadie lo inventó.

LA GARZA: Pues es mentira. (A *Dimas*) ¿Verdad, mi amor, que es mentira?

MARLENE: Aquí nadie dijo nada. No fuimos nosotras.

JACINTO: El chisme no salió de aquí. Vino de la calle.

LA ARGENTINA: Sí, alguien llegó y lo soltó una noche.

LA GARZA: Así calumnian a la gente. Esa es gente de El Canario, que viene a perturbar la paz de aquí.

(*LA ARGENTINA, MARLENE y JACINTO se miran a escondidas de LA GARZA; buscan también la mirada cómplice de SELVA MARÍA, pero ésta se encierra en su trabajo*)

DIMAS: (A *La Garza*) Tengo roto el pantalón. ¿Por qué no me lo mandas a coser?

LA GARZA: ¿Cuál?

- DIMAS: El bonito que me regalaste.
- MARLENE: Todos se lo regaló ella.
- LA GARZA: (*A Marlene*) ¡Sharap! (*A Dimas*) ¿Cuál?
- DIMAS: Pues el bonito de rayas. Está sobre la cama.
- LA GARZA: ¿Quieres hacerme el favor, Selva María?

(*SELVA MARÍA se levanta y sale hacia las habitaciones al mismo tiempo entra Juan por la puerta de calle, con los helados y la tabletta de chocolate*)

- LA GARZA: Ah, aquí están los helados. (*A Dimas*) Yo le doy un poquito del mío, mi amor. Pero no te lo vayas a comer todo.
- MARLENE: ¿Mi barquilla es de mantecado y chocolate?
- JUAN: No había.
- MARLENE: ¿Cómo no iba a haber? ¿Y de qué me la trajiste? (*Juan no contesta. Marlene toma la barquilla y la abre*)
- LA GARZA: Dame mi tinita. (*Juan se la da*) ¿Tampoco había de fresa?
- JUAN: No.
- LA GARZA: (*Mira el nombre de la tapa*) No me gusta de caramelo. Es muy dulce.
- MARLENE: (*Chupando la barquilla*) Me salió de limón. Pero está sabrosa.
- LA ARGENTINA: ¿Y mi chocolate? ¿No me lo habrás traído de avellanas? (*Juan se lo ha dado. Lo mira y dice mientras lo abre*) Ah, no; si es de almendras. (*A Juan*) Gracias, ¿quieres un poquito?
- JUAN: No. (*Se vuelve y mira a Dimas que come helado de la tinita que le ha quitado a La Garza*)
- LA GARZA: No te lo comas todo. Dame una cucharadita en la

boca, mi cielo. (*Dimas le da un poco a La Garza en la cucharadita de madera*)

JUAN: (*A Dimas*) Tobías te mandó saludos.

(Pausa)

DIMAS: ¿A mí?

JUAN: Sí.

LA GARZA: ¿Estás seguro? ¿A Dimas?

JUAN: Sí.

LA GARZA: No lo creo.

JUAN: Sí. Me dijo: «Dile a uno que está encuerado ahora con La Garza que le mando muchos saludos». (Pausa) Tú eres, ¿no?

LA GARZA: (*Después de una pequeña pausa*) ¿Eso dijo?

Juan: Sí.

LA ARGENTINA: (*A Jacinto*) ¿Quieres un pedacito? (*Se refiere al chocolate*)

JACINTO: No.

LA GARZA: (*A Juan, que va hacia el cuartito*) ¿Á dónde vas?

JUAN: A descansar un rato.

LA GARZA: ¿No has descansado bastante?

JUAN: Estuve trabajando toda la mañana. No dormía bien allá.

LA ARGENTINA: Déjalo, Garza. No tiene nada que hacer hasta la noche.

LA GARZA: (*A Juan*) Pero no te acostumbres mal. No me gusta a gente que duerme mucho. Es símbolo de flojera. (*Juan entra en el cuartito y cierra*)

JACINTO: (*Después de una pausa y en voz baja*) Parece que no le gusta hacer mandados.

MARLENE: Es verdad. ¿Cómo no iba a haber de mantecado y chocolate?

LA GARZA: Pues que vaya acoplándose. Y si no sirve, salimos de él. Tampoco porque lo haya mandado Tobías...

(*Entran BATMAN y ROBÍN. BATMAN es un viejo vendedor ambulante. ROBÍN es un jovencito negro que lo ayuda a transportar la más variada clase de mercancías: juguetes, muñecas, globos, ropa de hombre y de mujer, joyas, cuadros, artículos de belleza y de tocador*)

BATMAN: Dios bendiga esta casa.

LA GARZA: Batman, ya creía que no venías.

MARLENE: (*A Robín*) Robín, por fin, llegaron.

LA GARZA: ¿Trajiste lo que te pedí?

BATMAN: Ahí traje, para que escojas. (*Se refiere a unos cuadros que trae Robín*)

LA GARZA: Vamos a ver.

BATMAN: Enséñaselos. (*Hace un gesto a Robín*)

LA ARGENTINA: ¿De dónde vienes, Batman?

BATMAN: Hoy hemos caminado casi toda la ciudad, estamos achicharrados. ¿Cómo estás, Jacinto?

JACINTO: Pues aquí.

LA GARZA: (*A Robín*) Ponlos allí para verlos mejor. (*Robín empieza a colocar las pinturas a la vista de La Garza*) No, mejor allá. ¿Por qué no me ayudan a escoger?

LA ARGENTINA: ¿Vas a comprar un cuadro?

LA GARZA: Sí, para tapar ese hueco. A esa pared le ha salido moho. ¿Cuál te gusta?

LA ARGENTINA: Aquél es bellísimo.

JACINTO: ¿Frutas? ¿Quién ha visto cuadro con frutas en otro

- lugar que no sea el comedor?
- LA GARZA: ¿Y ese paisaje?
- LA ARGENTINA: Es bellísimo también. Parece que el mar se estuviera moviendo.
- LA GARZA: Tú, ¿qué dices, Dimas?
- JACINTO: Las frutas en el comedor, los paisajes en la sala y los santos y los desnudos en el cuarto.
- LA ARGENTINA: Sí, pero esto no es comedor, ni sala ni cuarto.
- MARLENE: Es una mezcla de las tres cosas.
- LA GARZA: ¿Qué será conveniente? ¡Ayúdenme!
- MARLENE: El Corazón de Jesús es una maravilla.
- JACINTO: Sí, pero no lo vamos a poner aquí

(Ha entrado SELVA MARÍA con el pantalón de DIMAS. DIMAS, al verlo, se acerca a ella, se lo quita y va hacia la puerta de las habitaciones)

- LA GARZA: ¿A dónde vas?
- DIMAS: Al cuarto, a ponerme el pantalón.
- LA GARZA: ¿Vas a salir?
- DIMAS: Sí.
- LA GARZA: ¿A dónde?
- DIMAS: Por ahí, a pasear un rato.
- LA GARZA: Mejor es que te quedes. No tienes nada que buscar en la calle.
- DIMAS: A un cine.
- LA GARZA: Sí, a un cine. No volvamos a empezar.
- DIMAS: Tú eres la que empieza.
- LA GARZA: ¿No quedamos en que...?
- DIMAS: ¿Y qué mal hay en que me vaya a la vespertina?
- LA GARZA: Vete al cuarto y después hablamos.

- JACINTO: Aquél es fabuloso.
- LA ARGENTINA: ¿Cuál?
- JACINTO: Aquél. (*Señala una pésima reproducción de La Gioconda*)
- LA ARGENTINA: Ay, sí, es bellísima. Mira, Garza, ¿no te gusta este?
- LA GARZA: ¿Cuál?
- LA ARGENTINA: Este.
- LA GARZA: Podría ser.
- LA ARGENTINA: No es ni un santo, ni un desnudo, ni un paisaje...
- JACINTO: Es la Monalisa.
- MARLENE: (*Riendo*) La Mona ¿qué?
- JACINTO: La Gioconda, de Leonardo.
- MARLENE: ¿Es un pintor de aquí?
- JACINTO: No; italiano.
- BATMAN: Casi todos son de italianos. Ese paisaje y esa naturaleza muerta también son de italianos.
- JACINTO: Sí, pero contemporáneos.
- LA GARZA: La verdad es que es bonito. (*A Robín*) Vamos a ver si tapa la mancha. Allí, en aquella pared. (*Mientras Robín lo coloca en el lugar indicado*) ¿Y en cuánto me das este, Batman?
- BATMAN: Cuarenta.
- LA GARZA: ¿Cuarenta, estás loco?
- BATMAN: Fíjate en el marco.
- ROBÍN: Y tapa la mancha que usted quiere.
- LA GARZA: Eso sí es verdad. Déjamelo en treinta.
- BATMAN: No puedo.
- LA ARGENTINA: Y queda muy bien ahí. Fíjate cómo le da esa luz.
- LA GARZA: Si no me lo dejas en treinta no podemos llegar a ningún arreglo.
- BATMAN: Así no le gano nada, Garza.

- LA GARZA: Yo sé que me lo vas a dejar en treinta. ¿Trajeron martillo y clavos?
- ROBÍN: Sí. (*A Batman*) ¿Lo cuelgo?
- BATMAN: (*A La Garza*) Cuarenta, Garza.
- LA GARZA: Treinta y cinco.
- BATMAN: Bueno; treinta y cinco.
- LA GARZA: Cuélgalo, Robín. Voy a buscar la plata. (*Sale*)
- SELVA MARÍA: (*Que ha estado viendo la mercancía de Batman*) ¿Cuánto cuesta esta camisa?
- BATMAN: ¿Cuál?
- SELVA MARÍA: Esta.
- BATMAN: Veinticinco.
- JACINTO: (*A Batman*) ¿Me trajiste la crema para los barros?
- BATMAN: Sí, me costó mucho conseguirla. Estaba agotada en el mercado.
- SELVA MARÍA: (*A Batman*) ¿Y esta?
- BATMAN: (*Mientras busca la cajita de crema*) Veinte.
- SELVA MARÍA: ¿No me la deja en dieciocho?
- BATMAN: (*A Jacinto*) Ahora vale medio más. (*Va hacia Selva María y ve la camisa*) Déjame ver.
- JACINTO: Medio más. ¿Por qué medio más? Estás muy carero.
- BATMAN: Ya te dije que no se consigue en el mercado. (*A Selva María*) Sí, te la puedo dejar en dieciocho. (*A La Argentina*) Y tú tienes una cuentecita vieja pendiente conmigo.
- LA ARGENTINA: Ay, Batman, vas a tener que esperarte. Unos días más. Tú sabes que yo soy buena paga.
- JACINTO: (*Le da unas monedas a Batman*) Toma. Todo sea por la belleza.
- BATMAN: Eso es lo malo de vender a crédito.

- SELVA MARÍA: ¿Y me vende un cepillo de dientes y un tubo de crema?
- LA ARGENTINA: ¿Y para quién es eso, Selva María?
- JACINTO: Conque una camisa de hombre. ¿Qué tienes por ahí escondido?
- SELVA MARÍA: (A Batman) ¿Cuánto es todo?
- ROBÍN: (A Marlene, refiriéndose al cuadro que cuelga) ¿Está torcido?
- MARLENE: Déjame ver.
- BATMAN: (A Selva María) Veintiuno cincuenta. (*Selva María le paga*)
- MARLENE: (A los demás) Está torcido, ¿verdad? (*La Argentina y Jacinto miran el cuadro*)
- JACINTO: Un poquito a la derecha. No, allí no. De la otra punta. Otro poquitico... (*Selva María sale hacia las habitaciones*)
- LA ARGENTINA: No; está torcido.
- MARLENE: Más a la izquierda.
- JACINTO: No, a la izquierda no. A la derecha.
- ROBÍN: Bueno, vamos a ver si se ponen de acuerdo. Que diga uno solo.
- JACINTO: Como ya te dije. Un poquitico a la derecha. Sigue la línea de la pared. ¿No ves la pared?
- ROBÍN: ¿Cuál línea?
- JACINTO: Esa, de arriba. Bájalo un poquitico más. Así, ahí marca y clava. (*Robín obedece*)
- (Entra DIMAS, vestido de lúmpio, hacia la calle, seguido por LA GARZA, que lo increpa)
- LA GARZA: Pues no te vas a ir. ¿Qué te crees que soy yo?
- DIMAS: ¿Y qué soy yo? ¿Un tigre para que me quieras tener encerrado?

- LA GARZA: Encerrado no. Pero quedamos en que...
- DIMAS: Quedamos en que yo voy a vespertina.
- LA GARZA: Si te vas, ya vas a ver lo que va a pasar.
- DIMAS: ¿Qué va a pasar? Te dije que no me gusta que me amenaces. Me voy y punto. Cuando termine el cine vengo.
- LA GARZA: ¡El cine, el cine! (*Dimas sale por la puerta de calle*) Te vas a acordar de mí, desgraciado. Si crees que vas a jugar conmigo estás muy equivocado. ¡Maldito sea!
- ¡Todos son iguales! (*Pausa. La Garza los mira a todos*)
- LA ARGENTINA: Mira cómo quedó el cuadro, Garza.
- LA GARZA: ¡Qué cuadro ni que cuadro! Toma tu plata, Batman.
(*Sale furiosa hacia las habitaciones*)
- BATMAN: Nosotros también nos vamos, Robín. Tenemos que ir a El Gato Pescador. (*Empieza a recoger*)
- LA ARGENTINA: (A Batman) ¿No te han llegado fondos de aquellos?
- BATMAN: Después que me pagues lo que me debes...
- MARLENE: (A parte, a Robín) ¿Reuniste el dinero?
- ROBÍN: Me faltan seis bolívares.
- MARLENE: Si no traes la plata completa, nada.
- ROBÍN: Si de aquí a la noche los consigo, vengo.
- MARLENE: Pero consíguelos, mijo. Tienes meses en eso.
- ROBÍN: ¿Y qué quieres que haga? Si aceptas menos...
- MARLENE: No, no, no. Yo quiero... pero billeticos completos, si no, no.
- BATMAN: (A Robín) Deja la habladura y recoge rápido.
- MARLENE: (A Batman) La semana que viene voy a comprarte unas cositas; pero, eso sí, por cuotas...
- BATMAN: Por cuotas, por cuotas. Como si no ganaran bastante.
- LA ARGENTINA: Vives quejándose y ganas más que nosotras.

- BATMAN: Sí, más que ustedes... ojalá... Y tengo que caminar todo el día... Pero apúrate, Robín... Adiós, todos... Dios bendiga esta casa. (*Batman y Robín salen*)
- LA ARGENTINA: Adiós, Batman.
- MARLENE: Adiós, Robín. Y ya sabes. Voy a cerrar la puerta y me voy a echar otro ratico. Tengo una pereza. (*Cierra la puerta de calle y sale por la puerta que da a las habitaciones*)
- LA ARGENTINA: Bueno; parece que, por fin, podremos ensayar en paz. ¿O estás muy cansado?
- JACINTO: No; si no es nada. Ustedes exageran. (*Se sienta al piano*) ¿Por dónde lo agarramos?
- LA ARGENTINA: Donde quedamos. (*Tararea*) «Pero Dios te trajo en mi camino...»
- JACINTO: Está bien. (*Se frota las manos*)
- LA ARGENTINA: Pero no empieces otra vez la cosa con las manos. Ya hiciste bastante. (*Jacinto toca y La Argentina canta*)
- JACINTO: Pero Dios te trajo en mi camino,
sin pensar que ya es muy tarde
y no sabré cómo quererte.
Déjame que llore y sufra en vida
el dolor de haber llorado y de sufrir mi propia suerte.
- JACINTO: (*Le corrige*) Muerte... muerte...
- LA ARGENTINA: (*Corrige, pero sigue. Jacinto la sigue en piano*)
muerte...
Buena como eres salvarías
mi esperanza con tu amor.
Uno está tan solo en su penar.
Uno está tan triste en su dolor.
Pero un frío cruel que es peor que el odio,
punto muerto de las almas,

tumba horrenda del amor.
Maldijo para siempre y se llevó
toda la ilusión...
Si yo tuviera el corazón,
el mismo que perdí... etc.

(En algún punto de la canción LA ARGENTINA mira de pronto hacia el cuartito y comienza a interesarse en él. Se acerca. Pone la mano sobre la puerta y esta se entreabre lentamente. JUAN está tirado sobre la colchoneta. LA ARGENTINA le coquetea sin dejar de cantar. Entra, cierra la puerta y deja de cantar JACINTO se vuelve y se da cuenta de la situación. Sigue tocando el piano)

Telón

ACTO II

Escena IV: 7 pm.

Al subirse el telón, vemos a GANZÚA recortando noticias del periódico y pegándolas en un álbum. Continúa con Juan una conversación ya iniciada.

- GANZÚA: El run-run anda por toda la casa, como uno de esos ratones que asoman la cabeza una vez por un hueco, otra vez por otro.
- JUAN: ¿Qué run-run?
- GANZÚA: A La Garza no le gusta.
- JUAN: No le gusta ¿qué?
- GANZÚA: Tú sabes...
- JUAN: No, no sé.
- GANZÚA: Lo que pasó.
- JUAN: ¿Qué pasó?
- GANZÚA: La propia Argentina lo contó muerta de la risa.
- JUAN: ¿Por qué muerta de la risa?
- GANZÚA: Tú sabes por qué.
- JUAN: No sé nada.
- GANZÚA: ¿Cómo no vas a saber?
- JUAN: ¿Muerta de la risa por qué?
- GANZÚA: ¿No te lo imaginas? Contó que tú...
- JUAN: ¿Que yo qué?
- GANZÚA: ¡Quién lo hubiera dicho! ¡Tan joven y tan dotado!» Y todas esas cosas... (*Juan ríe*) ¿Ves cómo es verdad? ¿Sabes lo Que dijo?; «Desde aquel Romualdo, que en paz descansen, no me había encontrado con algo semejante». (*Juan ríe*) Romualdo era chofer en una

línea de autobuses. Venía a El Pez que Fuma todos los sábados. Era negro él, altote, grandote... (*Juan ríe*) Pero La Garza anda disgustada. No le gusta eso...

- JUAN: No le gusta ¿qué?
- GANZÚA: Ella lo llama promiscuidad.
- JUAN: ¿Y qué es promiscuidad?
- GANZÚA: Que haya lío entre los mismos empleados de la casa.
- No le gusta.
- JUAN: ¿Y para qué lo contó La Argentina? Si se hubiera quedado callada... Solo Jacinto se dio cuenta.
- GANZÚA: ¡Casi nadie! Jacinto es tan suelto de la lengua como de las caderas. Por lo que a mí se refiere, yo lo hubiera sabido de todas maneras.
- JUAN: ¿Por qué?
- GANZÚA: Yo adivino todo lo que La Argentina hace; todo lo que ella piensa. Si se queda calladita, mirando la pared o el suelo, sé lo que está rumiando. Si habla mucho, adivino las palabras que se dice dentro de sí y que no pronuncia nunca. Cuando se va con un hombre al cuarto, sé si va a pasar con él toda la noche, o si lo va a despachar a los quince minutos; si le cobró veinte, si le cobró cuarenta, si no le cobró. Conozco a La Argentina desde que empezó a cantar tangos. Ella no se llama así. Su verdadero nombre es Gloria. Gloria. Cuando la dejó el porteño, dejó los boleros y se dedicó a los tangos. Entonces fue cuando empezamos a llamarla La Argentina. (*Entra Selva María, con un paquete en la mano*)
- SELVA MARÍA: (*A Ganzúa*) Te llama La Argentina. Que la ayudes. (*Ganzúa sale. Pausa. A Juan*) Te había comprado esto... (*Por el paquete*)

- JUAN: ¿Qué es?
- SELVA MARÍA: Pensaba dártelo.
- JUAN : Dámelo, pues.
- SELVA MARÍA: No, ahora no.
- JUAN: ¿Por qué no?
- SELVA MARÍA: Porque no.
- JUAN: (*Después de una pausa durante la cual Selva María no se ha movido, con la quijada pegada al pecho y su vista aparentemente fija en el paquete*) Tú eres rara.
- SELVA MARÍA: Rara no.
- JUAN: Si no me vas a dar nada, ¿por qué vienes con el paquete y me lo enseñas?
- SELVA MARÍA: Tú eres el que no entiende.
- JUAN: ¿Y qué tengo que entender?
- SELVA MARÍA: ¿Lo ves?
- JUAN: ¿Qué me ibas a dar?
- SELVA MARÍA: Una camisa... (*Pausa. Abre el paquete*) Mírala...
- JUAN: (*Echando un ligero vistazo*) No es mi medida.
- SELVA MARÍA: Sí es.
- JUAN: ¿Cómo lo sabes?
- SELVA MARÍA: Yo lo sé.
- JUAN: (*Por otras cosas que están dentro del paquete*) ¿Y esto...?
- SELVA MARÍA: Un cepillo de dientes... y la crema... no trajiste nada.
- JUAN: ¿Qué tenía que traer?
- SELVA MARÍA: Cuando uno viaja lleva su ropa, sus cosas personales.
- JUAN: ¿Y quién dijo que yo estoy viajando?
- SELVA MARÍA: Llegaste aquí...
- JUAN: y aquí estoy.
- SELVA MARÍA: Pensé que necesitabas...

- JUAN: Cuando La Garza me pague, compraré lo que me haga falta.
- SELVA MARÍA: ¿Y mientras tanto?
- JUAN: Espero.
- SELVA MARÍA: Pues mientras esperas, toma... (*Le entrega el paquete*)
- JUAN: ¿No dijiste que no me lo ibas a dar? (*Saca la camisa y se la prueba*)
- SELVA MARÍA: Ya lo compré. ¡Qué voy a hacer con eso ahora!
- JUAN: Ah, no; si es porque no tienes qué hacer con eso, toma... (*Se lo devuelve*)
- SELVA MARÍA: (*No acepta*) No, no; si lo digo por decir. Son tuyas. Las compré para ti.
- JUAN: (*Se pone la camisa*) ¿Tú crees que me quede bien?
- SELVA MARÍA: Yo creo que sí.
- JUAN: Tienes razón; es mi medida.
- SELVA MARÍA: Yo lo sabía.
- JUAN: (*Toma el cepillo y se lo pasa por los dientes en una muestra graciosa*) Y el cepillo también... a la medida de mis dientes... (*Ríe*)
- SELVA MARÍA: (*Ríe*) Son de los mejores. De cerda muy fina.
- JUAN: ¿Para qué te pusiste a gastar en esto? No has debido.
- SELVA MARÍA: Pero si es una tontería.
- JUAN: Cuando La Garza me pague te daré el...
- SELVA MARÍA: No me darás nada. Me disgusto; si haces eso me disgusto.
- JUAN: ¿Y por qué te vas a disgustar? (
- SELVA MARÍA: ¡Tú sabes! ¡Y más disgustada de lo que estoy
- JUAN: ¿Por qué?
- SELVA MARÍA: Tu sabes.
- JUAN: No sé.

SELVA MARÍA: Sí sabes.

JUAN: Te juro que no.

SELVA MARÍA: La Argentina. Sí sabes.

JUAN: Eso es mentira.

SELVA MARÍA: Es verdad; yo sé que es verdad. (*Pausa*) Por lo menos hubieras esperado; el mismo día que llegaste; y primero con ella; tú sabes que yo... ahora no es lo mismo... no puedo verte igual... tú sabías que yo...

JUAN: Yo no sabía, ni sé nada. A mí no me gustan los enredos.

LA GARZA: (*Que ha entrado*) Pues cuando a uno no le gustan los enredos, se queda tranquilito y no hace lo que no es debido. (*Pausa*) Vete, Selva María. (*Pausa*) ¿No me has oído? (*Selva María sale. La Garza se acerca y mira el paquete y la camisa que Juan tiene puesta*) Conque regalitos... El niño llega esta mañana y ya tiene en su haber más de un regalito. (*Juan va a hablar*) No lo niegues, que todo se sabe. La Argentina lo contó todo con pelos y señales.

JUAN: (*Serio*) ¿Con pelos también?

LA GARZA: No te me hagas el gracioso. Te lo dije esta mañana y no me gusta repetir las cosas. ¿Qué te crees? ¿Que yo acabo de nacer? ¿Que no me doy cuenta de todo? Tú eres de los hombres que se creen reyes, de los que juran que nacieron para ser mimados por las MUJERES, de los que suponen que lo merecen todo, de los que están dispuestos a recibir todo a cambio de nada. He conocido muchos como tú. ¿Sabes cómo terminan? Solos, borrachos, tirados en la calle, sin mujer, sin familia, sin amigos. Eso que tienes ahora no te dura toda la vida. Se te acaba el físico, se te acaba la

juventud y te pones a pedir, pero si toda la vida has recibido, te encuentras que no sabes pedir y que no tienes ya nada que dar.

JUAN: Yo no estoy pidiendo nada. Pedí trabajo. Eso fue lo que pedí. Trabajo. Lo que pienso recibir es a cambio de mi trabajo. De nada más. Yo no vine aquí a...

LA GARZA: (Lo interrumpe) ¡Pilatos! Conozco el tipo, la clase. Los he visto a montones. Inocentes, moscas muertas. ¿Sabes cuántos como tú han pasado por aquí? Los dedos de mis manos y de mis pies no alcanzan ni para contar la tercera parte. Esta profesión, muchacho, es de «mentes ágiles en acción». Yo siempre tuve una gran intuición, desde muchacha. Y es una cosa que se desarrolla, así que echa lápiz. ¿No has oído hablar del doctor Palomares? El doctor Palomares es un abogado famoso, que da clases en la Universidad, que aparece a cada rato en los periódicos, que no ha perdido ni uno solo de los casos que ha defendido. Pues cuando el doctor Palomares estaba estudiando, cuando no tenían donde caerse muertos, ni él ni su familia, yo lo ayudé; si no hubiera sido por mí no hubiera podido terminar sus estudios; yo lo ayudé a graduarse. Claro que hoy en día ni se acuerda de mí; aunque no te creas, una vez lo busqué por un lío de la hipoteca y me atendió muy bien y me resolvió el problema... Pues el doctor Palomares me decía, cuando no era doctor: «Mi muchachona -él me llamaba 'mi muchachona'- tu intuición es tan grande como una inteligencia; no necesitas inteligencia, con tu intuición te basta».

Eso me decía. Y es verdad. (*Pausa*) ¡A qué hora llegaste esta mañana?

JUAN: A las ocho y media... a las nueve...

LA GARZA: A las nueve (*Ve su reloj*) Son las siete. Diez horas y ya te tengo calado. Eres de la raza de Tobías.

JUAN: Habla más claro.

LA GARZA: Esperas echadito, como un animalito, como un perro, con una sonrisita lanuda. «Ay, pero que monito el perrito» -dice una. Y uno lo acaricia, le pasa la manito por la cabeza. «Debe tener hambre. Hay que buscarle de comer». «Epa, animalito, perrito, toma este hueso». Uno se quita el hueso de la boca para ver cómo el animalito lo muerde hasta el tuétano. Por una vez, uno cree que es por una vez. Pero cuando vienes a ver, el perrito se ha hecho grande, se ha montado encima de uno, y tienes que buscarle huesos tres veces al día. ¡Y, ay de ti, cuando no le traes hueso! Te gruñe. Y le chupa tus propios huesos... y sorbe tu propio tuétano.

JUAN: ¿Eso hacía Tobías? Porque tengo entendido que fue él quien las hizo a ustedes, quien puso este negocio a triunfar. Era él quien conseguía los huesos para las perras de la casa. La Garza: ¿Eso te dijo el muy canalla? Pues no es así, ¿sabes? Porque a la hora de la verdad era yo, y era La Argentina, y Marlene, y una española que se fue, las que trabajábamos. ¿O era Tobías quien se acostaba con los clientes? Es cierto que Tobías consiguió el dinero para empezar... la casa...el permiso legal...el aguardiente a consignación..., pero los clientes no

entrان aquí a tomar aguardiente y a ver el permiso...
entrان aquí porque estamos nosotras... esta casa sin
nosotras no vale nada...el permiso sin nosotras no sir-
ve para nada... Eso nunca lo supo entender Tobías...

JUAN: Tobías habló mucho conmigo, me explicó...

LA GARZA: ¿Qué te explicó?

JUAN: Esas huelgas que trataste de hacerle...

LA GARZA: Justas.

JUAN: Alebrestabas a las demás.

LA GARZA: Con toda razón.

JUAN: Me dijo que tú no entendías las cosas.

LA GARZA: ¿Hablabía mucho de mí?

JUAN: Conmigo hablabía de todo. Me convertí en su confi-
dente. A mí me contaba, a nadie más. Tú sabes que
por lo demás es muy callado.

LA GARZA: Parece callado. Pero cuando se pone a hablar, ¡Dios
nos libre! Entonces, ¡hablabía mucho de mí! ¿Y qué te
decía?

JUAN: No me acuerdo bien. Tantas cosas.

LA GARZA: Pero, ¿cuáles?

JUAN: Que te quería, que todavía te quería... esas cosas...

LA GARZA: Yo sé que todavía me quiere. Y yo, sabes, en el
fondo, a veces -a veces, no siempre- quisiera que
estuviera aquí para resolver asuntos... bueno,
cuando uno pelea tanto es porque hay cariño.
Pero él tenía la culpa. No daba su brazo a torcer.
Lo bonito eran las reconciliaciones... Me gustaría
verlo otra vez...

JUAN: Un día volverá.

LA GARZA: ¿Cuándo?

- JUAN: Un día. Ese no se queda adentro para siempre.
- LA GARZA: ¿Qué te dijo de Dimas?
- JUAN: Nada.
- LA GARZA: Pero tú dijiste...
- JUAN: Lo que dije.
- LA GARZA: ¿Nada más?
- JUAN: Nada más.
- LA GARZA: Fue bastante. Es celoso. Eso sí. Ese saludo para Dimas es como una sombra, un saludo negro. (*Pausa*) Quiero salir de Dimas.
- JUAN: ¿Por qué no lo haces? (*La Garza lo mira*) Tú haces lo que te da la gana.
- LA GARZA: Eso parece. Pero tengo que responder de que el negocio marche bien. No es fácil.
- JUAN: ¿Y él te ayuda a que marche mejor?
- LA GARZA: No.
- JUAN: ¿Entonces?
- LA GARZA: (*Después de una pausa*) ¿Es cierto lo que dijo La Argentina?
- JUAN: ¿Qué estuvo conmigo? Sí.
- LA GARZA: ¿Y lo otro?
- JUAN: Averígualo. (*Pausa*) ¿Y si es verdad? (*Pausa*) Averígualo.
- LA GARZA: ¿Y crees que no voy a hacerlo?

(*LA GARZA avanza hacia JUAN, que está en el marco de la puerta del pequeño cuartito. JUAN, lentamente, desaparece detrás de la pared. LA GARZA sigue avanzando hacia donde se metió JUAN y casi desaparece de la vista del público. Al mismo tiempo una llave abre el portón que da a la calle. Entra DIMAS. LA GARZA sale del cuartito y lo enfrenta. JUAN aparece el marco de la puerta del cuartito*)

- LA GARZA: (A Dimas, con una sonrisa de venganza). No entres.
- DIMAS: ¿Que no entre adónde?
- LA GARZA: Dame la llave.
- DIMAS: ¿Por qué?
- LA GARZA: Se acabó.
- DIMAS: Se acabó ¿qué?
- LA GARZA: Te dije que no salieras. ¿Dónde estabas? ¿En El Canario?
- DIMAS: Otra vez con eso. Sabes que no...
- LA GARZA: Y aunque no lo fuera. Ya lo he decidido. Esta vez se terminó. (*Dimas va hacia la puerta de las habitaciones*) ¿A dónde vas?
- DIMAS: A buscar mis cosas.
- LA GARZA: Nada. Todo lo que te di vuelve a ser mío.
- DIMAS: La ropa.
- LA GARZA: La ropa también.
- DIMAS: Te vas a arrepentir, Garza.
- LA GARZA: Me he debido arrepentir mucho antes. Largo, fuera.
- DIMAS: Me las vas a pagar.
- LA GARZA: Estoy cansada de pagar. Págame tú ahora todo lo que me debes. ¿Sabes cómo? Yéndote.
- DIMAS: A la noche vuelvo.
- LA GARZA: No vuelvas más.
- DIMAS: Yo vuelvo. A la noche vuelvo. (*Sale. Pausa. Juan avanza para cerrar la puerta*)
- LA GARZA: No cierras. Es hora de abrir. Van a empezar a llegar los clientes.

(*Entra LA ARGENTINA, seguida de GANZÚA. LA ARGENTINA se coloca tras el mostrador. GANZÚA a los pies*)

LA GARZA: Sube.

(*Entra SELVA MARÍA, seguida de MARLENE, JACINTO y EL BAGRE. MARLENE pone un disco en la rockola*)

LA GARZA: Sube. Tú sabes dónde está mi cuarto.

(*JUAN obedece. LA GARZA lo sigue mientras suena la música en la rockola*)

Oscuro

Escena V: 10 pm.

Luces. LA ARGENTINA, tras el mostrador. Sirve dos tragos de ron sobre una bandeja que entrega a GANZÚA, que la lleva a una mesa donde están el PROFESOR y EL BAGRE. SELVA MARÍA está sola en una mesa. MARLENE en otra.

MARLENE: ¿Dónde está Ciudad del Cabo?

EL BAGRE: En Sudáfrica, ¿no es cierto, profesor? (*Este asiente*)

Marlene: ¿Y dónde está Sudáfrica?

GANZÚA: Al sur del África.

MARLENE: ¿Leyeron lo del corazón?

EL BAGRE: Así se comienza.

MARLENE: ¿Y cómo sigue?

EL BAGRE: Un día nos podrán cambiar todos los miembros. Se te echa a perder el hígado... te cambian el hígado. Los intestinos se te paralizan... te ponen los intestinos de un amigo... o de un cochino. Has usado muchos los riñones... pues te colocan unos hermosos riñones buenos y sanos de alguien que murió de un infarto.

- MARLENE: Las piernas. Unas piernas para Ganzúa. ¿Te gustaría, Ganzúa?
- EL BAGRE: Claro que le gustaría.
- GANZÚA: Preferiría mis propias piernas.
- MARLENE: Ya no te sirven.
- GANZÚA: Debe ser raro caminar con las piernas de otro.
- EL BAGRE: Más raro es caminar sobre esas tablas y esas ruedas y ya ves que lo haces. El ser humano tiene la facilidad de alumbrarse a todo.
- MARLENE: ¡Pero una cosa que late...! ¡Metieron el corazón de mujer dentro de un hombre! ¡Y palpitá!
- PROFESOR: Lo difícil es que latan juntos.
- MARLENE: ¿Cómo dice, profesor?
- PROFESOR: Lo difícil es que latan juntos... al mismo tiempo...
- No resisten mucho tiempo uno al lado del otro.
- MARLENE: No entiendo.
- EL BAGRE: El profesor habla del amor.
- EL PROFESOR: (*A Ganzúa*) Otro.
- EL BAGRE: ¿Para mí también, profesor?
- PROFESOR: Sí.
- EL BAGRE: (*A Ganzúa*) Dos más. (*Ganzúa obedece. Va hacia ti mostrador, donde La Argentina sirve otros dos roñes, marca un ticket en la caja registradora y pone todo sobre la bandeja que entrega a Ganzúa*)
- PROFESOR: Mi mujer está en la casa, acostada... el corazón hace mucho tiempo que no le late.
- MARLENE: ¿Y por qué no le regala el suyo, profesor?
- PROFESOR: El mío late menos. Ninguno de los dos... Un día latieron juntos... Cuando eran jóvenes... Ella vestida de novia...padre, el general, con los bigotes... Yo, de

frac... Cuando se usaba el frac...

MARLENE:

(Al profesor) Cuando usted se casó, ¿ya daba clases?

PROFESOR:

¿Quién?

MARLENE:

Usted. ¿No daba clases? ¿De qué?

EL BAGRE:

De gramática. ¿No es así, profesor?

PROFESOR:

Los niños no entienden... no les importa lo que les digo ... ni siquiera me escuchan... Artículo es una parte variable de la oración que se antepone al nombre o a cuanto haga las veces de este, para limitar la extensión de su significado. Al decir «dame manzanas», no se determina cuáles; pero cuando se dice «dame las manzanas», el artículo «las» expresa que se piden ciertas manzanas consabidas, de que se ha tratado antes. (*Entra Jacinto*) El artículo se divide en...

MARLENE:

(Después de pausa) ¿En qué se divide?

PROFESOR:

¿Qué?

MARLENE:

Eso que usted dijo.

PROFESOR:

En determinado e indeterminado.

EL BAGRE:

¿Cuál es el determinado, profesor?

PROFESOR:

El artículo determinado precede a nombres tomados en sentido concreto o determinado; verbo y gracia: el libro de Pedro; los alumnos del colegio. Los artículos determinados son cinco.

MARLENE:

¿Cinco?

PROFESOR:

Singular masculino: el. Singular femenino: la. Singular neutro: lo. Plural masculino: los. Plural femenino: las. Es lo mismo. Siempre. Años y años. No se puede cambiar. Hasta los niños parecen los mismos. Pasa el tiempo, y el tiempo y el tiempo, y son los mismos niños... que no oyen, que no entienden... no les interesa...

- EL BAGRE: Un día todo va a cambiar. Conquistaremos el espacio, profesor, y descubriremos todo el tiempo que hemos perdido. No habrá necesidad de repetir las cosas para aprenderlas. El cerebro del hombre se desarrollará plenamente. Saldremos de la oscuridad y lo veremos todo tal cual es, sin esa niebla espesa que hoy lo cubre.
- JACINTO: ¿Quiere que empecemos? La Argentina y yo estamos listos. Estuvimos toda la tarde ensayando.
- BAGRE: No molestes ahora. El profesor y yo estamos discutiendo.
- PROFESOR: (Lejano) ¿Discutiendo?
- EL BAGRE: ¿Qué me dice? ¿No se anima a lo que le hablé el otro día?
- PROFESOR: La gente no usa bien las palabras. Son tan lindas... y las usan mal! No respetan las reglas ni entran dentro del juego. Es un bellísimo juego. Si yo supiera escribir... (*Jacinto ha ido al mostrador a hablar con La Argentina*)
- EL BAGRE: ¿Y los números? ¿Qué me dice de los números, profesor? No están hechos para la lotería. Cuando veo cómo relajan los signos matemáticos en esos malditos billetes se me sube la sangre a la cabeza. No hay respeto tampoco para los números.
- LA ARGENTINA: (Se ha acercado al profesor) Cuando quiera, profesor.
- PROFESOR: Todavía no.
- EL BAGRE: ¿No lo has oído, Argentina? Todavía no. Profesor: (*A La Argentina*) ¿Puede llamar a Selva María?
- LA ARGENTINA: (*A Selva María, mientras vuelve al mostrador*) Selva María, es contigo.

- SELVA MARÍA: ¿Conmigo?
- LA ARGENTINA: Sí, ve.
- PROFESOR: (*A Selva María*) Yo la invito. (*Selva María se acerca*) Siéntese.
- EL BAGRE: ¿Puedo quedarme aquí?
- PROFESOR: Preferiría...
- LA ARGENTINA: (*Desde el mostrador a El Bagre*). ¡Bagre!
- EL BAGRE: (*Comprende*) ¿Me puede mandar otro a aquella mesa?
- PROFESOR: Sí. (*Aplaudie*) Ganzúa. (*GANZÚA se acerca*)
- EL BAGRE: (*A Ganzúa, al pasar*) Lo mismo a la cuenta del profesor.
- PROFESOR: (*A Selva María, que se ha sentado en su mesa*) ¿Qué quiere?
- SELVA MARÍA: (*A Ganzúa*) Whisky doble. Pero en serio.
- GANZÚA: ¿De verdad?
- LA ARGENTINA: Dijo en serio, ¿no?
- EL BAGRE: (*A Ganzúa cuando pasa a su lado*) Y el mío. No se te olvide.
- PROFESOR: (*A Selva María*) ¿Hasta qué hora puedes?
- SELVA MARÍA: Antes hasta la una. Ahora toda la noche.
- PROFESOR: Me alegro. Siempre quise invitarte.
- LA ARGENTINA: ¿Por qué no pide una botella, profesor? Le sale más barato.
- PROFESOR: ¿Más barato?
- SELVA MARÍA: Sí; es mejor.
- PROFESOR: ¿Usted quiere?
- SELVA MARÍA: Sí.
- PROFESOR: Lo que diga ella.
- LA ARGENTINA: Enseguida tiene el servicio completo, profesor. (*Se apresura a buscar una botella, vasos, etc.*)
- MARLENE: ¿Y a mí no me invita nada, profe? (*Se acerca*)

- LA ARGENTINA: ¡Marlene! Quiere estar a solas con ella.
- PROFESOR: Los invito a todos.
- LA ARGENTINA: (*A Marlene*) Quédate en la otra mesa.
- MARLENE: Pero me mandas un vaso.
- LA ARGENTINA: ¿Invita a Marlene, Profesor?
- PROFESOR: Sí; a todos.
- JACINTO: A mí, un traguito, Argentina. *On the rocks*.
- LA ARGENTINA: Tú no debes tomar.
- JACINTO: Me sienta bien.
- MARLENE: Y musiquita, profesor; ¿no ponemos musiquita? Si me da sencillo, yoescojo los discos.
- LA ARGENTINA: ¿Quieres dejar al profesor en paz? No es contigo esta noche.
- MARLENE: Es que esto parece un velorio.
- LA ARGENTINA: ¿Con qué le mandamos el servicio, profesor?
- PROFESOR: (*A Selva María*) ¿Con qué lo toma?
- SELVA MARÍA: Coca Cola.
- PROFESOR: Coca Cola y agua.
- MARLENE: El mío, con Seven Up.
- EL BAGRE: Para mí, con soda.
- MARLENE: (*Mirando por la puerta de la calle*) ¡Qué fastidio!
- PROFESOR: (*A Selva María*) ¿Usted estudió?
- SELVA MARÍA: Cuando chiquita.
- PROFESOR: La primaria.
- SELVA MARÍA: No completa.
- PROFESOR: ¿Por qué no subimos a su cuarto y mandamos a que nos lleven el servicio allá?
- SELVA MARÍA: Más tarde. ¿No le importa? Quiero tomar primero.
- PROFESOR: Como usted quiera.
- MARLENE: Profesor, ¿no vio el cuadro nuevo que tenemos?

- LA ARGENTINA: Te dije que no los molestes.
- PROFESOR: No es molestia. ¿Cuál?
- MARLENE: Ese. (*Enseña la reproducción de La Gioconda*)
- JACINTO: Leonardo da Vinci.
- MARLENE: La mona... ¿qué?
- PROFESOR: La Monalisa. Es un hombre.
- MARLENE: ¡Estás loco! ¡Cómo va a ser un hombre!
- JACINTO: ¡Qué vas a saber tú!
- MARLENE: Profesor, ¿oye lo que dice Jacinto? ¡Que esa mujer es un hombre!
- JACINTO: Es un adolescente.
- MARLENE: Es una mujer.
- PROFESOR: Hay quien asegura que no es una mujer, sino uno de los discípulos preferidos de Leonardo.
- JACINTO: ¿Te das cuenta? Uno de sus discípulos preferidos.
- Profesor: Pero nunca se ha podido comprobar con exactitud.
- MARLENE: ¿Lo ves? El profesor dice que no hay pruebas.
- EL BAGRE: Queda el misterio de la duda. No solo la ciencia, también el arte, como la vida misma, está encerrada en un gran laberinto de incertidumbres. ¡Cuántos libros escritos, cuántos descubrimientos, y nadie está seguro de que lo que descubrió es una verdad absoluta! ¡Nadie convence totalmente! Convence a un grupo, pero solo a un grupo...
- PROFESOR: Si la gente estudiara todo sería distinto.
- EL BAGRE: Sería lo mismo, profesor. Conozco mucha gente instruida, y no sé cuál es la peor. ¿Sabe cuál es la solución? Huir de este mundo... viajar... dominar el espacio...

- PROFESOR: No estoy muy seguro.
- EL BAGRE: Si es bueno tener la mente en las alturas, cómo no lo va a ser tener el cuerpo... El solo hecho de dejar de pisar la tierra sería una gran cosa...
- MARLENE: Voy a poner un disquito. (*A La Argentina*) Dame una moneda.
- LA ARGENTINA: La Garza no quiere que tomemos de la caja.
- MARLENE: Te lo pago ahora. (*La Argentina le da una moneda. Marlene marca un disco y suena una música bullanguera. Entra Muñeco*) ¡Muñeco, mi amor, que bueno que llegaste! La música te trajo. ¿Qué te habías hecho?
- MUÑECO: Saludos para todos. (*A Marlene*) Estaba en el interior.
- MARLENE: Mentiroso. Vas a otros lugares ahora. Nos tienes abandonadas. Ya me lo contaron. ¿Bailamos? (*Bailan*) ¿Invitas?
- MUÑECO: Poco a poco.
- PROFESOR: (*A Selva María*) ¿Y le gustaba estudiar?
- SELVA MARÍA: Unas cosas me gustaban... otras no...
- PROFESOR: ¿Cuáles le gustaban?
- SELVA MARÍA: Manualidades. (*Se sirve con frecuencia de la botella que Ganzúa ha traído a la mesa*)
- PROFESOR: No beba tan aprisa.
- SELVA MARÍA: Tengo motivos.
- PROFESOR: ¿Cuáles?
- SELVA MARÍA: Tengo ganas de beber.
- PROFESOR: ¿Por qué?
- SELVA MARÍA: Tengo ganas.
- PROFESOR: Pero algo le pasa.
- SELVA MARÍA: Usted tiene ganas siempre. Porque una noche yo...
- PROFESOR: Usted es calladita. No le gusta hablar.

- SELVA MARÍA: ¿A usted le gusta que le hablen?
- PROFESOR: Depende. A veces prefiero hablar yo. Otras, escuchar.
- SELVA MARÍA: ¿Y esta noche?
- PROFESOR: Me da lo mismo.
- SELVA MARÍA: Usted me dice. Si quiere le hablo.
- PROFESOR: Ahora vemos. Los tragos nos irán diciendo.
- MARLENE: (A Muñeco, todavía bailando) ¿Sabes desde cuándo no te veía? Desde la vez aquella que le peleaste con Morrocóy ¿Ya no es amigo tuyo?
- MUÑECO: Ya no.
- MARLENE: ¿Y eso?
- MUÑECO: Las amistades se terminan. Vamos a sentarnos. Vengo muy agitado. ¿Qué bebes?
- MARLENE: (Se sienta) Estoy bebiendo whisky.
- MUÑECO: Te puedo brindar una cerveza.
- MARLENE: ¡No me digas! Pide tú. Yo tengo quien me brinde. (Va a la mesa del profesor)
- MUÑECO: Un roncito, Ganzúa. (*La Argentina lo sirve y Ganzúa se lo lleva*)
- MARLENE: (Junto al profesor) ¿No le molesta, profesor, si me sirvo otro?
- SELVA MARÍA: Marlene, no abuses...
- PROFESOR: Sírvase; no se preocupe. (*Marlene se sirve*)
- LA ARGENTINA: (Desde el mostrador, a Muñeco) ¿No me invitas a uno, Muñeco?
- MUÑECO: No, esta noche no puedo.
- LA ARGENTINA: Tú mandas.
- MUÑECO: Más tarde veremos.
- MARLENE: (Regresa a Muñeco) ¿Y qué pasó con Morrocóy? ¡Tan simpático que se veía! ¡Con esos dientotes!

- MUÑECO: No se puede creer en nadie.
- MARLENE: Así es. ¿Qué te hizo?
- MUÑECO: Mejor no teuento.
- MARLENE: Pues yo creía que era buena gente.
- MUÑECO: Eso creía yo también.
- PROFESOR: (*A Selva María*) Con la gente que uno quiere es más difícil... Por eso uno termina confesándose con desconocidos... Para mí ustedes son desconocidas, pero poco a poco han terminado por convertirse en mi familia... Las siento parte de mí... ¿Sabe por qué? ¡Vivir! Se trata de vivir por encima de todo... Me enmaraño con el aguardiente; pero, al mismo tiempo, me clarifico... ¿Por qué no prueba?
- SELVA MARÍA: ¿Y qué voy a decirle?
- PROFESOR: Eso que le pasa.
- SELVA MARÍA: Como si uno no pudiera más.
- PROFESOR: ¿Más qué? (*Pausa. Un poco fuerte*) ¿Más qué?
- SELVA MARÍA: No sé, no sé.

(*Entra JUAN, transformado. Con traje, corbata, pelo engominado. Las Mujeres, GANZÚA, EL BAGRE y JACINTO se vuelven a mirarlo. SELVA MARÍA se toma de un trago el resto del vaso y se sirve de nuevo*)

- MARLENE: ¡Quién lo hubiera dicho! ¡Lo que es tener suerte!
- LA ARGENTINA: (*Gozosa*) ¡Y otras cosas!
- JACINTO: (*Refiriéndose al traje*) Te queda un poco grande.
- EL BAGRE: ¿Y La Garza no baja?
- LA ARGENTINA: ¡Debe estar exhausta!
- JUAN: (*A La Argentina*) Sírveme un anís.
- LA ARGENTINA: ¿Lo tuyos es anís?

- JUAN: Esta noche. (*Se acerca a Muñeco*) Su cédula. (*Marlene y La Argentina se miran*)
- PROFESOR: (A *Selva María*, que se levanta inconscientemente) Siéntese.
- MUÑECO: (*A Juan*) Identifícate.
- JUAN: Tú cédula.
- MUÑECO: (*A Marlene*) ¿Y esto? (*Marlene no contesta. Muñeco busca entre sus papeles. Juan se vuelve a mirar a La Argentina. Esta niega con la cabeza. Muñeco le muestra la cédula a Juan*) ¿Te gusta mi cara? ¿La ves? Igualita. ¿Y la fecha? Legal, está legal.
- LA GARZA: (*Ha entrado*) Cuando los viejos clientes desaparecen y vuelven no se sabe si son los mismos.
- MUÑECO: ¡Garza, había preguntado por ti!
- MARLENE: Mentira.
- MUÑECO: (*A La Garza*) Te juro que había preguntado.
- SELVA MARÍA: (*Se levanta, muy embriagada*) Voy a casarme con el profesor. (*Carcajada de La Argentina*)
- LA GARZA: ¿Qué le pasa a esta?
- SELVA MARÍA: Acaba de proponerme matrimonio. ¿No es verdad, profesor?
- MARLENE: El Profesor es casado.
- SELVA MARÍA: Pero quiere tener dos MUJERES. Y yo voy a ser una de ellas.
- LA ARGENTINA: (*Divertida*) ¡Eso es verdad, profe?
- SELVA MARÍA: Voy a aprender gramática.
- LA GARZA: (*Al profesor*) ¿Por qué no se van al cuarto?
- PROFESOR: Ella no quiere.
- LA GARZA: ¿Cómo que no quiere?
- PROFESOR: Todavía.

- LA GARZA: ¡Selva María!
- PROFESOR: No la regarñe. Ella va a ir. (*A Selva María*) Verdad que vamos a ir?
- SELVA MARÍA: Y vamos a casarnos. Le van a sacar el corazón y me lo van a meter adentro... a la fuerza. Y a mí me van a sacar el corazón también, y a él le van a hacer un agujerito y se lo van a meter por ahí para adentro. Adentro es oscuro... pero adentro vive...
- LA ARGENTINA: ¿Y cuándo va a ser la boda?
- SELVA MARÍA: Ahora mismo. (*Jacinto toca en el piano la Marcha nupcial. Marlene se acerca al profesor y lo levanta*)
- MARLENE: Vamos a casarlos. Bagre, tú eres el cura.
- LA ARGENTINA: Ganzúa es el monaguillo.
- MARLENE: (*Toma a Selva María y la junta con el profesor en medio de la escena*) Muñeco, tú y yo somos los padrinos. Un testigo, ¿no hay un testigo?
- SELVA MARÍA: (*Señala a Juan*) Él es el testigo. (*Llora*) Pero te tienes que poner la camisa que te regalé. Era para que te la estrenaras esta noche. Ese traje no es tuyo. ¿No ves que te queda grande? Es de Dimas.
- LA GARZA: Bueno, basta. (*A Selva María y el profesor*) Váyanse al cuarto. Llévela, profesor.
- MARLENE: Vamos todos al cuarto y los acostamos y vemos. Es una boda pública.
- JUAN: No sabe beber. No debían dejarla beber. Garza.
- LA GARZA: Nunca antes lo había hecho.
- SELVA MARÍA: (*Se lanza sobre Juan y trata de pegarle*) Sí se beber... Es lo primero que aprendí...
- LA GARZA: Pon el orden, Juan. (*Juan logra dominarla*)
- PROFESOR: Esa muchacha tiene...

- LA GARZA: Adentro, al cuarto, Juan.
- SELVA MARÍA: Tú no vas a llevarme. El profesor, que me lleve el profesor.
- LA GARZA: Llévela, profesor.
- LA ARGENTINA: Que no tome más.
- SELVA MARÍA: ¡Ahora es cuando voy a tomar...!
- MARLENE: Tómela en sus brazos, profe. Como tomó a su primera mujer. Vamos, cárguela, cárguela.
- LA ARGENTINA: No puede.
- MARLENE: Claro que puede. (*A Selva María*) Mi amor, ¿verdad que tú quieras que el profesor te cargue? Ayúdame, Jacinto.

(Entre MARLENE y JACINTO la cargan y se la ponen al profesor en los brazos.
Risas)

- SELVA MARÍA: (*Trata de reír*) ¡Ay que risa, que risa! Si mamá me viera... No me vaya a soltar... Yo sé que usted tiene fuerza...
- PROFESOR: (*Entrando en el juego*) Pero quédese tranquila. Póngase serena. No patalee. Desmáyese de emoción. (*Salen cargándola al cuarto*)
- MARLENE: (*Carcajeándose*) La marcha, Jacinto. (*Jacinto toca en el piano*)
- EL BAGRE: Pero silencio... ¡Estas cosas hay que pensarlas en silencio.

(*El PROFESOR, con SELVA MANA cargada, camina lentamente hacia las habitaciones. Ríen y aplauden*)

- LA GARZA: (*A Juan*) ¿Qué estás tomando?

- JUAN: Anís.
- LA GARZA: Otro para mí, Argentina.
- LA ARGENTINA: ¿Purito como el de Juan?
- LA GARZA: Con soda. Purito es muy dulce. (*A Muñeco*) ¿Y entonces? Estabas perdido.
- MUÑECO: Trabajando.
- LA GARZA: La paciencia.
- MUÑECO: No en serio. Pero ya no hay problemas. Me botaron.
- MARLENE: Cuando está sin dinero se presenta...
- LA GARZA: Gastas la plata en otros lugares.
- MUÑECO: Donde no me piden los papeles.
- LA GARZA: Ah (*A Juan*) Este es viejo amigo, de los que inauguraron El Pez que Fuma.
- MUÑECO: ¿Y Dimas? Me habían dicho que Dimas...
- MARLENE: Le dieron su pasaporte.
- JACINTO: Hoy se han celebrado dos bodas.
- MUÑECO: ¡Ah, sí!
- JUAN: ¿Y esta botella? Llévaselas al cuarto, Ganzúa.
- LA GARZA: No; mejor no. Mejor que Selva María no siga tomando.

(*Entra el PROFESOR. Se acerca a la mesa y toma la botella y vaso*)

- LA ARGENTINA: ¿Cómo va la boda, profesor?
- LA GARZA: No me le de más a la muchacha.
- PROFESOR: Es para mí. No se preocupe. Está en buenas manos.
- JACINTO: Buenas manos. A cualquier cosa llaman buenas manos.
- MARLENE: ¿Se las viste? Arrugaditas. Todo lo debe tener arrugadito.
- JUAN: (*A La Argentina*) Otro anís. (*Se sienta. La Argentina se*

lo sirve y se lo envía con Ganzúa) ¿Hace cuánto tiempo no hacen propaganda?

LA GARZA:

(Se sienta en la misma mesa) ¿Propaganda?

JUAN:

Estamos en el mundo de la publicidad. Para vender algo no hay nada como la publicidad.

EL BAGRE:

¿Y qué publicidad mejor que miles de siglos comprobando que el producto es bueno? ¡Desde Adán y Eva!

JUAN:

A pesar de eso... Se puede hacer unas tarjetitas en colores con el nombre y la dirección...

LA GARZA:

Juan está lleno de ideas. Creo que hemos encontrado a alguien valioso, que puede ayudarnos realmente...

JUAN:

Podemos reformar todo esto.

MARLENE:

Reformar ¿qué?

JUAN:

La decoración... hasta los trajes de ustedes.

MARLENE:

¿No te gustan nuestros trajes?

LA ARGENTINA:

¿Para qué trajes? ¿No trabajamos desnudas?

JUAN:

Los preliminares son muy importantes. Al hombre le gusta que las cosas estén adornadas.

LA GARZA:

Es difícil encontrar alguien tan joven con la iniciativa de Juan. *(A las demás)* ¿No es cierto?

LA ARGENTINA:

(Burlona) ¿Ahora lo llaman iniciativa?

LA GARZA:

¡Ten cuidado, Argentina! ¡Respetá! *(refiriéndose a Ganzúa)* ¡Y mándame otro trago con el motorizado!

(Ha entrado ROBÍN. Se queda cerca de la puerta de calle y hace señas a MARLENE, quien se le ha acercado)

ROBÍN:

Ya está.

MARLENE:

Ya está ¿qué?

ROBÍN:

La plata. La traigo.

- MARLENE: ¿Completa?
- ROBÍN: Sí, completa.
- MARLENE: No puedo creerlo. Enseña.
- ROBÍN: (*Saca de sus bolsillos muchas monedas y las pone sobre una mesa*) Mira.
- MARLENE: ¿Cuánto hay ahí?
- ROBÍN: Faltan tres cincuenta para los cuarenta bolívares.
- MARLENE: Ah, no; tienen que ser cuarenta. Además, ahí no hay cuarenta bolos.
- ROBÍN: Sí; cuenta.
- MARLENE: No me voy a poner a contar ese sencillero ahora.
- ROBÍN: Vamos, Marlene. Mañana te pago lo que falta.
- MARLENE: No; así no sirve. ¿No me vas a brindar un trago antes... ni nada?
- ROBÍN: No me hablaste de eso. Me dijiste cuarenta. Eso me dijiste.
- MARLENE: Pero ahí no hay cuarenta.
- ROBÍN: Falta muy poco. Mañana te lo pago. Te lo juro.
- MARLENE: Yo quiero, Robín, pero a La Garza no le gusta... Así no sirve. Vuelve más tarde. Ve y consíguelos. Pídese-los a Batman.
- ROBÍN: No, a él no.
- MARLENE: ¿Por qué no?
- ROBÍN: Me le escapé escondido.
- MARLENE: Ah, no; mucho lío. Mejor lo dejamos así. Yo estoy con aquél. (*Señala a Muñeco*)
- ROBÍN: No seas así...
- MARLENE: No me queda más remedio. Tengo que ser así. (*Lo deja y va a la mesa de Muñeco*)
- ROBÍN: Mira... (*Pero Marlene no se vuelve. El muchacho recoge el*

dinero y trata de llamar la atención de Marlene o de acercarse a su mesa, pero no se atreve. Camina hacia la puerta para marcharse, mas se decide y se queda un momento, cerca de la puerta, esperando a ver si la mujer lo mira

LA ARGENTINA:
(*Hablando con Ganzúa*) Estaba muy chiquita y no me acuerdo bien. Sentí placer, claro. Pero todo fue como un sueño. Pensaba que con eso empezaba todo...; hoy pienso que todo termina... para volver a empezar, claro... Uno lleva la vida por un camino... pero la vida coge por otro... y uno tiene que seguir a ella...

EL BAGRE:
(*Continúa hablando con Muñeco y Marlene*) Son como unas pequeñas exhalaciones... Casi nadie mira hacia arriba... y si mira es por un instante... Vuelve a bajar los ojos y se olvida de un mundo maravilloso que existe en el espacio... Se trata de conquistar ese mundo. Si todos los hombres nos uniéramos...

MARLENE:
¡El Bagre y sus cosas! ¿Me brindas ahora un traguito, Muñeco? Aunque sea de ron.

MUÑECO:
(*Aplaudie*) Dos roncitos, Ganzúa.

EL BAGRE:
Tres... Puedo seguirte contando.

MUÑECO:
(*A El Bagre*) Te brindo una cerveza. Pero vete a otra mesa a tomártela.

EL BAGRE:
(*A Muñeco*) Como quieras. (*A La Argentina*) Y una cerveza para mi. Muñeco paga. (*La Argentina sirve la orden y la envía con Ganzúa*)

LA GARZA:
Esta mañana no te conocía, Juan, y esta noche estoy llena de esperanzas.

JUAN:
Me porté bien, ¿verdad?

LA GARZA:
No solo eso. No te creas. Uno se hace una caparazón dura; pero, en el fondo, una quisiera superarse.

Encontrar una persona que compartiera con uno penas y alegrías, que se preocupara de nuestras cosas con el mismo interés con que uno se preocupa. Es difícil. Lo sé. Por lo general, cada persona no piensa sino en sí misma. Pero, dime, ¿no sería bella esa comunión? El amor es como una comunión. ¿Sabes por qué lo llamo comunión? Cuando estaba chiquita creía mucho en Dios. En Dios y en la Virgen. Yo tenía un novio. Un muchacho que era soldado. Los domingos le daban pernocta y él venía a buscarme... y salíamos a pasear... a comer dulces, a escuchar la retreta. Cuando había con qué, íbamos al cine; allí hacíamos nuestras cositas a medias, en la oscuridad... Si no, nos íbamos calle arriba, cerca de mi casa... un monte abandonado... y nos besábamos y esas cosas... Por la noche me llevaba hasta la puerta de mi casa, y cuando me acostaba, no dejaba de pensar en él... lo cuidaba con mis pensamientos... Que no le pase nada malo. ¡Que salga bien en los exámenes! ¡Que los superiores no le cojan rabia! ¡Que no me lo castiguen! Yo pensaba casarme con él... en serio... por eso, aunque hacíamos nuestras cositas fines de semana, yo comulgaba sin confesarme, porque yo pensaba que no había pecado... Yo lo quería... Para mí no era un pecado... ¿Cómo iba a ser un pecado...?

(Entra DIMAS por la puerta de la calle. Se dirige directamente a MUÑECO)

DIMAS: Tu cédula.

LA GARZA: *(Se levanta)* Vete.

- DIMAS: Tú sabes que no voy a irme.
- LA GARZA: (*A Juan*) Encárgate de él. Demuestra ahora. (*Juan se levanta*)
- DIMAS: (*Decidido se le aproxima un tanto*) Te quedan grandes mis trajes. (*Expectación general. Juan avanza un tanto hacia Dimas*) También te queda grande esta mujer.
- JUAN: Te dijeron que no volvieras.
- DIMAS: Pero aquí estoy. Sácame si puedes. (*Saca una navaja*)
- MARLENE: (*Grita*) Tiene una navaja, Garza. (*Robín sale corriendo*)
- LA GARZA: Guarda eso.
- DIMAS: ¿Cómo es la cosa? ¿Eres tú o este quien se va a encargar de mí?
- JUAN: Yo.
- DIMAS: Acércate, pues.

(*JUAN trata de acercarse, pero DIMAS adelanta su brazo con intención de clavarle la navaja y JUAN tiene que retroceder. Gritos de MARLENE y LA ARGENTINA*)

- EL BAGRE: (*A Dimas*) Dimas, sé razonable.
- JUAN: Nadie se meta. Este asunto es mío. (*Pausa*) Dimas: ¿A qué no vienes? Acércate.
- MARLENE: Lo va a matar. Llama un policía, Garza.
- LA GARZA: ¡Qué lo va a matar! (*Se acerca a Dimas*) ¡A quién vas a matar tú? Eres un cobarde, un perezoso. No eres un hombre... ¿Sabes quién es un hombre? Este. (*Se refiere a Juan*) Y Tobías también era un hombre. ¡Pero tú! (*Dimas le clava la navaja. Alarido de La Garza. Gritos de Marlene y La Argentina. La Garza cae muerta. Dimas corre fuera de escena*).
- MARLENE: ¡Un policía! ¡Un policía!

MUÑECO: ¡Mejor me voy de aquí! (*Huye*)
GANZÚA: (*Que se ha acercado a La Garza tendida*) ¡Está muerta!
EL BAGRE: ¡Un médico!
LA ARGENTINA: (*Que se ha acercado*) ¡Está muerta!
JUAN: ¡Quietos todos! ¡Nadie se mueva! ¡Yo me encargo de esto!

Oscuro

Escena VI: 3 am.

El ataúd en escena, con cuatro cirios encendidos. SELVA MARÍA es la única que se ha vestido de negro. LA ARGENTINA y MARLENE, con sus mismos trajes, cerca de la caja mortuoria. EL PROFESOR discute con JUAN, mientras GANZÚA atisba por la pequeña puertita inferior que da a la calle.

PROFESOR: (*A Juan*) Déjeme ir. Tiene que dejarme ir.
JUAN: De aquí no sale nadie. Ya lo dije.
PROFESOR: De todas maneras, esto se va a saber.
JUAN: Pero mañana...
PROFESOR: ¿Qué diferencia hay?
JUAN: Yo no entiendo.
PROFESOR: Los que corrieron deben haber pregonado la noticia.
JUAN: ¡Ay de ellos! El Bagre y Jacinto los están buscando.
¡Ay de ellos si hablaron!
PROFESOR: El hombre de la funeraria.
JUAN: Ese no habla. Yo sé que no habla.
PROFESOR: Yo me voy. (*Corre hacia la puerta*)

- JUAN: ¡Ganzúa! (*Ganzúa lo abraza por las piernas. El profesor cae. Juan lo toma por la solapa al profesor*) Yo sé que todos vamos a ir presos. Y usted va a ir con nosotros. Va a declarar también.
- PROFESOR: Yo no vi nada.
- JUAN: Pues dirá que no vio nada. Pero declarará.
- PROFESOR: Yo estaba en el cuarto.
- JUAN: Pues dirá que estaba en el cuarto.
- PROFESOR: No; no puedo decir eso. Mi mujer, la escuela, mi familia, los padres de los alumnos. Será una vergüenza...
- JUAN: ¿Por qué viene a divertirse a costa de nosotros si somos una vergüenza?
- SELVA MARÍA: Déjalo ir, Juan.
- PROFESOR: (*Llorando*) Déjeme ir.
- LA ARGENTINA: Déjalo ir.
- JUAN: ¡No! (*Sienta al profesor en una silla*) Usted se queda ahí. (*A los demás*) ¿Qué dijo el jefe? Que yo estaba haciendo bien las cosas. Esto va a saberse. Claro. Se sabe ya. Pero corre como un rumor en silencio, de bar en bar, de burdel en burdel. A Dimas lo van a agarrar esta misma noche, y no la policía. Lo va a agarrar nuestra gente. ¿Qué dijo el jefe? Que va a traer a Tobías aquí. ¿Saben lo que eso significa? El jefe le consigue un permiso, o lo saca a escondidas, y lo trae para que vea a La Garza... Es cosa de un momento, pero ¡qué momento! Después saldremos en los periódicos: el cadáver; nosotros; usted, profesor...
- PROFESOR: Yo no... yo no...
- JUAN: Está muy borracho, además, para llegar así a su casa.

- PROFESOR: Quiero llegar borracho, como si esto hubiera sido un sueño.
- JUAN: Pero no es un sueño.
- SELVA MARÍA: ¡Ay, La Garza! ¡No es posible! ¡Esto no ha pasado! ¡No puede haber sucedido! ¡Ay, La Garza! ¡Pero si estaba viva! ¡Me estaba regañando!
- LA ARGENTINA: (Se contagia del llanto de Selva María) ¡Tan contenta que había estado todo el día! ¡Mandó a comprar helados! Peleamos esta mañana, pero ella no lo hacía por mal. ¡Ella era así! ¡Era por el negocio!
- MARLENE: ¡No se pongan a llorar!
- SELVA MARÍA: ¡No puedo, no puedo!
- MARLENE: ¡No se pongan a llorar! ¡Ay, Dios mío, Dios mío!
- GANZÚA: (Viendo por la puertita) Viene.
- JUAN: ¿Quién?
- GANZÚA: El Bagre.
- JUAN: ¿Solo?
- GANZÚA: Solo.

(Entra EL BAGRE, agachándose y entrando por la puertita)

- JUAN: ¿Y?
- EL BAGRE: Nada.
- JUAN: ¿El tal Muñeco?
- EL BAGRE: Por ninguna parte.
- JUAN: ¿Y el muchacho, Robín?
- EL BAGRE: Tampoco.
- JUAN: ¿Y Dimas?
- EL BAGRE: Ni rastro.
- JUAN: ¿A dónde fuiste?

- EL BAGRE: A todas partes. No hubo sitio donde no entrara.
- JUAN: ¿Y lo saben?
- EL BAGRE: Creo que lo saben.
- JUAN: ¿Por qué?
- EL BAGRE: La manera como me miraron.
- JUAN: ¿Qué te dijeron?
- EL BAGRE: Nada, la orden era silencio. Sabrán que Tobías va a venir y que deben callar.
- GANZÚA: (*Viendo por la pequeña puerta apenas entreabierta*) Viene.
- JUAN: ¿Tobías?
- GANZÚA: Jacinto.
- JUAN: Ábrele apenas. Y vuelve a cerrar.

(*Entra JACINTO, agitado. Parece haber corrido*)

- JUAN: ¿Qué pasó?
- JACINTO: Vi a Muñeco.
- JUAN: ¿Dónde?
- JACINTO: En El Canario.
- JUAN: ¿No estaba Dimas?
- JACINTO: En ninguna parte.
- JUAN: ¿No lo tiene escondido La Colombiana?
- Jacinto: No.
- JUAN: ¿Cómo lo sabes?
- JACINTO: Fui. Averigüé.
- JUAN: ¿Y qué de Muñeco?
- JACINTO: Me dijo: «Yo no vi nada. Yo no sé nada».
- JUAN: ¿Por qué no te lo trajiste?
- JACINTO: No quiso.

JUAN: A la fuerza.
JACINTO: ¿Yo? ¿Cómo?
JUAN: Pero, ¿entonces?
JACINTO: Me dijo: «Me voy al interior. No se preocupen de mí».
EL BAGRE: Ese se va. Podemos confiar en Muñeco.
JUAN: No se puede confiar en nadie. (*A Jacinto*) ¿Y Robín?
JACINTO: Por ninguna parte.

(*Tocan a la puerta*)

JUAN: ¿Quién es? (*A Ganzúa, que había dejado de mirar por la puerta*) Te dije que no quitaras los ojos de la calle.
(*Tocan*) ¿Quién es? (*Ganzúa mira en el momento que se oye la voz de Batman*)
BATMAN: ¿Es cierto? ¡Abran! ¿Es cierto?
JUAN: (*A Ganzúa*) Abre, imbécil.

(*GANZÚA abre y entra agachado, como todos, BATMAN*)

BATMAN: ¿Es cierto? ¿Cómo pudo ser?
JUAN: (*Se le acerca*) ¿Quién te lo dijo?
GANZÚA: Ese fue Robín.
BATMAN: (*Acercándose al ataúd*) No fue Robín. Anda perdido.
No lo he visto. Se desapareció.
JUAN: ¿Quién fue?
BATMAN: Y es verdad. Al principio pensé que era un chiste o un chisme. O un chiste chisme o un chisme chiste. Pero es verdad. ¿Cómo fue?
JUAN: ¿Cómo lo supiste?

- BATMAN: Todo el mundo lo sabe.
- JUAN: ¿Quién es todo el mundo?
- PROFESOR: Déjenme salir de aquí. Todo el mundo lo sabe. Yo quiero irme.
- JUAN: Quédese quieto, profesor, si no quiere pasarla mal. (*A Batman*) ¿Quién es todo el mundo?
- BATMAN: Pero, ¿tú crees que estas cosas pueden callarse?
- JUAN: ¿Quién fue?
- BATMAN: No hay quien no lo sepa. Pero no lo dicen en alta voz. Parece que hay peligro. O orden de callar. Y cuando hay orden de callar se murmura en los urinarios, en las puertas, en las esquinas, en el humo del cigarrillo...
- ARGENTINA: ¿Te acuerdas, Batman, que esta misma tarde te compró ese cuadro para tapar el moho de esa pared?
- BATMAN: Y me lo pagó. Al contado. Parece dormida.
- MARLENE: Es verdad. No parece muerta. Hace rato la vi espabilarr.
- LA ARGENTINA: No puede ser.
- SELVA MARÍA: ¡Ay, Dios mío!
- MARLENE: Sí, como si espabilara.
- EL BAGRE: Los muertos sufren de contracciones. Eso es natural.
- BATMAN: Yo me voy. Dejé mi mercancía en...
- JUAN: No te puedes ir.
- BATMAN: ¿Por qué?
- JUAN: Nadie puede salir de aquí. (*A Batman*) Va a venir Tobías.
- BATMAN: ¿Tobías? ¿Lo soltaron
- JUAN: El jefe fue a buscarlo. Los que están de guardia esta noche en la cárcel son amigos. Van a traer a Tobías para que vea por última vez a La Garza, y se lo vuelven a llevar.

BATMAN: Yo quiero verlo

JUAN: Aunque no quisieras. De aquí no te puedes mover

(Ruidos afuera. GANZÚA mira rápido por la puertecita)

GANZÚA: Aquí está.

JUAN: (Excitado) Abre. (A Ganzúa) No, imbécil. La puerta grande. Tobías entra por la puerta grande. (Ganzúa obedece. Entra Tobías con dos hombres de anteojos oscuros. Ganzúa y El Bagre cierran las puertas, mientras las Mujeres tratan de acercarse a Tobías)

LA ARGENTINA: ¡Tobías...!

MARLENE: ¿Qué podemos hacer, Tobías?

TOBÍAS: (Gesticula y las hace detenerse y callar) Vine... vine para jurar... jurar delante... por lo menos jurar... eso queda... (Evidentemente es un drogómano) Ni un movimiento, que todo comienza por el silencio... el baullo comienza por el silencio...

JUAN: Yo lo dije.

TOBÍAS: ¿Quién eres...? (Pausa) ¿Quién eres?

JUAN: Estaba en la cárcel. Me llamo Juan, en la celda de al lado, nunca pude verte... Pero te oía. Siempre quise conocerte. Nunca pude lograrlo. Pero sé quién eres...

TOBÍAS: Quien eres...

JUAN: Juan te digo. El Mocho te habló de mí.

TOBÍAS: Quien eres no lo sabes. ¿Yo sé quién soy acaso? Y ahora... ¿La Garza sabe quién es? Hay que despertar y mirar bien alrededor, con los ojos bien abiertos... Cuando te están engañando tú respondes por los engaños... por nada más... ¿Por qué nos vamos a hacer los buenos?

Pagamos con la sangre... La sangre... por todo el cuerpo... corre desenfrenada... puede enceguecernos... pero si deja de correr... estamos muertos...

SELVA MARÍA:

(*Gime*) ¡Ay, Dios mío!

TOBÍAS:

Feliz tú que tienes lágrimas. Me duele más que a ti, pero yo no tengo... miren... no corre nada... ¡Bah! Las lágrimas son agua... dolor terrible la piedra en el pecho... ahoga y no sale nada... no se te mueve ni un músculo... un dolor terrible... pero nada de lágrimas... puedo golpear algo... golpear sí... (*Da unos puñetazos sobre el mostrador*) Y si Dimas estuviera podría golpear sobre su cara... añicos, pelos, dientes, nariz, boca, orejas, añicos... lo que ha hecho... Va a llegar... sé que va a llegar... Y le dije al jefe eso... déjame a Dimas en la misma celda... que esta noche lo agarran por ahí... estoy seguro que esta noche... y me lo llevan a la misma celda... ¿Llorar para qué?, cuando lo necesario es destruir...

LA ARGENTINA:

(*Se lava las manos con un poco de ron*) Yo la vestí.

TOBÍAS:

Allá dentro hay un calor... como en mi casa... hablo de casa mamá... hogar... esa palabra bella... dentro es parecido... con los amigos que uno se hace... la familia dentro de cuatro paredes... el sol entra por el rayito de la ventana... y uno comparte... con los mismos dientes, la misma piel... es una gran familia... y uno piensa en la familia de acá afuera... ustedes... ¿qué decías, Argentina?

LA ARGENTINA:

(*Se le abraza*) Es terrible, Tobías.

TOBÍAS:

Suéltame... no me abraces tanto... hace daño... un charco de sentimientos... El hombre está hecho para

pensar... pensar es lo primero... ¿Tú piensas, Marlene?

MARLENE: Te necesitamos.

JUAN: Tobías, mientras sales, yo me encargo de esto. Sé lo que hay que hacer...

TOBÍAS: Allá adentro hay que hacer... Dimas, en mi celda... y yo golpeo... yo golpeo hasta el fin... para que él pruebe también cómo es esto... (*Toca la urna. Mira un rato a los ojos de La Garza*) Los ojitos... como chicharritas... me miraba con sus pestañas... ahora mira para adentro... ¿Cómo es para adentro? Canta, Argentina...

LA ARGENTINA: No puedo... no...

TOBÍAS: Sus ojos se cerraron, Argentina.

LA ARGENTINA: Sí, se cerraron.

TOBÍAS: Pero con música, Argentina. Los golpes con música. Es algo en el aire... Me tranquiliza la piedra... La música como una mano suave en la piedra del pecho... es así... (*A Jacinto*) Vamos, Jacinta... Jacinta... esas manos... (*Ríe*) siempre me hicieron gracia... (*Trágico*), pero pueden hacer llorar... (*Jacinto se sienta al piano y La Argentina canta el tango Sus ojos se cerraron*)

LA ARGENTINA: Sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando. Su boca que era mía ya no me besa más. Se apagaron los ecos de su reír sonoro y es cruel este silencio que me hace tanto mal. Fue mía la piadosa dulzura de sus manos que dieron a mis ansias...

JACINTO: (*Le corrige*) ...a mis penas...

LA ARGENTINA: (*Sigue*) ...a mis ansias caricias de bondad. Y ahora que la evoco hundido en mi quebranto, las lágrimas trenzadas se niegan a brotar

- JACINTO: ¿Por qué sus alas tan cruel quemó la vida?
 ¿Por qué esa mueca siniestra de la muerte?
- LA ARGENTINA: ...de la suerte...
 JACINTO: ...de la suerte...
- Quise abrigarla y más pudo la muerte,
 cómo me duele y se ahonda esta herida.
 Yo sé que ahora vendrán rostros extraños...
- LA ARGENTINA: ...caras extrañas...
 JACINTO: ...caras extrañas...
 con su limosna de alivio a mi tormento.
 Todo es mentira, mentira es el lamento,
 hoy está solo mi corazón...
- TOBÍAS: (*Que se ha arrodillado y ha metido la cara en las manos, se las quita cuando La Argentina canta Todo es mentira y hace señas de callar, pero esta no lo ha visto ni oído. El la interrumpe*) Allí... allí en todo es mentira... allí termina... no sigas... todo es mentira... no es necesario seguir... hay palabras definitivas... son definitivas...
 ¿Cómo está el cielo, Bagre? .
- EL BAGRE: Se está investigando.
- TOBÍAS: Tienes razón cuando las estrellas intervienen que tu dices que intervienen y tienes razón... pero no solo por el telescopio... los ojos vivos, muertos y dormidos, de la gente...
- BATMAN: ¿Te acuerdas de mí?
- TOBÍAS: (*Lo mira un rato*) Batman.
- BATMAN: Te vendí pantalones. Te vendí correas.
- TOBÍAS: Y globos. Una vez un globo.
- BATMAN: Grande.
- TOBÍAS: Grande porque yo lo inflé.

- BATMAN: Rojo.
- TOBÍAS: Y amarillo. Lleno del aire de mis pulmones. Como un examen.
- BATMAN: ¿Te van a poner en libertad?
- TOBÍAS: Ella no está en libertad. Tú no estás en libertad. Amarrados... Ella se amarró a la tierra... Tú amarrado a tus globos y a tus pantalones y a tus pantaletas y a tus correas... (*A los hombres de anteojos oscuros*) Cuando ustedes quieran...
- LA ARGENTINA: Antes de irte, ¿Qué debemos hacer?
- TOBÍAS: Enterrarla.
- LA ARGENTINA: ¿Y después?
- JUAN: (*A Tobías, siguiéndolo*) Tengo los planes preparados. El jefe me dio instrucciones. Yo me encargo de esto, Tobías. Soy de tu raza. Abre la puerta, Ganzúa. La grande.
- TOBÍAS: (*Sigue saliendo, sin ver a nadie*) Y déjenla abierta... van a traer flores todas las putas... los chulos van a traer flores... las maricas van a traer flores... los policías van a traer flores... de la cárcel... mi familia va a mandar flores... yo voy a mandar flores grandes... de esas que crecen y no se mueren nunca... porque a Dimas le voy a dar con el puño... y no habrá nariz... ni boca, ni dientes, ni pelo, ni orejas... todo flores... (*Sale hablando, seguido por los hombres de anteojos oscuros*)
- JUAN: (*Exaltado*) Dejan abierta la puerta. Son órdenes de Tobías y hay que obedecerle.

(*BATMAN y el PROFESOR aprovechan y salen*)

- JUAN: Así entra un poco de aire. Ahora vendrá el jefe. Todo se arreglará.
- LA ARGENTINA: ¡Qué se va a arreglar! Esto no lo arregla nadie. Está muerta. Tobías sabe mucho. No hay nada qué hacer.
- JUAN: Quiero la cuenta de la funeraria, pero una cuenta correcta. ¿Cuánto hay en caja, Argentina?
- LA ARGENTINA: ¿Aquí o en el cuarto de La Garza?
- JUAN: ¿Hay dinero en el cuarto de La Garza?
- LA ARGENTINA: Escondido. No le gustaban los bancos.
- JUAN: ¿Cuánto?
- LA ARGENTINA: No sé. Ni siquiera dónde lo escondió.
- JUAN: Busca. Busca hasta que encuentres. (*La Argentina no se mueve*) ¿No me has oído?

(*LA ARGENTINA sale apresurada hacia las habitaciones. SELVA MARÍA, en llanto incontenible, avanza hasta JUAN, que está en el marco de la puerta grande, y lo abraza*)

- SELVA MARÍA: El profesor descubrió... el profesor descubrió...
- JUAN: ¿Qué?
- SELVA MARÍA: Estoy en estado. (*Silencio*) Estoy en estado. (*Silencio*) Quiero irme.
- JUAN: ¿A dónde?
- SELVA MARÍA: No sé.
- JUAN: Te vas a quedar aquí. Vas a declarar. Vas a ir al entierro. Todos vamos a declarar. ¿Quién es el padre?
- JUAN: Alguno que vino. ¿Con quién estuviste?
- SELVA MARÍA: Con muchos. Pero quería estar solo contigo.
- JUAN: Necesito una que me ayude.
- SELVA MARÍA: Yo... yo...

JUAN: La Argentina es más inteligente y no está en estado.

SELVA MARÍA: Ayúdame.

JUAN: Mi misión es ayudarlas a todas. Te voy a resolver tu asunto. Pero sin gritos, sin lágrimas. Yo soy un hombre de verdad.

SELVA MARÍA: ¿Me vas a ayudar?

JUAN: Sí, sí.

SELVA MARÍA: (Se aferra más a él) ¿Vas a ayudarme... sí... sí...?

JUAN: Sí. Pero ahora vete a dormir. Estás borracha y has llorado mucho.

SELVA MARÍA: No. Yo me quedo aquí.

(ROBÍN se asoma sigiloso)

JUAN: ¿Qué buscas?

ROBÍN: Es verdad entonces que la mataron...

JUAN: ¿No lo ves? (Pausa) Batman te anda buscando.

ROBÍN: ¿Puedo hablar con Marlene?

JUAN: Pero no molestes.

ROBÍN: (Se acerca a Marlene, que está sentada triste en una silla) Ya está.

MARLENE: ¿Qué?

ROBÍN: Conseguí completo.

MARLENE: Batman te busca.

ROBÍN: Que me busque. Más de lo que me dijiste. Mira. (Saca monedas y billetes y se los enseña)

MARLENE: Pero ahora no...

ROBÍN: Cuenta. Está completo. Hay más. Te digo que hay más.

MARLENE: ¿No respetas?

ROBÍN: Cuenta.
MARLENE: Eres muy terco.
ROBÍN: Tú me dijiste...
MARLENE: Estoy cansada.
ROBÍN: Entonces no va a ser nunca.
MARLENE: Guarda el dinero y mañana.
ROBÍN: No. Ahora.

(*El Bagre se ha puesto a mirar por el telescopio. Grita de pronto*)

EL BAGRE: ¡Un platillo! ¡Ganzúa, un platillo!
GANZÚA: ¿Dónde?
EL BAGRE: Vete a la puerta. Míralo.
JUAN: ¿Qué pasa?
GANZÚA: Un platillo. ¿Tú lo ves?
JUAN: No veo nada.
EL BAGRE: Es grande, como una bola roja, de fuego. Como el de Nueva Delhi.
GANZÚA: No veo nada, Bagre.
EL BAGRE: Busca en el cielo, a la izquierda.
GANZÚA: Nada. Juan, ¿tú lo ves?
JUAN: No.
GANZÚA: Selva María, ¿lo ves?
SELVA MARÍA: No.
MARLENE: (*Que se ha acercado a la puerta con Robín*) Yo no veo nada.
EL BAGRE: Es gigantesco. Está cruzado por rayas amarillas platinadas. Corre a una velocidad increíble. Pero puede verse.
GANZÚA: Déjame ver por el lente, Bagre.

EL BAGRE: Por la puerta; mira por la puerta.

(JACINTO no muestra interés. Se queda junto al ataúd, como una máscara, hasta el final de la pieza)

LA ARGENTINA: (Entra por las habitaciones) ¿Pasa algo?

GANZÚA: Un platillo. El Bagre vio un platillo.

JUAN: (A La Argentina) ¿Conseguiste?

LA ARGENTINA: Nada. Lo revisé todo. El colchón, el escaparate.

EL BAGRE: De pronto parece que fuera a estrellarse, pero se mantiene cayendo, como si el espacio fuera infinito.

GANZÚA: Tengo que verlo, Bagre.

EL BAGRE: Míralo. Allí está.

GANZÚA: ¿Tú lo ves, Marlene?

Marlene: No.

GANZÚA: ¿Y tú, Robín?

ROBÍN: Nada.

MARLENE: (De pronto a Robín) Vente, pues, entremos.

ROBÍN: ¿A dónde?

MARLENE: Al cuarto. Vente. Es mejor salir de eso.

ROBÍN: ¿Seguro?

MARLENE: Dame la plata. Primero la contamos.

ROBÍN: Sí, como tú quieras. (Salen hacia las habitaciones)

EL BAGRE: Ahora sí... está desapareciendo... pero muy lentamente...

JUAN: Hay que seguir buscando, Argentina. Llévate a Selva María, acuéstala y sigue buscando. Y ten mucho cuidado con lo que haces.

LA ARGENTINA: Sí. Ven, Selva María.

SELVA MARÍA: Yo me quedo aquí.

- LA ARGENTINA: No.
- SELVA MARÍA: Yo me quedo aquí.
- JUAN: Te vas a acostar. Es una orden. ¿Entendido?
- SELVA MARÍA: Sí. (*La Argentina se la lleva*)
- GANZÚA: ¿Cómo es posible?
- EL BAGRE: Sí es posible. Yo lo he visto. Busca papel de carta, Ganzúa...
- GANZÚA: ¿Ahora?
- JUAN: En alguna parte está. Sigue buscando.
- EL BAGRE: Ahora; quiero describirlo exactamente como lo he visto...
- GANZÚA: ¿Cómo era?
- EL BAGRE: Grande, rojo, con llamas amarillas plateadas
- GANZÚA: ¿A qué velocidad?
- EL BAGRE: Increíble.
- GANZÚA: ¿No me mientes?
- EL BAGRE: No te miento. Y aunque no lo viste, Ganzúa, te voy a permitir que el informe lo mandemos los dos, firmado por los dos.
- GANZÚA: ¿En serio?
- EL BAGRE: En serio. Busca papel y pluma. (*Ganzúa obedece*) ¿Tú quieres firmarlo, Juan?
- JUAN: Yo no firmo nada.
- GANZÚA: (*Con papel y pluma*) Aquí está, Bagre.
- EL BAGRE: Escribe. La madrugada del lunes 10 de octubre de mil novecientos...
- GANZÚA: Pero esa no es la fecha...
- EL BAGRE: ¿Y eso qué importa? Escribe... La madrugada del lunes 10 de octubre de mil novecientos sesenta y ocho, a las tres y media, exactamente cuando el reloj marcaba las tres y treinta, sucedió que en el cielo oscu-

ro y nublado de esta triste ciudad apareció brillante,
como una bola roja, con rayas amarillas platinadas,
con la velocidad de...

*Se acerca una sirena policial que, al mismo tiempo que cubre las palabras de
EL BAGRE, hace apagar las luces y bajar el telón*

Telón final

Todo bicho de uña

Dedicatoria

Cuando estrené *Caín adolescente* en el teatro de la Casa Sindical, en 1955, me convertí de pronto en un “tipo” famoso. En mis acostumbradas correrías nocturnas por botiquines y bares, persiguiendo el amor y la vida, conocí a otro tipo famoso: Sonny León. Siempre hablamos delante de una mesa con servicio completo de ron (treinta y tres bolívares el litro con hielera y refrescos). Por lo general yo trataba de hablar de boxeo y él mencionaba a Shakespeare y a Oscar Wilde, incluso citando algunas frases que sabía de memoria. Muchas veces le dije mi interés de escribir una obra sobre el mundo del boxeo, a propósito de su vida. Y cada vez que, casualmente, nos encontrábamos en un lugar de aquéllos, sobre el estruendo de la rockola, junto a los contoneos de las mesoneras, por encima de la algarabía de los parroquianos, yo insistía en que algún día escribiría esa obra. Nunca lo hice.

Pasaron los años y la vida de Sonny terminó trágicamente dentro de las paredes del manicomio. Este hecho hizo renacer en mí la idea. Allí fui a parar con un pequeño grabador, ayudado por un amigo psiquiatra que trabajaba en ese lugar y que me permitió la entrada. “No reconoce a nadie, ni siquiera a su familia” —me dijo—. “Vamos a hacer la prueba”—dijo yo. Y la hicimos. Con la sorpresa de que a la media hora de conversación inconexa, veinte años después, de pronto, Sonny se me quedó mirando y me dijo: “¿Cómo es que te llamas tú? ¡Ah, sí!... Tú te llamas... Tú te llamas... Caín... sí, Caín adolescente... ¿No querías escribir una obra sobre mí?”. “Pues, lo voy a hacer ahora —contesté— y la vamos a grabar en este aparato. ¿Me permites enchufarlo?”. “Sí, sí...” —rió él, y comencé a grabar. Traté inútilmente de comenzar por el principio: su nacimiento, su infancia. Pero las respuestas de Sonny paseaban por sus caminos personales, enriqueciendo así mi entrevista.

La segunda vez que fui a aquel lugar, una semana después, como habíamos acordado, Sonny no estaba. Se había fugado, como tantas otras veces.

Nunca más lo vi. Hace un año, cuando empecé a gestar *Todo bicho de uña*, reapareció la imagen de un boxeador, un bar, y frases aparentemente deshilvanadas. Muchos conceptos y frases que dice «El boxeador» en esta obra, las tomé del cassette que tenía guardado. Son frases y conceptos de Sonny, a quien dedico esta pieza.

ROMÁN CHALBAUD

Todo bicho de uña (1981)

Una pieza en dos partes y trece escenas

Primera parte, en el pueblo

Esc. 1 y 2: en la casa

Esc. 3: en el barranco (el rancho)

Esc. 4: en la iglesia

Esc. 5: en las afueras del pueblo (un muro)

Esc. 6: en el calabozo

Segunda parte, en la ciudad

Esc. 7: en un mercado

Esc. 8, 10-12: en el burdel

Esc. 9: en la cárcel de la ciudad

Esc. 13: en la cueva del CIEGO

Personajes:

RODRIGO: el vengador

LA MADRE: maltratada y abandonada por el esposo, asesinada por Jairo

EL PADRE: un hombre de su tiempo, machista y sin piedad

DALILA: la sirvienta, desplaza a la madre en el hogar

VIEJA MENDIGA: amonestadora y señaladora del camino

JAIRO: ladrón y asesino

TUQUEQUE: un ratero, enseña a Rodrigo su oficio

Dos PRESOS: homosexuales que le dan a Rodrigo otras lecciones que le preparan para cumplir con su misión

EL CIEGO: alberga en su cueva a un sordomudo y a un boxeador, y luego a Rodrigo, quien sustituye a su perro muerto
EL BOXEADOR: acaba de escaparse del manicomio; un loco cuerdo
EL SORDOMUDO: delata primero a Jairo y luego a Rodrigo
NANA: una prostituta
OTROS PERSONAJES; policías, un hombre, buhoneros, dos enfermeros, vecinos, un borracho, presos

Reparto

Todo bicho de uña fue estrenada en el teatro Alberto Paz y Mateos durante el V Festival Nacional de Teatro en el mes de abril de 1982, dirigida por Enrique Porte, con escenografía de Gómez Frá y con el siguiente reparto.

Koke Corona (*Primera parte*): RODRIGO
Aroldo Betancourt (*Segunda parte*): RODRIGO
Elizabeth Quintanales: LA MADRE
Luis Rivas: EL PADRE
Carmen Alicia Mora: DALILA
Isabel Ungría: VIEJA MENDIGA
Daniel Lugo: JAIRO
Joel Escala: TUQUEQUE
Luis Rivas: PRESO 1
Sergio Pacheco: PRESO 2
Daniel Braguinsky: UN HOMBRE
Luis Rivas: EL CIEGO
Alberto Acevedo: EL BOXEADOR
Daniel Braguinsky: EL SORDOMUDO
Elizabeth Quintanales: NANA
Luis González: POLICÍA 1

Ennio Velásquez: POLICÍA 2

Sergio Pacheco: POLICÍA 3

Ennio Velásquez: BUHONERO 1

Luis González: BUHONERO 2

Joel Escala: BUHONERO 3

Primera parte

Escena I

En la casa.

La mesa del comedor está en el centro, rodeada de austeros y lujosos muebles. Sobresalen cinco originales relojes, que en ese momento señalan las siete de la noche. Un monje, un ángel, una pastorcilla, una paloma y dos trovadores, se asoman con las campanadas. DALILA, la criada, entra con una bandeja y sirve la mesa, donde están sentados EL PADRE, LA MADRE, y RODRIGO, el hijo. Finalizan las siete campanadas, también las de la iglesia del pueblo, que se oyen a lo lejos, y DALILA se retira. EL PADRE muerde un trocito de pan, mientras LA MADRE sirve la humeante sopa. LA MADRE espera que EL PADRE se lleve la primera cucharada a la boca para ella hacer otro tanto. El niño permanece inmóvil, triste, ausente

LA MADRE: ¿No vas a comer, Rodrigo? (*Pausa. Al Padre*) No quiere comer. (*Pausa*) Come, Rodrigo

(El niño obedece y comienza a tomar la sopa lentamente. Después de una pausa, La Madre se atreve a decir)

LA MADRE: Dicen que llegó un circo al pueblo. Me gustaría llevar a Rodrigo

EL PADRE: No (*Toca una campanita que está sobre la mesa*)

LA MADRE: Nunca salimos. El niño necesita diversiones

EL PADRE: No. (*Entra Dalila*) Más pan, Dalila

(*Sale Dalila*)

LA MADRE: ¿Por qué no nos llevas tú entonces?

EL PADRE: No

(*Entra DALILA con el pan y vuelve a salir. Después de una pausa, RODRIGO dice en voz muy baja*)

RODRIGO: Quiero tener una radio. (*Es como si no hubiese dicho nada. Rodrigo piensa que no ha sido escuchado, y repite con voz más alta*) Quiero tener una radio. (*El Padre toca la campanilla. Entra Dalila. El Padre hace una seña y Dalila retira los platos de sopa y sale. Rodrigo, esta vez, se atreve a decir en alta voz*). Quiero tener una radio

(*EL PADRE se levanta y comienza a quitarse la correa, con ánimo de pegarle a su hijo. LA MADRE interviene*)

LA MADRE: No, no le pegues

(*Pero es inútil. EL PADRE descarga un correazo sobre el niño, que en silencio, se recoge en sí mismo. EL PADRE se sienta, dejando la correa cerca de su mano, y dice*)

EL PADRE: ¿No hay un piano? ¿No le basta con tus canciones?

LA MADRE: Ya se las sabe todas de memoria

(*Entra DALILA con el asado y lo coloca cerca de LA MADRE, que comienza a trincharlo y a servir*)

EL PADRE: La música no sirve para nada. Sólo para perder el

tiempo. El niño lo que tiene que hacer es estudiar matemáticas

RODRIGO: No me gustan las matemáticas

(*EL PADRE descarga un correazo sobre el niño*)

LA MADRE: ¡Basta ya!

(*EL PADRE, arrebatándole el cuchillo y el asado*)

EL PADRE: Y déjame cortar el asado. Lo único que sabes es cantar... ¡Si no fuera por Dalila!

DALILA: Si usted quiere yo lo corto, señor

EL PADRE: Te lo agradezco, Dalila

(*DALILA corta el asado con notable pericia. LA MADRE comienza a llorar su humillación*)

EL PADRE: Si vas a llorar, enciérrate en tu cuarto. Quiero comer en paz. Tengo muchos problemas en el trabajo. Cuando llego a la casa lo que quiero es descansar

(*Pero el llanto de LA MADRE no cesa. RODRIGO se levanta de su asiento y se abraza a su madre. EL PADRE se levanta, se coloca lentamente la correa y sale de escena. LA MADRE deja de llorar, se seca las lágrimas. DALILA ha terminado de cortar el asado*)

RODRIGO: ¿Por qué no cantas, mamá?

LA MADRE: No, ahora no...

RODRIGO: Canta, mamá...

DALILA: ¿Van a comer o no?
LA MADRE: Retírelo todo. Y váyase
DALILA: Sí, señora
RODRIGO: Canta, mamá
LA MADRE: Está bien

(Destapa el piano y se sienta. Comienza a cantar una canción muy triste)

RODRIGO: No, ésa no, ésa no...
LA MADRE: ¿Cuál entonces?
RODRIGO: Otra, otra...

(LA MADRE comienza una nueva canción. DALILA, lentamente, retira todo de la mesa. RODRIGO escucha un poco la canción y luego dice)

RODRIGO: Esa no, ésa no...
LA MADRE: ¿Cuál entonces?
.RODRIGO: Otra, otra...

(LA MADRE comienza una nueva canción. RODRIGO escucha un rato para luego decir)

RODRIGO: Esa tampoco, ésa tampoco...
LA MADRE: ¿Cuál entonces?
RODRIGO: Tú sabes, otra, otra...

(Es como un juego establecido por la costumbre. De pronto rién en franca complicidad, y de pronto se ponen serios, cuando ella comienza otra canción, triste y romántica, como las anteriores. RODRIGO espera un rato y luego dice)

RODRIGO: Esa tampoco, ésa tampoco...
LA MADRE: ¿Esta entonces?

(Y comienza una nueva melodía, que al apenas iniciarse, es interrumpida por los gritos de RODRIGO)

RODRIGO: No, ésa no... No me gusta... No me gusta...

(LA MADRE acompaña con acordes sus preguntas)

LA MADRE: ¿Cuál te gusta? ¿Cuál te gusta?
RODRIGO: A mí me gusta una que ponen en la radio
LA MADRE: ¿Cómo es la que ponen en la radio?
RODRIGO: Una que ponen en la radio y que dice así...

(Y el niño baila y canta una salsa, que LA MADRE acompaña en el piano. DALILA, que ha terminado de recoger, los mira con desprecio y desaparece)

LA MADRE: Eso lo vas a cantar en una fiesta que vamos a dar donde va a ir todo bicho de uña

(Sin dejar de bailar y acompañado por su madre, las preguntas del niño parecen pertenecer al ritmo de salsa que interpreta)

RODRIGO: ¿El perro es un bicho de uña?
LA MADRE: El perro es un bicho de uña
RODRIGO: Entonces, el perro va a la fiesta
LA MADRE: El perro va a la fiesta
RODRIGO: ¿El gato es un bicho de uña?
LA MADRE: El gato es un bicho de uña

RODRIGO: Entonces el gato va a la fiesta
LA MADRE: El gato va a la fiesta
RODRIGO: ¿El loro es un bicho de uña?
LA MADRE: El loro es un bicho de uña
RODRIGO: Entonces el loro va a la fiesta
LA MADRE: El loro va a la fiesta.
RODRIGO: ¿El pavo es un bicho de uña?
LA MADRE: El pavo es un bicho de uña
RODRIGO: Entonces el pavo va a la fiesta
LA MADRE: El pavo va a la fiesta
RODRIGO: ¿El lobo es un bicho de uña?
LA MADRE: El lobo es un bicho de uña
RODRIGO: Entonces el lobo va a la fiesta
LA MADRE: El lobo va a la fiesta
RODRIGO: ¿El hombre es un bicho de uña?
LA MADRE: El hombre es un bicho de uña
RODRIGO: Entonces el hombre va a la fiesta
LA MADRE: El hombre va a la fiesta
RODRIGO: Entonces el perro, el gato, el loro, el pavo, el lobo y el hombre van a la fiesta
LA MADRE: (*Coreando*) Entonces el perro, el gato, el loro, el pavo, el lobo y el hombre van a la fiesta

(*La alegría desaparece cuando entra a escena EL PADRE y los fulmina con una mirada. LA MADRE se levanta del piano y se abraza a su hijo, desapareciendo hacia las habitaciones. EL PADRE se acerca al piano y cierra bruscamente su tapa. Entra DALILA, que comienza a apagar las luces de las lámparas. Cuando queda una sola encendida, y en el momento en que la criada va a apagarla, EL PADRE la toma entre sus brazos y la besa. Al comienzo ella se*

deja besar. Luego participa de la acción haciéndonos comprender que no es la primera vez. Su mano apaga la lámpara)

Oscuro

Escena II

En la casa.

Se encienden las luces y la escena está vacía. Entra RODRIGO. Está solo, fastidiado, y no encuentra qué hacer. Mira los relojes y les saca la lengua. Se dirige al piano, lo abre y golpea, sin concierto, algunas teclas. Siente pasos y, un tanto asustado, cierra la tapa del piano. Entra LA MADRE, apresurada y contenta, con un paquete que abre sigilosamente

LA MADRE: Lo conseguí... Lo conseguí...

(Y saca del bulto un radio transistor de baterías. RODRIGO, emocionado, lo mira, lo palpa)

RODRIGO: Préndelo

(LA MADRE lo enciende y la radio deja escuchar una noticia)

RODRIGO: Música... Quiero música...

(LA MADRE mueve el dial y escuchamos una radionovela)

RODRIGO: ¡Música!

(LA MADRE mueve el dial y se escucha una alegre música. RODRIGO parece enloquecer)

LA MADRE: Es para ti... Para que no estés triste... Para que toda la vida seas alegre...

(*Y lo saca a bailar. Madre e hijo bailan entusiasmados la bullanguera canción. Fuertes golpes en la puerta de la calle los hace detener. Rápidamente, LA MADRE apaga la radio. Los golpes son ahora más fuertes. LA MADRE susurra*)

LA MADRE: ¿Quién será?

RODRIGO: ¿Quieres que vaya yo?

LA MADRE: No

(*Y ella sale presintiendo algo terrible*)

(*RODRIGO se queda solo. Mira un rato hacia donde salió LA MADRE, pero no puede resistir la tentación y enciende de nuevo la radio. Empieza a escuchar diferentes estaciones como desesperado. El tropel de sonidos lo hace feliz. Entra LA MADRE con el rostro desencajado. Trae en la mano un sobre y una carta que acaba de leer. Se abraza a su hijo y apaga la radio. Pausa. La voz de un hombre se escucha fuera de escena*)

CARGADOR: ¿Podemos pasar? (Pausa. La Madre no contesta. La voz insiste) Señora... ¿Podemos pasar?

(*La Madre rápido y en susurro*)

LA MADRE: Sí, pasen... Pasen...

(*Entran varios cargadores que empiezan a llevarse los muebles de escena. Durante largo tiempo no hay palabras. RODRIGO quisiera preguntar, pero no lo hace. LA MADRE relee y relee la carta. Por fin el niño, al ver que la habitación se va quedando vacía se atreve a decir*)

RODRIGO: ¿Por qué se llevan todo?

LA MADRE: Tu padre decidió abandonarnos. Se lleva todo y se va con Dalila a la ciudad. Nos deja sin nada. (*Los cargadores terminan de llevárselo todo. Uno de ellos mira el radio y Rodrigo se apresura a tomarlo entre sus brazos y a gritar*)

RODRIGO: ¡El radio no! ¡El radio es mío! ¡El radio es mío!

(*Todos los cargadores salen y ahora la escena está vacía, con la madre y el hijo en el centro escénico. Cuando LA MADRE dice*)

LA MADRE: Tenemos que irnos de aquí. No podemos seguir pagando esta casa, tú y yo solos...

(*Las paredes desaparecen por el aire y se hace*

Oscuro

Escena III

En el barranco.

LA MADRE y RODRIGO han pasado muchas dificultades desde que tuvieron que abandonar la casa donde vivían. Están sucios y cansados, pero a pesar de esto los vemos levantar las paredes de un rancho hecho de zinc, maderas, cartones y papeles de periódicos. En eso están cuando entra a escena una vieja mendiga

VIEJA MENDIGA: No construyan aquí

(*LA MADRE y RODRIGO no dejan de trabajar*)

LA MADRE:

¿Por qué?

VIEJA MENDIGA:

La tierra de este barranco es floja, como nalga de vieja, y cuando llueve los ranchos se desmoronan como barajitas

LA MADRE:

Ya lo hicimos

VIEJA MENDIGA:

Háganme caso. Más sabe el diablo por viejo que por diablo

(Y la vieja se aleja con su lenguarada. LA MADRE y RODRIGO colocan ahora un catre, un rústico cajón que sirve de mesita, y como el sol empieza a descender, encienden una vela y se sientan cansados. RODRIGO toma el radio y lo enciende. Se escucha una ópera)

RODRIGO:

¿Qué es eso?

LA MADRE:

Una ópera

RODRIGO:

¿Qué es una ópera?

LA MADRE:

La gente, en vez de hablar, canta

RODRIGO:

Grita. No me gusta

(Cambia el dial. Hay una suave melodía. RODRIGO va a quitarla)

LA MADRE:

No, deja ésa. Es muy linda

(RODRIGO obedece. Durante un rato se quedan inmóviles escuchando la música. De pronto ella dice)

LA MADRE:

Mañana tenemos que salir a buscar trabajo. Dicen que el cura del pueblo necesita un monaguillo y una mujer que le cocine y que le limpie la casa. Mañana vamos

(RODRIGO asiente y dice)

RODRIGO: Tengo hambre

LA MADRE: No hay nada de comer

(RODRIGO cambia la estación y oímos una música alegre y bullanguera. RODRIGO no resiste la tentación y comienza a bailar. LA MADRE ríe, se levanta y baila. Parecen felices. La puerta del rancho se abre lentamente y en el marco aparece la figura de JAIRO, un muchacho de diecisiete años. Empina un trago de su carterita de ron, antes de decir)

JAIRO: ¿No invitan?

(Madre e hijo dejan de bailar)

LA MADRE: ¿Quién es usted?

JAIRO: Soy un vecino de por aquí... Vengo a darles la bienvenida en nombre de la comunidad. Me alegra que nos guste la misma clase de música

(Como por arte de magia saca una naranja de sus bolsillos, que lanza a RODRIGO, quien ávidamente le quita la corteza y la come, sin quitar sus ojos del recién llegado. Este se mueve al ritmo de la salsa, invitando a bailar a LA MADRE. Esta se niega)

LA MADRE: Sólo bailo con Rodrigo

JAIRO: ¿Por qué no conmigo? Soy campeón en el barrio...

(LA MADRE mira a RODRIGO. El niño, llena la cara de zumo de naranja, sin dejar de morder la fruta, dice alegre)

RODRIGO: Baila, mamá, baila...

(*LA MADRE, que como el hijo lleva el ritmo en la sangre, baila con JAIRO. Este aprovecha su decisión para darle de beber. Jairo también le da un trago de la carterita a RODRIGO, y de pronto están allí, bailando los tres a la luz de la vela. Cuando la música se termina y empieza la voz de un locutor, JAIRO deja a LA MADRE y al hijo, se acerca al radio transistor, saca un cassette de uno de sus bolsillos y lo coloca en el aparato*)

JAIRO: Esta es la música que me gusta...

(*Se refiere a un pesado rock que comienza a bailar con cierta destreza animal*)

RODRIGO: Yo no sé bailar eso...

JAIRO: Yo te enseño

(*Y comienza a enseñarlo, después de tomar otro trago y de brindar también a RODRIGO. LA MADRE ha quedado rezagada, pero JAIRO la hace beber nuevamente y la invita a participar de la clase de baile. Cuando la música llega a su paroxismo, JAIRO deja de bailar y busca por todos los rincones. Abre una caja de cartón y saca los objetos de allí lanzándolos por el aire: ropas, zapatos, carteras. Registra desenfrenadamente las carteras*)

LA MADRE: ¿Qué busca?

JAIRO: Necesito plata...

LA MADRE: No tengo...

RODRIGO: No tenemos... No tenemos nada...

(*Pero JAIRO registra el desvencijado cajón inútilmente y luego el delgado colchón que está sobre el catre, rompiéndolo con sus manos y tratando de encontrar billetes en el podrido algodón*)

LA MADRE: ¡Váyase, váyase, déjenos tranquilos!

(RODRIGO trata de impedir que JAIRO siga su búsqueda, pero éste lo lanza por los aires y el niño cae al suelo sin sentido. Entonces JAIRO se lanza sobre el radio, lo toma y va a huir con él. LA MADRE trata de impedirlo)

LA MADRE: No, el radio no... El radio no...

(Y forcejea con el hombre. Ella está entre JAIRO y la puerta y toma un palo para defenderse, JAIRO le quita el palo y la mata a palazos, ante los horrorizados ojos de RODRIGO, que ha vuelto en sí y que trata inútilmente de impedir el acto. JAIRO huyó con el radio desde donde todavía se escucha la vibrante música del rock)

Oscuro

Escena IV

En la iglesia.

La música sacra invade la oscuridad y cuando el muchacho vestido de monaguillo a quien llaman TUQUEQUE enciende las velas del altar mayor, la música parece flotar en ese aire de esperma e incienso. En otro ángulo, RODRIGO se viste de monaguillo, y continúa una conversación

RODRIGO: Todas las madrugadas antes de levantarse él la usaba... Jadeaba como un animal, se hacía un silencio y después mamá salía de la cama y se iba a la cocina a preparar el desayuno

TUQUEQUE: ¿Qué comían?

RODRIGO: Arepas, huevos fritos, café con leche... Yo quería tener

un radio y soñaba con él... me veía oyéndolo en todas partes: en la cama, bajo las cobijas; sentado en el excusado; corriendo por el campo. Pero yo no me atrevía a pedirle el radio a mi papá. Para él era como si yo no existiera. Yo sé que cuando mamá me acariciaba mucho, él se molestaba. La miraba con unos ojos terribles y ella dejaba de peinarme o de darme la comida en la boca. Una mañana él se fue, como todas las mañanas, pero esta vez no volvió más. Por la tarde vinieron a llevarse los muebles. La casa se quedó vacía. Mamá y yo solos en aquel caserón, sin una cama donde dormir, sin una mesa donde comer, sin una silla donde sentarnos

TUQUEQUE: ¿Y a dónde se fue tu papá?

RODRIGO: No lo sé, pero se fue con Dalila, la criada, y nos dejó para siempre...

(TUQUEQUE ríe)

TUQUEQUE: ¿Criada? ¿Tenías criada?

RODRIGO: No te rías

TUQUEQUE: Si no me río... y no te quedes ahí... ayúdame con las velas...

(RODRIGO y TUQUEQUE encienden velas. Por fin TUQUEQUE se atreve a preguntar)

TUQUEQUE: ¿Y quién fue el que mató a tu mamá?

RODRIGO: Yo no sé cómo se llama, pero su cara la tengo aquí... No la puedo olvidar... No hago otra cosa que buscármelo... Y sé que lo voy a encontrar... Tuqueque, yo

quiero que tú me ayudes a encontrarlo...

TUQUEQUE: ¿A dónde has ido?

RODRIGO: A todas partes: a los bares, a los burdeles, al mercado, a las paradas de autobuses, al río, a los barrancos... Aquí en la iglesia, cuando llega la gente a la misa, veo cara por cara, las caras de los pecadores... ¿Me vas a ayudar, Tuqueque?

TUQUEQUE: Sí, te voy a ayudar...

(Una ventana de la iglesia empieza a golpear. Los muchachos la miran)

RODRIGO: Parece que va a llover

TUQUEQUE: Cierra esa ventana

(Pero antes de que RODRIGO la cierre, un fuerte viento entra por la ventana y apaga todas las velas)

Oscuro

Escena V

En las afueras del pueblo. Un muro.

Amanece. Un policía amanecido cruza la escena, abotonándose la chaqueta. Se detiene para revisar el arma de reglamento y sigue su camino, desapareciendo de escena. La cabeza de RODRIGO se asoma tras el muro

RODRIGO: Ya se fue...

(Se asoma TUQUEQUE)

TUQUEQUE: ¿Estás seguro?

RODRIGO: Sí, mira...

(Mientras TUQUEQUE comprueba, RODRIGO mira hacia el horizonte)

- RODRIGO: ¿Qué habrá más allá... donde no vemos nunca?
- TUQUEQUE: No sé...
- RODRIGO: Debe haber algo distinto...
- TUQUEQUE: ¿Por qué no te asomas a ver si ya pusieron el pan?
- RODRIGO: Todavía no... Cuando el sol comience a aparecer por esa raya... ¿Fuiste anoche a tu casa? (Pausa) Anda, dime, siempre me cuentas...

(El sol comienza a aparecer)

- RODRIGO: Mira, Tuqueque... el sol, está apareciendo...
- TUQUEQUE: Bueno, ve y busca el pan
- RODRIGO: ¿Por qué no vas tú esta vez?
- TUQUEQUE: Anda, ve y lo buscas
- RODRIGO: Está bien

(RODRIGO sale de escena. La VIEJA MENDIGA de la escena III entra a escena y se sienta, cansada, junto a una piedra, tratando de encender un cigarrillo húmedo. TUQUEQUE la mira de mala gana, como si su presencia le molestase. Un pan entra por el aire, seguido de un grito de RODRIGO que entra a escena con una bolsa de panes. TUQUEQUE logra atrapar el pan. RODRIGO mastica uno y le enseña la bolsa)

- RODRIGO: Hay más que ayer
- TUQUEQUE: ¿Cuántos?
- RODRIGO: Y son más grandes
- TUQUEQUE: ¿Cuántos?
- RODRIGO: Seis
- TUQUEQUE: ¿No había leche?

- RODRIGO: En esa casa nunca hay leche
- TUQUEQUE: ¿Por qué no buscaste en otra?
- RODRIGO: No hay otra cerca
- TUQUEQUE: ¿No puedes caminar un poquito?
- RODRIGO: ¿Por qué no te asomas? La casa queda como en una calle ciega. Es la única. Lo demás son muros, como éstos. Ruinas, yerbas
- TUQUEQUE: ¿Quién vive en esa casa?
- RODRIGO: A lo mejor no vive nadie
- TUQUEQUE: Necesito pan y queso. Para llevarlos a la casa. Anoche, cuando estuve, todos estaban dormidos: Helenita, Rosaura, Jimena, Ricardo, José, Hermes y Luis... Y mamá en el rincón, cómo amparándolos a todos
- RODRIGO: ¿Y tu papá?
- TUQUEQUE: Como siempre, borracho... No quiero volver nunca más. No volveré a dormir con todos esos cuerpos pegados al mío, aunque sean mis hermanos. Prefiero esto. Un poco de yerba. O la tierra pelada
- RODRIGO: ¿Y tu mamá... No dice nada?
- TUQUEQUE: Se pone a llorar cuando me ve. Pero yo sé que no es solamente por mí. Después de todo es mejor que no siga viviendo allá. Una boca menos. (*Mastica pan*) Mamá llora por todo. Con esas lágrimas que uno sabe que no sirven para nada. Bueno, vámmonos de aquí
- RODRIGO: Me gusta este lugar. ¿Por qué no nos quedamos un rato más?
- TUQUEQUE: No es bueno quedarse en el sitio donde se ha robado. Aprende eso. Vamos
- RODRIGO: Vamos a esperar que el sol llegue a la mitad de aquel árbol

TUQUEQUE: ¡Tú y tu maldito sol! ¡Vente!

(*Y TUQUEQUE obliga a RODRIGO a irse de allí, pero la VIEJA MENDIGA los detiene con su pregunta*)

VIEJA MENDIGA: ¿No me dan un panecito?

TUQUEQUE: Apenas nos alcanza para nosotros

(*La vieja se dirige a RODRIGO*)

VIEJA MENDIGA: Si me das un panecito te digo quién mató a tu mamá

RODRIGO: ¿Tú lo conoces? ¿Quién es? ¿Dónde está?

(*Entran HOMBRE 1 y POLICÍA 2*)

HOMBRE 1: ¡Son éso! Mire, tienen la bolsa de pan.

(*Los muchachos tratan de correr, pero son atrapados*)

HOMBRE 1: ¿Por qué se comen ese pan? ¿Es de ustedes? ¿Lo compraron?

(*TUQUEQUE trata de zafarse, y le grita a RODRIGO*)

TUQUEQUE: ¡No te lo dije! ¡Imbécil, eres un imbécil!

POLICÍA 2: ¡Vamos, a la jefatura los dos! ¡Vamos!

(*Mientras se los llevan, RODRIGO le tira un pan a la VIEJA MENDIGA, que lo atrapa en el aire*)

RODRIGO: ¿Quién fue? ¡Tiene que decirme quién fue!

(*La VIEJA MENDIGA muerde el pan*)

VIEJA MENDIGA: Se llama Jairo, pero se fue a la ciudad

(*RODRIGO se pone violento y el POLICÍA 2 tiene que darle un golpe, mientras lo arrastra fuera de escena. RODRIGO no deja de gritar*)

RODRIGO: ¡Jairo! ¡Jairo! ¡Jairo! ¡Jairo!

(*Y su voz se pierde en la lejanía. La VIEJA MENDIGA saca un pedazo de queso viejo y duro de sus enaguas, lo une con el pan y da un gran mordisco*)

Oscuro

Escena VI

En el calabozo.

Hay dos presos. El PRESO 1 está fumando y tiene un radio portátil encendido. La música es una salsa. El PRESO 2 está dormido y casi no advertimos su presencia. El POLICÍA 3 abre la reja del calabozo y empuja a RODRIGO y a TUQUEQUE al interior. Antes de irse le grita al PRESO 1

POLICÍA 3: Baje esa radio

(*El PRESO 1 obedece y se queda mirando a los muchachos, que no saben qué hacer. Se quedan allí un rato, parados en mitad del cuartucho, hasta que TUQUEQUE, decidido, se sienta en un rincón. RODRIGO intenta hablarle, pero un gesto de TUQUEQUE se lo impide. El PRESO 1 le busca conversación a RODRIGO*)

- PRESO 1: ¿Cómo te llamas?
- RODRIGO: Rodrigo
- PRESO 1: ¿Y tú?
- TUQUEQUE: ¡Y a usted qué le importa!
- RODRIGO: ¡Él se llama Pablo, pero le dicen Tuqueque!
- TUQUEQUE: ¿Por qué no te callas?
- RODRIGO: Ah, ¿no es verdad que te dicen Tuqueque? Nadie sabe que te llamas Pablo
- PRESO 1: ¿Y por qué están aquí? ¿Qué hicieron?
- RODRIGO: ¡Somos ladrones!
- TUQUEQUE: ¡Lengua floja! ¡Eso es lo que eres! ¡Lengua floja! ¡Por tu culpa estamos aquí!
- RODRIGO: Por mi culpa no
- TUQUEQUE: No sabes hacer nada bien. Siempre metes la pata. Séguro que te dejaste ver
- RODRIGO: ¿Y por qué no fuiste y lo hiciste tú? Siempre tengo que ser yo. El más pistola

(TUQUEQUE hace una mueca y emite un gruñido)

- TUQUEQUE: ¡Jeeeeee!

(RODRIGO lo imita)

- RODRIGO: ¡Jeeeeee! Pero soy yo el que tengo que hacer las cosas. ¿Qué es lo que tú haces? Comerte el pan, beberle la leche, chuparte las naranjas, atragantarte de pollo...
- TUQUEQUE: Pues si no te conviene, coge por tu lado
- PRESO 1: No se peleen. Aquí uno tiene que tratar de pasarlo lo

mejor posible. Tenemos que ser como hermanos

TUQUEQUE: ¡Es que el imbécil ese...!

RODRIGO: ¿Quién es imbécil? Repite, ¿quién es imbécil?

(TUQUEQUE se levanta, como un gallito)

TUQUEQUE: ¡Pégame, pues, pégame! ¡Aquí estoy! ¿Por qué no me pegas?

RODRIGO: Te la pasas llamándome imbécil.

TUQUEQUE: Porque lo eres. Mira donde hemos caído. Y por una pendejada tuya

RODRIGO: ¿Mía?

TUQUEQUE: Tú tienes la culpa. Te dije que nos fuéramos de ahí

RODRIGO: Pero, ¿no oíste lo que me dijo la vieja?

TUQUEQUE: Eso debe ser mentira. Para que le regalaras el pan

RODRIGO: Cuando salga de aquí, me voy a la ciudad a buscar a ese Jairo. (Pausa) ¿No vas a venir conmigo?

TUQUEQUE: No me gusta andar con pendejos

RODRIGO: Está bien. Tú por tu lado y yo por el mío

TUQUEQUE: ¡Imbécil!

RODRIGO: ¡No me vuelvas a llamar imbécil!

(RODRIGO empuja a TUQUEQUE. Este reacciona violentamente y le lanza un derechazo que lo hace caer en un rincón. TUQUEQUE espera que se levante, pero RODRIGO se queda allí, llorando, con la cara escondida entre las manos. TUQUEQUE, como dando por terminado el conflicto, se recuesta de las rejas, en plan de ganador)

PRESO 1: No debes pegarle. Es más pequeño

TUQUEQUE: Él me pegó primero. Y ya le dije que no se meta en lo que no le importa

(TUQUEQUE saca un cigarrillo arrugado de un bolsillo y lo enciende. El PRESO 1 se acerca a RODRIGO)

- PRESO 1: Está bien ya. No sigas llorando. ¿Quieres comer algo?
- RODRIGO: ¿Ese radio es suyo?
- PRESO 1: Sí, mío
- RODRIGO: ¿Por qué no le sube el volumen?
- PRESO 1: No les gusta... Pero ven... Acércate a mi rincón... Y le pegas la oreja...

(RODRIGO se levanta y se acerca al radio. Se acuesta y pega la oreja del aparato. Cambia las estaciones con frecuencia. El PRESO 1 se echa a su lado)

- PRESO 1: ¿Con quién vives tú?
- RODRIGO: Solo. ¿No lo oyó?
- PRESO 1: ¿Y dónde duermes?
- RODRIGO: Donde me agarra la noche
- PRESO 1: Es muy incómodo eso, ¿verdad?
- RODRIGO: Sí, pero uno se acostumbra
- PRESO 1: Si te consiguieras un trabajo
- RODRIGO: ¿Dónde?
- PRESO 1: Cuando salgamos de aquí, a lo mejor yo te puedo conseguir un empleo...
- RODRIGO: Tengo que irme a la ciudad...

(Se apaga la única luz que ilumina el calabozo. El PRESO 2 protesta, desde su medio sueño)

PRESO 2: Bueno, ya apagaron la luz. ¡A dormir...!

PRESO 1: (A Rodrigo) Cuando salgamos de aquí, nos podemos ver. Tengo buenas influencias con la gente que está mandando... No será difícil...

(TUQUEQUE, que se ha retirado a otro rincón)

TUQUEQUE: ¿Pueden dejar la habladera? Es hora de dormir...

(Silencio durante algún rato. Sólo escuchamos la radio que va de estación en estación de la mano de RODRIGO. Y de pronto se escuchan los gritos)

RODRIGO: ¡Suéltame! ¡Suéltame!

TUQUEQUE: ¿Qué pasa, Rodrigo?

RODRIGO: ¡Suéltame!

TUQUEQUE: ¡Policía! ¡Policía!

(En la reja aparece el POLICÍA 3 con una linterna, único punto de luz de la escena, que deja ver a pedazos la reja y entra)

POLICÍA 3: ¿Qué es lo que pasa aquí? (Grita hacia afuera) ¡Prendan la luz del calabozo! ¡La luz del calabozo! ¡Y ustedes! ¡Este no es un ring de boxeo!

(Y el Policía trata inútilmente de separar a los que pelean. Se enciende la luz del calabozo. El PRESO 2 y el POLICÍA 3 logran separarlos)

PRESO 1:

(Por Tuqueque) Este me trató de robar

TUQUEQUE:

Eso es mentira. ¡Di la verdad, Rodrigo!

PRESO 1:

Trató de robarme. Lo sorprendí registrándome los bolsillos. Y quería cogerse el radio

TUQUEQUE:

¡Eso es mentira! ¡Estaba agarrando a Rodrigo!

POLICÍA 3:

(A Tuqueque) ¡Ya vas a ver lo que vamos a hacer contigo!

(Y el Policía arrastra a TUQUEQUE fuera del calabozo)

TUQUEQUE:

¡Di la verdad, Rodrigo! ¡No dejes que me lleven! ¡Imbécil, eres un imbécil!

(Cuando el POLICÍA se ha llevado a TUQUEQUE y ha cerrado la reja, entonces es cuando RODRIGO se atreve a gritar hacia el exterior)

RODRIGO:

¡No se vaya, señor agente! ¡Venga, señor agente! ¡El preso me estaba agarrando las nalgas! ¡Tuqueque no lo estaba robando! ¡Señor agente! ¡Señor agente! ¡Usted es la autoridad!

(Sobre los gritos de RODRIGO, el PRESO 1 le habla rápido al muchacho tratando de convencerlo)

PRESO 1:

No digas nada. ¡Cállate! No digas nada y te regalo el radio. ¡Te voy a conseguir un trabajo! Te voy a llevar a la ciudad para que consigas a ese tal Jairo. ¡Cállate! El radio es tuyo. ¡El radio es tuyo! ¡El radio es tuyo! ¡Te lo regalo!

(Se apaga la luz del calabozo. Y parece que la oscuridad obligara al silencio. Por fin se oye la voz en susurro de RODRIGO)

RODRIGO: ¿Verdad que me lo va a regalar?

PRESO 1: Si te portas bien, sí

RODRIGO: Está bien. No digo nada. Me quedo callado

PRESO 1: Pero tienes que complacerme

PRESO 2: Sí, tienes que complacernos...

RODRIGO: No, eso no, eso no... (*Y vuelve a gritar*) ¡Socorro, señor agente, socorro! ¡Señor agente!

(*Se escucha un golpe seco que el PRESO 2 propina a RODRIGO y que lo desmaya. Los dos presos, ahora en complicidad, cuchichean*)

PRESO 2: ¡La radio!

PRESO 1: ¡Sí, la radio!

PRESO 2: ¡Sube el volumen!

PRESO 1: ¡Sí, el volumen!

(*Y la música salsa sube un tanto*)

Oscuro

Fin de la Primera Parte

Segunda parte

(EN LA CIUDAD)

Reparto de la segunda parte:

RODRIGO

EL CIEGO

VIEJA

VIEJO

MUCHACHO

HOMBRE

MUJER

LISIADA

JOVEN

GORDA

EL BOXEADOR

EL SORDOMUDO

NANA

ENFERMERO

BORRACHO

JAIRO

Voz 1

VECINOS

PILICÍA

PRESO

DIMAS

Escena VII

En un mercado de la ciudad.

Los buhoneros arman sus tiendas. Los vendedores de loterías pasan por en medio de grandes tablones repletos de frutas y legumbres. Hombres ensangrentados cruzan con reses abiertas sobre sus espaldas. Yervas milagrosas, incienso, mirra, vírgenes, doctores, santos, brujos y héroes

- VIEJA: Por El Milagro no llega agua...
- VIEJO: Globos... Pelotas...
- VIEJA: Ni una gota...
- MUCHACHO: Peines, hojillas; medias de seda, de purísima seda...
- HOMBRE: Muñecas de trapo, muñecas de goma; vestidas, desvestidas...
- MUJER: Estampitas de Nuestra Señora; ángeles, arcángeles, demonios vencidos por la espada...
- LISIADA: Alfileres, agujas, cremalleras, botones, navajas pequeñas, navajas grandes. Todo lo que abre. Todo lo que cierra
- JOVEN: Ropa interior finísima, suave al contacto de la piel...
- MUJER: Relicarios, escapularios, medallas, imágenes bendecidas por el Santo Papa...
- HOMBRE: Muñecas de plástico, con ojos, sin ojos. Tengo las que lloran, tengo las que sonríen

(Por dos extremos distantes entran RODRIGO, que se pasea sin rumbo. Y el CIEGO, seguido por un viejo perro que ya no puede con su alma)

- EL CIEGO: Bendito sea este nuevo día cuyo rostro no puedo ver.
Pero agradezco a Dios dejarme sentir el calor suave

del nuevo sol que nace, y la pelambre hirsuta de mi
fiel Campeón. Benditas las voces, los ecos, las pisadas,
las toses, los escupitajos, las ronqueras. Bendito
el olor a sangre y a sudor.

- HOMBRE: Soldados, fusiles, ametralladoras, revólveres... Para su niño y para usted...
- MUJER: Bebedizos, ramas milagrosas, la peonía de la suerte, el conejo de la suerte...
- JOVEN: Sostenes, prendas íntimas, perfumes, cremas de belleza. El cutis más seco se vuelve aterciopelado
- GORDA: Lazos, adornos, tules...
- EL CIEGO: Bendito sea, dije...
- HOMBRE: Muñecas...
- JOVEN: Hojillas...
- MUJER: Escapularios...
- HOMBRE: Navajas...
- EL CIEGO: (Gritando) Bendito sea, dije...
- VIEJA: ¡Qué va a ser bendito!
- HOMBRE: ¡Como no puedes verlo!
- EL CIEGO: Pero lo escucho, tengo orejas; y los huelo, tengo narices...
- VIEJO: Narices y orejas es poca cosa cuando no se tienen ojos
- EL CIEGO: Tengo ojos. Míralos
- MUCHACHO: Pero están cerrados y muertos. No sirven
- VIEJA: Son un nido de moscas
- EL CIEGO: Moscas tendrás en la vejiga, vieja asquerosa
- VIEJA: Moscas y gusanos se encargaron de tu madre debajo de la tierra; ciego doblemente ciego, cagado, cejón. (*Risas. Pregona*) Oraciones, milagros, bebedizos, medallas, medallitas

- EL CIEGO: ¡Milagros! ¿Por qué no me haces uno con tus menjurjes y me devuelves la vista? ¡Bruja, buhonera, escafandra!
- HOMBRE: Déjanos trabajar. Sigue tu camino...
- EL CIEGO: Este es mi camino. Y pienso descansar aquí...

(Algunos lanzan una piedra y una lata vacía contra el CIEGO y su perro. El perro chilló. El CIEGO lo abraza. Las voces de los vendedores se acentúan)

- EL CIEGO: Estropajos, esperpentos... (Sale fuera de escena con su perro) No necesito de sus voces. No son voces que alimentan. Son voces que corrompen el aire. (A gente que pasa) Una limosnita por el amor de Dios a este pobre viejo ciego y enfermo sin amor y sin familia que se obstina en seguir viviendo (Sale de escena)

(RODRIGO va de un lado a otro, mientras siguen los pregones)

- RODRIGO: ¿Usted no conoce a Jairo?
- HOMBRE: No conozco a ningún Jairo
- RODRIGO: ¿Usted no conoce a Jairo?
- VIEJA: Yo no conozco a nadie
- RODRIGO: Ando buscando a uno llamado Jairo
- JOVEN: (Le hace un gesto obsceno) ¡Aquí está tu Jairo!
- RODRIGO: ¿Conoce a Jairo?
- VIEJO: No
- RODRIGO: ¿Qué sabe usted de un elemento llamado Jairo?
- LISIADA: Que yo sepa los elementos son cuatro: la tierra, el agua, el aire y el fuego

- RODRIGO: Jairo... Es un tipo que yo busco... ¿No se la pasa por aquí? ¿Usted no lo conoce?
- MUJER: (*No le contesta*) Estampitas de Nuestra Señora; ángeles, arcángeles, demonios vencidos por la espada...
- RODRIGO: ¿Quién me puede informar?

(*Se escuchan fuera de escena los gritos del CIEGO, que entra desesperado*)

- EL CIEGO: ¡Mi perro! ¡Me mataron mi perro! ¡Lo aplastó un camión! ¡Doce años tenía Campeón conmigo! ¡Respetaba las luces rojas! ¡El conocía mis caminos y me llevaba por ellos! ¡Qué voy a hacer sin mi perro!

(*El CIEGO se tropieza con la gente y con los sacos de naranjas que ruedan por el suelo. Los mendigos se abalanzan sobre las frutas*)

- HOMBRE: Búscate un perro nuevo

(*RODRIGO se pone en cuatro patas y comienza a ladrar*)

- VIEJA: ¡Ahí tienes uno!

(*La gente ríe. Una música estruendosa brota de alguna radio. El CIEGO se acerca a RODRIGO, trata de tocarlo, pero éste, siempre en cuatro patas, no se deja agarrar. Comienza un juego que los parroquianos disfrutan*)

- EL CIEGO: ¿De verdad que eres un perro? ¿Qué clase de perro eres? ¿Cómo te llamas? Debes ser joven. Tu ladrido es de perro joven. Pero déjate agarrar. ¿Por qué no me dejas tocarte la cabeza? ¿No tienes dueño? ¿Eres un

perro realengo? ¿Me vas a servir el resto de vida que me queda?

(*El CIEGO logra agarrar a RODRIGO por el pelo. RODRIGO ladra, largo ladrido de dolor*)

EL CIEGO: Tienes el pelo suave. Ojos de perro. Nariz de perro. Boca de perro. Ladrido de perro. ¿Quieres que sea tu dueño?

(*RODRIGO ladra diciendo que sí*)

Oscuro

Escena VIII

En la cueva del CIEGO.

En esta cueva no sólo vive el CIEGO, sino cualquiera que pasa por allí y decide pernoctar. Por ahora están el BOXEADOR negro y el Muchacho sordomudo. El BOXEADOR negro tiene una mala costumbre: no para de hablar. Es algo superior a sus fuerzas. Y el muchacho SORDOMUDO, que colecciona sacos de basura, recolectados en la calle, busca en las bolsas y a veces encuentra algo que morder, un pedazo de carne podrida, un trozo de pan con hongos, una pelota de goma mordida por una rata, que les sirve para jugar un rato, tratando de apartarse la sombra y el calor del BOXEADOR que lo persigue con su perorata infinita, y que aunque no escucha, lo fastidia

EL BOXEADOR: ...Y yo le dije al doctor que yo tomaba fitina y que tomaba también ciglután... pero que regularmente lo que tomo es “brutasil”... El doctor... ¿Sabes lo que

me hizo?... Bueno, él no, primero me mete, bueno, yo digo que me metió él, no otro... Si una persona... Bueno, que si yo hablaba solo... Y yo le dije: bueno, mire, yo le puedo buscar muchas personas que en un instante de su vida hablan solos... unos lo hacen callados... Y conozco muchas que hablan... Aquí me trajeron incomunicado... La policía misma... Tres ametralladoras... Fueron a mi casa... Tráiganme una orden judicial, porque es lo legal... Bueno, y salieron... Ellos salieron... Yo salí también... Voy a tomar mi café y regreso... A internarme en la casa... Cuando me voy a internar los encuentro en la puerta del ascensor... Yo iba a intentar decir algo... Me empujaron... Me pusieron incomunicado en un calabozo... En el sótano... Me dieron una comida en un papel... No había ni platos... Bueno... (*Larga pausa*)... Después me llevaron a ese lugar... Y después me normalicé... Me quedé tranquilo... Resignado... La señora Mary es gente muy decente... Me puse a hablar con ella... Con los demás que ya los conocía... Y dime un afecto y me envolví en torno a una vida... Y no dije más nada... Me quedé tranquilo... Esperando la razón... Finalmente el doctor me llamó tres veces más... Y me dijo que... Mamá no asistió... Y yo le dije... Usted está aquí por una razón social... Tiene que hacer llamadas a los familiares... Por adjudicación... Al tal del caso que sigo siempre aquí... Y regularmente he tomado “brutasil”, fitina en mí y ciglután en mí... Y ahora que me dieron... Le voy a decir que me tomé cinco o seis... No, no frascos, pastillas de, pastillas de...

Ya no te voy a nombrar el medicamento... No me acuerdo... Pero sé que me pasé tres meses... Enero, febrero, marzo, abril, tres meses, ¿estamos en abril, no?... Y ahora estoy fuera... Allá fregaba... Fregaba los platos... Entonces yo le dije al doctor, mire, eso es una adjudicación informe, mire, doctor, usted no sabe lo que hace... Y yo conozco gente aquí que se ve obligada a trabajar... De maltratarlo hay veces... Usted no sabe lo que hace porque no está aquí... No se está obligando a nadie... Ése es su trabajo... Y eso que yo hago es espontáneo... Y de un afecto... Con afecto la gente cambia mucho... Limpian todo, barrer, pasar el colecto...

Todo es un espejo... Consultas, neurología, otorrino, o al dentista, o cardiología, o radiología... Entonces, yo decía allá, yo digo si, probable, no hombre, esto es el cielo... El cielo... Un día el cielo amaneció nublado... Yo me salí por agujerito... Me salí, corriendo, corriendo, hasta que me encontré contigo... ¿Por qué comes esas porquerías...?

(*Entran el CIEGO y RODRIGO. RODRIGO carga las cosas del CIEGO*)

- RODRIGO: ¡Jairo! ¡Se llama Jairo! ¿Nunca ha oído hablar de él?
- EL CIEGO: ¿Quiénes están? ¡Porquerías! ¡Otra vez trayendo las bolsas de basura! ¿Y tú, te escapaste otra vez?
- EL BOXEADOR: Estamos haciendo relaciones de historia, como un concepto que se pueda justificar en la materia para que otro lo refleje...
- EL CIEGO: Yo iba al viejo circo a verte pelear... Era como si te

estuviera viendo... Los alaridos, las aclamaciones de la multitud, siempre ganabas... Y la gente te quería... Y te gritaba... "En esta esquina", y tú desfilabas, puño, golpe, sangre, coágulo, y la gente chillaba el frenesí... (El Boxeador desfila y comienza una lucha con un enemigo invisible)... (A Rodrigo) ¿Nunca oíste hablar de él? (Rodrigo se entusiasma y sigue la pelea que el Boxeador realiza, golpeando al aire, las bolsas; golpeando de pronto al Sordomudo que cae tendido en el suelo. El propio Boxeador busca agua y se la echa y lo agita hasta reanimarlo. El Sordomudo protesta)

EL BOXEADOR: No te subas nunca al ring... Todo condenado adjudica primero un defensor... (El Boxeador mira por primera vez a Rodrigo y se le queda viendo en larga pausa)

EL CIEGO: Es mi nuevo perro. Se llama... ¿Cómo te llamas?

RODRIGO: Rodrigo...

EL BOXEADOR: El Cid

RODRIGO: Ando buscando a Jairo, un tipo llamado Jairo.

EL BOXEADOR: ¿Jairo el soldado? ¿Jairo el ladrón? ¿Jairo el policía?
¿Jairo el traficante?

(El SORDOMUDO, que lee los labios, entiende que RODRIGO anda buscando a JAIRO y trata desesperadamente de explicar que él sabe dónde está o dónde puede conseguirlo, y hace fuerza con su garganta que emite sonidos indescifrables, y agarra a RODRIGO por la camisa, por la correa, por los pantalones, por la bragueta, tratando de llevarlo...)

Oscuro

Escena IX

En el burdel.

NANÁ está sobre la tarima interpretando un viejo bolero. Las prostitutas, los chulos, los mesoneros, los borrachos, los clientes están hundidos en una espesa capa de humo. Nadie parece poner atención a la cantante. Entran el CIEGO, el BOXEADOR, EL SORDOMUDO y RODRIGO. Ahora es RODRIGO quien arrastra al SORDOMUDO de mesa a mesa, de cara en cara

RODRIGO: ¿Cuál es el que tú dices? ¿Este? (*El Sordomudo niega*)
 ¿Será el mismo el que tú conoces y el que yo ando buscando? Yo no he olvidado su cara... En cuanto lo vea...

(El CIEGO y el BOXEADOR se han sentado en una mesa y han pedido bebida)

EL BOXEADOR: Me acuerdo tanto, tanto, tanto como en el inicio de las razones que el juicio quisiera para mi adolescencia... Yo te digo la composición que yo tengo para hablar... Para componer las palabras y hacerlas entender... Tenía un libro... Un libro fenómeno escrito por un francés... Se llamaba... Se llamaba... ¡Qué fenómeno era el libro!... Del título no puedo acordarme... Tenía una razón, una cantidad de razones, de diferentes tópicos sociológicos... Y concentraciones un tanto profundas que daban que admirar

(NANÁ, la cantante, se da cuenta de que nadie la escucha)

NANÁ: Bueno, ¿para qué canto? Si no me ponen atención no canto...

(RODRIGO ha abandonado su búsquedas. EL SORDOMUDO se ha ido a la mesa de sus amigos a beber de sus tragos. RODRIGO está fascinado con NANÁ)

- RODRIGO: ¡No la oyen? ¡Que se callen! ¡Que se callen!
EL CIEGO: (Con risotadas) ¡Miren al perro!
RODRIGO: ¡Todos vamos a escuchar a... (Le pregunta a ella)
¡Cómo te llamas?!
NANÁ: ¡Naná!
RODRIGO: ¡Todos vamos a escuchar a Naná!

(NANÁ comienza de nuevo la canción. Cuando la termina, RODRIGO aplaude.
Nadie más aplaude)

- NANÁ: (A Rodrigo, devolviendo su gentileza) Gracias, gracias. Quiero pagarte. Pasa conmigo a uno de los cuartos. (Y se lo lleva al interior del burdel. La vida continúa en el lugar)
- EL BOXEADOR: Las Mujeres van a las adjudicaciones de práctica... Tienen la fuerza de la potestad primaria... las que son de orden, como la mamá... ¡La personalidad está en el propio criterio! ¿No?, porque el fiscal llama a la personalidad... Y justifica sus razones... Y la personalidad expone su criterio en los hechos ya practicados... Para salvaguardar el criterio de su personalidad... Pero, ¿qué hago sino vivir? ¿Quién dice que es sociólogo si no ve las profundidades? Que halaguen como la necesidad para poder corregirlas... Pero compran un doctorado... Por allí, en un medio social alto... Todas las jerarquías, las posibilidades... Pero no caminan a la necesidad ni escudriñan en ella los dolores que

viven... Para poder aposentar razones, experiencias, oxígeno y entendimiento para la humanidad...

(Estalla una salsa y casi todos bailan. El CIEGO da palmadas y pide otra ronda)

- EL BOXEADOR: ¿Quién dijo que son intelectuales?
- EL CIEGO: Tienen que buscar, porque hay tantos ranchos...
- EL BOXEADOR: ¿Y qué capacidad de dinero tienen?
- EL CIEGO: ¿Y esos hombres para qué están?
- EL BOXEADOR: ¿Y es que eso no se puede componer? Yo conozco uno que comúnmente se pone contento... Y en momento de lluvia, penumbra, como los dolores... Y niños pequeños... (El Sordomudo quiere intervenir)
- EL CIEGO: Tú, cállate
- EL BOXEADOR: Y niños pequeños... Como recién nacidos y otros más... ¿Quién dice que curan y saben? Y cuando se les diga, mira, todos esos barbudos, sucios, descamados, tienen descomposiciones de necesidad...
- EL CIEGO: Pero no están aquí
- EL BOXEADOR: ¿Por qué no están aquí? Porque yo creo que eso es una debilidad cerebral, anemia, un tanto que le produce una desesperación y le descompone el sentido...
- EL CIEGO: Están allá afuera... (El Sordomudo hace sentir que está de acuerdo) ¡Cállate!
- EL BOXEADOR: Unos al principio piden... Pero no obstante que la necesidad no los socorre lo suficiente para la alimentación... Se debilitan, se descomponen... Y hay algo... La hipertrofia... Les reduce... Ya no sienten ni el hambre... Viven de los sentidos con una idea... Y terminan así... Y están aquí... Solos... Por una razón

social que la vida les ha hecho... Tener un horror adentro... (Entran dos enfermeros vestidos de blanco, que buscan al Boxeador. Este, continúa). Todos los excesos son perjudiciales... Los excesos... Los más grandes hombres... Un mundo de excesos que ha declinado en la debilidad... El boxeo... Cuando tú vayas al boxeo busca el circo de Roma... El recuerdo de los gladiadores... Tú mismo... Cuando las peleas son emotivas... Y avanzando a los centros el mayor daño se hace... Se deja por las pasiones aclamar... (El Sordomudo se da cuenta de que los enfermeros buscan al Boxeador y comienza a gesticular y a gemir, pero El Boxeador no le hace caso)... En un momento exigen más; ¡Pégale, pégale! ¡Pégale!... Aclaman con los pañuelos, con las manos... Es Roma... ¿Y entonces, la materia?... Un cerebro roto... El miedo, la insatisfacción, hasta que haya apaciguado sus dolores... Por el momento que su pasión ha tenido... Haga deslindarle por las calles con un “¡Viva, mi campeón! ¡Duro!”... Y no obstante el momento lo envuelve en un brindis... Que altera su sentido neuro... Que aniquila su materia y sus razones... Lo que era un gran hombre... ¡Qué grande es!... ¿Pero de dónde nace?...

(A estas alturas los enfermeros atrapan al BOXEADOR)

ENFERMERO: ¡Otra vez, Campeón, otra vez! ¡No nos vayas a pegar porque tú tienes más fuerza que nosotros!

(El BOXEADOR se entrega tranquilo)

EL CIEGO: No se lo lleven. Él no le hace daño a nadie

EL BOXEADOR: No te preocupes. Yo vuelvo

(*El SORDOMUDO llora y se lo expresa abrazándolo*)

EL BOXEADOR: Yo vuelvo

(*Se lo llevan, al mismo tiempo que entra JAIRO, borracho que se cae. El SORDOMUDO reacciona. Lo reconoce y se pierde por los cuartos para avisarle a RODRIGO. El baile continúa. RODRIGO sale poniéndose los pantalones. El SORDOMUDO le enseña dónde está JAIRO*)

RODRIGO: Sí, es él. (Rodrigo se le acerca) ¿No te acuerdas de mí?

(*Lo toma por el pelo y le golpea suavemente las mejillas*)

¡Epa! ¿No te acuerdas de mí?

(*JAIRO lo mira desde su borrachera, pero evidentemente no se acuerda. Está a punto de caer y tiene que abrazarse de RODRIGO. Se quedan un rato así, abrazados, hasta que por fin RODRIGO reacciona*)

RODRIGO: Vamos a llevarlo, entre todos

EL CIEGO: ¿Qué pasa, perro?

RODRIGO: Vamos a llevarlo

(*RODRIGO, EL SORDOMUDO y EL CIEGO cargan a JAIRO y se lo llevan. NANÁ sale de los cuartos y logra ver la escena*)

NANÁ: ¡Eh, muchacho! ¿Me vas a dejar así?

(*Pero el grupo sale. De pronto hay un gran silencio. Ya nadie baila. Un borracho da unas palmadas y le toca las nalgas a NANÁ*)

BORRACHO: ¡Canta...! ¡Canta...! ¡Que cantes...! ¿Por qué no cantas?

(*Y NANÁ canta una canción muy triste*)

Oscuro

Escena X

En la cueva del CIEGO.

La luz de la mañana entra por alguna rendija. RODRIGO y JAIRO están acostados juntos sobre un viejo colchón. RODRIGO está apoyado sobre los codos mirando fijamente la cara de JAIRO. Este se despierta, confundido, borracho aún, y se sorprende de los ojos de RODRIGO, que son como agujas

JAIRO: ¿Quién eres tú? ¿Dormimos juntos?

RODRIGO: ¿No te acuerdas? Llegaste anoche muy borracho a casa de Naná. Te iban a matar y nosotros te salvamos (*El “nosotros” hace que Jairo mire a uno y otro lado. De la oscuridad surgen el Ciego y el Sordomudo. Este trata de contar a Jairo la historia que Rodrigo le ha inventado*). ¿Quieres desayunarte? Primero un vaso de agua para que te enjuagues la boca (*Se lo da. Jairo hace gárgaras y las escupe. El Ciego toma la ropa de Jairo, que está cerca del colchón*)

EL CIEGO: Voy a lavarte la ropa (Lo hace, mientras canta una canción)

(*RODRIGO le da a JAIRO un pan con un pedazo de queso y un refresco*)

RODRIGO: ¡Música! ¿Aquí no hay música?

EL CIEGO: Abre ese mueble

(En un gran mueble, que RODRIGO abre, hay varios radiotransistores que él toma con alegría. Enciende uno. Se escucha una música y RODRIGO comienza a bailar muy excitado. JAIRO piensa que es un lindo amanecer: desayuno, ropa limpia y música. JAIRO termina el desayuno a grandes bocados y se pone a hacer ejercicios)

RODRIGO: ¿Tú no sabes bailar?

(JAIRO continúa sus ejercicios matinales. El SORDOMUDO dice que él sí sabe bailar y baila con RODRIGO. Frenéticos arrastran al CIEGO, que está lleno de espuma jabonosa, y lo hacen bailar. El CIEGO cae muerto. RODRIGO detiene la música. Pone su oreja en el corazón del muerto)

RODRIGO: Está muerto

Oscuro

Escena XI

En la cueva del CIEGO.

La escena está vacía. Entran el Sordomudo, RODRIGO y JAIRO, cargados de radiotransistores que han robado. Están tronos y borrachos y una botella pasa de mano en mano. Colocan los aparatos de diferentes sitios. Los aparatos rodean a los personajes

RODRIGO: (A Jairo) Yo creo que tú mataste al hombre. (El Sordomudo dice que él piensa lo mismo). No era necesario. Ya estaba atado de pies y manos y con un trapo en la boca

JAIRO: No lo maté. Le di por la cabeza

RODRIGO: Pero en el sitio exacto (Jairo enciende un cigarrillo de marihuana, que pasa de mano en mano, en acostumbrado rito). ¿Nunca antes habías matado a nadie?

- JAIRO: No, yo no
- RODRIGO: ¿Estás seguro?
- JAIRO: Yo no
- RODRIGO: ¿No mataste una vez una mujer?
- JAIRO: ¿Una mujer...? Yo no...
- RODRIGO: Para robarle una radio...
- JAIRO: No...
- RODRIGO: La mataste a palos... (*Jairo trata de levantarse e irse, pero Rodrigo lo abraza por las piernas y lo hace caer a su lado, suavemente, sin violencia. Rodrigo lo acaricia.*)
Había un muchacho... que era su hijo... La mataste delante de él
- JAIRO: ¿Él te lo contó?

(Pausa. Se miran fijamente. RODRIGO no responde. JAIRO se levanta y trata de irse. RODRIGO corre, lo abraza y lo besa en la boca)

- RODRIGO: Era yo... (*Jairo trata de escapar*) No, no te vayas... Ya eso pasó. Está olvidado. ¿No lo crees? ¿Cuánto tiempo tenemos viviendo juntos? Desde que murió el Ciego. Hace cuatro meses. Tú sabes que te quiero. Ya no podría vivir sin ti. (*Lo besa otra vez*) Vamos a prender el mío. Somos hermanos, más que hermanos. (*Enciende otro pito de marihuana y comienza de nuevo el rito*)
- JAIRO: Yo siempre quise tener un radio
- RODRIGO: Yo también. (*El Sordomudo dice que él también*) Y mira todos los que tenemos ahora. ¿No somos felices? Vamos a ponerlos todos en la misma estación. (*Los tres se dedican a hacerlo y ponen todos los radios en una estación de donde sale una música*)

estridente. El Sordomudo baila y RODRIGO y JAIRO rien). No me gusta

JAIRO: ¿Por qué?

RODRIGO: Es una sola música. Yo quiero oír todas las músicas

(RODRIGO empieza a cambiar las radios y sintoniza una estación diferente en cada una. Es un aquelarre de voces, músicas, comerciales, noticieros. El Sordomudo, enloquecido, ayuda a RODRIGO. RODRIGO y EL SORDOMUDO bailan. JAIRO se une al grupo. RODRIGO toma un palo y mata a JAIRO a palazos. El Sordomudo corre de un lado a otro, chillá, trata de impedirlo, hasta que JAIRO cae muerto. Todo está manchado de sangre. RODRIGO hace un atado con su ropa, le quita los zapatos a JAIRO y sale. EL SORDOMUDO no sabe qué hacer. Empieza a apagar las radios, una a una y, cuando se hace un silencio, llora, asustado e impotente ante el cadáver)

Oscuro

Escena XII

En la cueva del CIEGO.

EL SORDOMUDO está allí, en un rincón, temblando. Quién sabe cuánto tiempo ha pasado. El cadáver de JAIRO sigue allí. Se escuchan voces

Voz 1: ¿Pero no siente usted el olor, señor agente? Hace días que huele mal

(Entran unos vecinos y un policía. EL SORDOMUDO comienza a explicar que él no fue y trata de describir a RODRIGO, hace esfuerzos enormes por describir a RODRIGO)

Oscuro

Escena XIII

En la cárcel de la ciudad.

RODRIGO está en un rincón y acaricia los zapatos de JAIRO. Un preso se acerca y trata de robarle los zapatos. RODRIGO lo agrede, y el preso desiste de su intento. Abren la reja y meten a un muchacho que el agente empuja allí dentro, como si se tratara de un saco. Algunos presos lo rodean y lo miran peligrosamente

- | | |
|----------|---|
| RODRIGO: | ¡Ey, ven aquí! ¡Cuidado con éhos! ¡Lo dejan tranquilo! ¿No? (<i>Los presos obedecen a Rodrigo. El muchacho recién llegado se siente protegido y se acerca a Rodrigo</i>)
Siéntate. (<i>El muchacho obedece</i>) ¿Cómo te llamas? |
| DIMAS: | Dimas. |
| RODRIGO: | Te voy a enseñar una canción. ¿Quieres? |
| DIMAS: | Sí |
| RODRIGO: | Y la vamos a bailar con estos zapatos. Son los zapatos del muerto |
| PRESO: | Del muerto que él mató a palazos. Es peligroso. Ten cuidado con él. Lo denunció un mudo. Cuídate de la boca del mudo. |
| RODRIGO: | No hagas caso. Entonces te voy a enseñar la canción. Repite conmigo. ¿El perro es un bicho de uña? Dilo |
| DIMAS: | El perro es un bicho de uña |
| RODRIGO: | Entonces, el perro va a la fiesta |
| DIMAS: | El perro va a la fiesta. |
| RODRIGO: | ¿El gato es un bicho de uña? |
| DIMAS: | El gato es un bicho de uña |
| RODRIGO: | Entonces, el gato va a la fiesta |
| DIMAS: | El gato va a la fiesta |
| RODRIGO: | ¿El loro es un bicho de uña? |

- DIMAS: El loro es un bicho de uña
RODRIGO: Entonces, el loro va a la fiesta
DIMAS: El loro va a la fiesta
RODRIGO: ¿El pavo es un bicho de uña?
DIMAS: El pavo es un bicho de uña
RODRIGO: Entonces, el pavo va a la fiesta
DIMAS: El pavo va a la fiesta
RODRIGO: ¿El lobo es un bicho de uña?
DIMAS: El lobo es un bicho de uña
RODRIGO: Entonces, el lobo va a la fiesta
DIMAS: El lobo va a la fiesta
RODRIGO: ¿El hombre es un bicho de uña?
DIMAS: El hombre es un bicho de uña
RODRIGO: Entonces, el hombre va a la fiesta
DIMAS: El hombre va a la fiesta
RODRIGO: Entonces el perro, el gato, el loro, el pavo, el lobo y el hombre van a la fiesta
DIMAS: Entonces el perro el gato, el loro, el pavo, el lobo y el hombre van a la fiesta

Telón final



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PRENSA E IMPRESIÓN

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-042-1

DEPÓSITO LEGAL

DC2021001881

CARACAS, VENEZUELA, DICIEMBRE DE 2021

La presente edición de

EL PEZ QUE FUMA Y OTRAS OBRAS ESCOGIDAS

fue publicada

durante el mes

de diciembre de 2021,

año bicentenario

de la Batalla de Carabobo

y de la Independencia

de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



El pez que fuma y otras obras escogidas Las cuatro obras que se compilan en este libro, fueron escritas en diferentes momentos situando el teatro de Chalbaud en un progresivo cambio de registro sin que esto significara dejar de lado la huella por los cuales es reconocido y valorado. *Cantata para Chirinos* de 1960 es una breve pieza que se desarrolla en el año de la insurrección liderada por José Leonardo Chirinos, en 1795; *La Quema de Judas* de 1964 se ambienta dentro de una atmósfera marginal donde los personajes persisten en salir de la miseria mientras claman por un cambio en sus vidas; *El pez que fuma* de 1968 se sitúa en un prostíbulo donde se suceden eventos que limitan entre lo fantástico y lo religioso, circunstancias que se repiten, con menor intensidad, en *Todo bicho de uña* de 1982. Estas obras que se enmarcan en una Venezuela cambiante que va desde la lucha armada (1960-1970) al desencanto democrático, del éxodo campesino de esos años a las altas sumas de dinero percibidas por el ingreso petrolero, nos indican de un teatro que no perdió vigencia y que quizás se constituyó como una de las últimas trincheras donde Chalbaud potenció su obra.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

